

¡¡ Nohemi !!
—♡—

SOLO UNA
IDIOTA
SE ENAMORA



Firmado: una idiota



CROSS
BOOKS



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Helena lo ha vuelto a hacer. Se ha vuelto a enamorar. Se fue a Londres a hacer las prácticas de enfermería para olvidar a su ex y... ¡zas! Ahí va otra vez, y esta vez es peor que nunca, con un chico de ensueño: Carlo, italiano, morenazo, artista y todo un caballero. ¿Qué más puede pedir? Pero la vida no se lo va a poner nada fácil y para ganarse el título de "La tía más afortunada del planeta" va a tener que enfrentarse a Aneléh, una misteriosa chica con un único propósito: hacerle la vida imposible.

Sumérgete en esta divertida historia, que nos recuerda que no existen príncipes azules, ni finales felices, ni perdices, pues el amor, en ocasiones, nos sorprende con otros desenlaces, a veces incluso mejores.

Prepárate para reír, disfrutar y enamorarte como nunca antes lo habías hecho.

Únete al fenómeno #idiotizados

≡ *Nohevi* ≡
—♡—

SOLO UNA
IDIOTA
SE ENAMORA

CROSS
BOOKS

Capítulo 1

No podía más. Me iba a dar algo. O sea, algo en plan patatús, ahí, en medio de cualquier parte alguien gritaría: «¡Marchando un desfibrilador para esta joven!». Porque Nosequién dijo una vez que lo más estresante en la vida es, por este orden: una mudanza; un divorcio; una muerte, no tuya, claro, de un ser querido, se supone. Bueno, pues quitando esto último, lo demás se me había amontonado en estos meses. Llevaba semanas que eran cajas, cajas de cosas y cajas de casos. Sí, mi último «caso» se llamaba Bob, y aún tenía por ahí sus mancuernas, sus *sleep socks* (mucho gym pero el tipo dormía con calcetines), su bote de gomina y, lo peor de todo, su One Million. Me mataba, cada vez que estaba de bajón era porque ese maldito frasco había perfumado mi jersey, mi almohada o la tapa del váter.

—Gorda, ¿por qué huele a Bob aquí dentro? —me preguntaba Didi cada vez que iba al baño.

Didi era mi mejor amiga.

—¿Otra vez te has cagado en tu ex?

Lo reconozco, no es muy fina. Años de amistad y no he conseguido contagiarla de mi glamur y mi saber estar.

Pues sí, desde que empecé a librarme de mi último caso, me dio por usar su perfume de Paco Rabanne como ambientador. ¿Algún problema? A otros les da por romper fotos, pero ahora, como todo está en el móvil, a ver, no tenía forma de convertir mi rabia en venganza. Así que físss físss. Le daba al botoncito del espray y la nube de aroma aliviaba mi corazón roto. Cada chorro debía de salir por uno o dos euros, y el frasco era XXL, estaba enterito.

No hay nada mejor para olvidar a un ex que mezclar su embriagador aroma

con otro que sea letal. Así, el olfato convierte los buenos momentos en algo asqueroso. Es supereficaz.

Bob era jugador profesional de baloncesto. Sí. Enorme. Me encantan los tipos así, grandotes, con manazas y brazazos que me atrapen. Creo que es un trauma que me quedó al ver *Guerra mundial Z*. Desde entonces siempre he buscado chicos que me salven de un apocalipsis zombi. Lástima que ellos no solo quieran salvarme a mí, sino a toda bicha viviente, porque hay que ver lo infieles que son los hombres. Sé que esto de generalizar es superinjusto, pero, joder, es que no doy con uno bueno.

Conocí a Bob una noche de borrachera. Qué típico. Pues no es que a mí me guste beber mucho, la verdad, pero ese día estábamos celebrando el cumple de uno de mis compañeros de trabajo. Nos fuimos a cenar a un restaurante marroquí de Lavapiés. A mí no me gusta innovar mucho en la comida. Mis papilas gustativas son bastante tradicionales, pero nuestro compi era de Marruecos y queríamos que ese día se sintiera como en su casa.

Total, que al terminar nos pusieron un licor de hierbas riquísimo pero que se subía a la cabeza que daba gusto. Para ser finales de noviembre esa noche hacía una temperatura ideal en Madrid. Y entre lo rápido que entramos en calor con el licorcito y las risas, apetecía pasear. Así que nos fuimos andando hasta el barrio de La Latina y allí empezó, o más bien siguió, el cachondeo.

Entramos en un bar bastante cutre, pero fuera ponía un cartel de «Happy hour hasta las 2 a.m.». ¡Ese era nuestro bar! Borrachera asegurada por cinco euros mal contados. Empezamos con un chin chin por ser jóvenes e independientes. Otro chin chin por las propinas de las últimas semanas. Otro por el corte de pelo de Gonzalo, un compañero al que llevábamos meses convenciendo de que los peluqueros no contagiaban la sarna. Otro chin chin por esto, otro por aquello. El último, que yo recuerde, fue agradeciendo al destino que hubiera metido en nuestro bar a todo el equipo de baloncesto de la ciudad. Iban acompañados del estribillo de la canción *It's raining men*, aunque ahora que lo pienso creo que solo lo escuchaba yo.

Según entró Bob, se me fueron los ojos hacia él. Y a él se le fueron hacia la arpa de la encargada. ¡Cómo odiaba a esa asquerosa! Sinceramente, no era muy agraciada, pero debía de ponerse algún perfume afrodisíaco. Decían las malas lenguas que lo compraba en el mercado negro. Por más que le preguntábamos cuál era su secreto con los hombres siempre decía lo mismo: su naturalidad. ¡Ja! Querida, te aseguro que en lo primero que se fija un hombre cuando sale con los colegas y lleva dos copas de más no es precisamente en la naturalidad, y menos en la tuya.

Bob se fijó en ella nada más entrar, pero ella puso los ojos en el capitán del equipo. Que estaba mucho más bueno, más cachas y más todo. Sin embargo, una, que sabe hasta dónde puede aspirar, solo tuvo ojos para Bob. Mis miraditas, mi encanto y, sobre todo, mi falta de vergüenza cuando bebo, hicieron el resto.

Surgió algo entre nosotros, que ahora no viene al caso porque ya es historia y he pasado página... ¡aunque me costó horrores! ¿Tan difícil es dar con el amor para toda la vida?

—Pides demasiado, Helena —dijo Didi—. Sigues con lo del príncipe azul, y eso en la era de Facebook y Match.com es historia.

—Pues yo creo en el amor —le solté—, el de toda la vida, el de mis padres, el de mis abuelos...

—Ya, ya, en el de Romeo y Julieta. Y mira cómo acabaron... —me cortó ella, moviendo sus uñas recién pintadas en el aire.

Sabía que Didi lo decía por mi bien, porque me metía en cada embolado... Pero el problema no era el amor, el amor no; el Amor, así, con mayúscula, es lo más bonito del mundo. No pensaba renunciar a ello todavía.

Siempre he sido una fan acérrima de las pelis románticas. Cuanto más románticas, ñoñas y empalagosas, mejor. Un amor imposible, a lo Romeo y Julieta, contra viento y marea. Renunciando a todo, hasta a la vida, por estar junto a su amada. Aunque en el fondo sabía que si Romeo no hubiera acabado como acabó, si en lugar de eso hubiera tenido hijos con Julieta, por ejemplo,

su historia habría durado tanto como una pompa de jabón. Incluso menos tras aguantar las peleas en las comidas familiares entre los Capuleto y los Montesco. ¡Eso no hay quien lo soporte!

En fin, que como la suerte existe, y como la ocasión la pintan calva, pues me cayó del cielo el siguiente paso en mi carrera profesional. ¡Me iba a Londres! ¡Flipé! Hacía un año que había terminado Enfermería. En realidad quería estudiar Medicina, por eso de que mi madre era médica, mi padre era médico, mi abuelo fue médico, mi bisabuelo... Menuda presión. El caso era que a mí me daba un poco igual esto o lo otro, pero como no tenía nota para entrar en Medicina, pues me vino de perlas el consejo de mi madre:

—Lo importante es que seas feliz.

Entonces me llegó la inspiración y solté de pronto:

—Mami, sueño con ser enfermera. Nunca te lo dije, porque...

—Lo sé, cariño, por la tradición familiar, ¿eh? Tranquila, no hay más presión que la que tú te pongas a ti misma.

Mi madre es profunda. Está claro que yo debo de haber salido a otra rama de la familia. Yo soy más del día a día, de «vive y deja vivir», ¡me pasé la ESO buscando principitos azules!

Y es que mi madre es increíble. Siempre me ha apoyado en todo. Recuerdo que cuando tendría yo unos diez años echaban en la tele la serie *Buffy, cazavampiros* y me dio por ir cada tarde al cementerio del barrio con una estaca que había hecho yo misma para matar vampiros. Mi madre, que conocía al sepulturero, me acompañaba para que no fuera sola. Siempre le decía a mi padre que debían dejar volar nuestra imaginación para que en el futuro tuviéramos una gran mente. *Open your mind*, solía decirle. Pues la mía debía de ser enorme, porque se me iba volando de una manera...

—Deberías estudiar Psicología —me dijo Didi entonces—. Serías la primera persona que, antes de sacarse el título, ya tiene un cliente: ¡tú!

Se creía muy graciosa. Sin embargo, Enfermería me parecía perfecta para

mí. Me encanta sentirme útil, ayudar, tengo buena mano, sé hacer de tripas corazón y no soy demasiado escrupulosa. Además, la responsabilidad de una enfermera es millones de veces más pequeña que la de un médico. Y eso era lo que yo llevaba peor. A ver, soy responsable, pero, vaya, no soy lo que se dice supersuperresponsable. Vamos, que eso de tener la vida de otros en mis manos me pareció entonces demasiado para mí.

Así que me matriculé en la Facultad de Enfermería, Fisioterapia y Podología de Madrid. Cuatro añitos que se me pasaron volando. Superados los exámenes, las prácticas y el soporífero trabajo de fin de grado, estaba lista para entrar en el mundo laboral. Y, como me parecía demasiado pronto eso de empezar ya con la vida real, me dejé llevar por un montón de dudas, en plan: ¿qué hago con mi vida?, ¿un máster o una academia para sacarme el EIR?... Mientras tanto, por no agotar el cuerno de la abundancia paternal, empecé a trabajar en Starbucks y mi vida dio un giro en cinco dimensiones.

No me mudé a otra ciudad ni nada, pero desde que empecé a ganar dinero me fui de casa de mis padres. Aquello me pareció como si hubiera cambiado de planeta. Así que ahora que me iba a Londres, era como el pequeño paso que dio Armstrong cuando pisó la Luna, solo que en versión *Españoles por el mundo*, porque, lo reconozco, lo del inglés lo llevaba así así. Me defendía y eso, pero no iba a Londres de turismo, ¡iba a trabajar!

—Qué cara le echas, y qué bien que haces —soltó Didi.

—Oye, que todo esto es culpa tuya, ¿o ya lo has olvidado? Fuiste tú quien le dio al enter.

—Y ¿quién había estado dos meses dando la tabarra porque estaba defraudando a sus antepasados?

—Qué exagerada, Didi, no dije eso. Dije que...

—Que querías trabajar de lo tuyo, y preparaste el currículum mientras yo buscaba todos los hospitales del mundo para enviárselo.

—Didi, habíamos bebido, ¡pensé que no lo harías!

—Helena, con una caña ya se te traba la lengua, pero yo tengo el estómago

de un camionero, el alcohol no se me sube a la cabeza, se me va al culo y a estas tetas meloneras.

La verdad es que necesitaba un cambio. Didi tenía razón, había conseguido muchas cosas: acabar Enfermería, independizarme... Al fin era libre, para Didi era lo mejor del mundo. Pero para mí había sido un palo acabar con Bob. En el fondo no me encontraba tan bien como decía. Quizá por ello no paraba de quejarme, tal vez esa fuera la razón por la que había redactado mi currículum. ¡Ay! ¿Será que una parte de mí es más valiente de lo que yo me creo?

El caso es que Didi dio al enter y envió decenas de currículos, mientras yo me partía con la risa floja, inconsciente total de lo que acababa de hacer. Porque si te subes al tren de la aventura, el universo te lleva a cualquier parte. Eso era lo que Bob siempre me decía.

Aún recordaba las canastas que me dedicaba, poniendo su dedo índice en el corazón y dibujando una E. Las mañanas en las que se presentaba en casa con un capuchino rebosante con un corazón en la espuma. Nuestras maratones de pelis devorando pizza y palomitas. Sus mensajes de voz cantándome temas románticos que se inventaba al ritmo de reguetón. Cuando me escondía el pijama para verme en bolas cuando me levantase por las mañanas... Sí, aún había demasiado de Bob en mí, demasiadas ilusiones hechas añicos. Menos mal que Didi supo ver lo que había detrás de mi pose de chica dura. Si no hubiera sido por ella, mi vida habría sido como el Día de la Marmota pero en plan corazones rotos. O sea, chica se enamora, chica se pega un castañazo. Así hasta que, *voilà*, Didi dio al enter y puso mi destino en manos de internet.

Pasaron semanas en las que no recibir ni un mísero correo era de lo más normal. Si no fuera por mi amiga, que cada dos por tres me preguntaba si había noticias, habría olvidado por completo aquel asunto de mi currículum entrando en los servidores de cientos de hospitales alrededor del mundo.

—¿No serás capaz de eliminar los mails y callarte como una tumba, verdad? —dijo Didi aquella tarde que cambió mi vida.

Lo soltó mientras me quitaba el portátil. Yo, tumbada en la cama, con dos

rodajas de pepino sobre los ojos, la cara embadurnada de crema de alcachofa y las uñas recién pintadas de *rouge Paris*, no pude reaccionar. Me pilló a traición la muy bruja, totalmente desprevenida. Ni siquiera pude protestar, para que el pepino no se fuera rodando por la colcha.

—Ajá... Lo que imaginaba, lo tienes en la carpeta de correo no deseado.

—¿Mmm m...? —balbuceé, era todo lo que podía pronunciar sin mover los labios.

—Este e-mail del St. Thomas.

—¡Mmmmmmm! —gritó mi garganta.

—*De-ar mi-sis Abad, güi ar...*

¡Al diablo con el pepino, la alcachofa y la *manicure*! ¡Didi estaba destrozando mis oídos con su inglés!

Agarré el portátil, las rodajas de pepino cayeron sobre el teclado, mis dedos, embadurnados de crema de alcachofa, pringaron la pantalla señalando el asunto del mail: «Re: Helena Abad Mantilla *best Spanish nurse*».

—Pero ¡¿qué narices pusiste, Didi?! —pregunté, sin pensar que parecía una momia en pleno embalsamamiento.

—Ahí lo tienes: toda una oferta de trabajo.

—Espera, ¿pusiste *best Spanish nurse*? ¿En serio? ¿La mejor enfermera española? —dije mientras mis ojos devoraban el mail, pero no pude ni enfadarme porque enseguida grité—: ¡Han aceptado mi solicitud para trabajar en el St. Thomas!

—¿Prácticas o trabajo? —espetó Didi inmutable—. Porque ya que vas a currar como una loca, al menos que te paguen, digo yo.

¡Claro que me pagaban! Quizá por eso estaba tan nerviosa, ¡la responsabilidad me abrumaba! Porque una cosa es realizar prácticas mientras estás estudiando, que ni te pagan ni te dejan a tu bola, y otra es hacerlo cuando ya tienes el título. Sabía que no iba a estar siempre bajo el ala protectora de alguien que me tutelase. Yo ya era enfermera, estaba formada y diplomada, preparada para el ejercicio real. Era como si antes las prácticas fueran con

red, nunca podía darme el tortazo padre. Ahora iban a ser a pelo, y si lo hacía mal: adiós, London; hola, Starbucks.

Por eso aquella tarde cambió mi vida. Entonces no era consciente de lo que significaba, que te cambie la vida, digo, porque estaba demasiado enfrascada en el desastre medioambiental que Didi había provocado en mi habitación. Su euforia hizo saltar por los aires el bol con la crema de alcachofa; la ley de la gravedad y la de Murphy hicieron el resto.

Creo que en ese momento no era totalmente consciente de lo que acababa de ocurrir. Aquel correo desactivó el botón de pause que me tenía tan a gusto en mi zona de confort y activó el de on. O sea, la maquinaria del universo se había puesto en marcha y mi destino me estaba esperando, impaciente. A partir de ese momento todo empezó a ir demasiado deprisa: contactar con el hospital, organizar el viaje, dejar mi piso, despedirme del Starbucks... y tomar decisiones a contrarreloj.

Capítulo 2

A veces pienso que lo mejor que podía haberme pasado en la vida es que mis antepasados, en vez de tanta medicina, tanto altruismo y tanto interés por la humanidad, hubieran sido científicos. Con el empeño que le ponen a todo seguro que habrían inventado algo gordo, algo realmente bueno, algo superútil, algo como el teletransporte, por ejemplo. Entonces ahora, en vez de estar sepultada bajo cientos de cachivaches inútiles, lo mandaría todo al otro barrio, literalmente, con solo darle a una tecla. Pulsaría on y... ¡hala, mudanza hecha!

Mi piso de treinta metros era un caótico almacén de trastos. Como la tienda del chino de abajo, solo que sin pegatinas en las ventanas. De todas formas, tenía tan poco tiempo para dejar el piso y empezar a trabajar que tuve que ir al grano. Quedaban tres días para acabar el mes y pasaba de pagar más solo para hacer una mudanza organizada y tranquila. ¡Prefería ir a toda pastilla y ahorrarme el siguiente alquiler! Aunque tampoco tenía muchas opciones, porque la notificación de Recursos Humanos del St. Thomas era muy clara: incorporación inmediata.

Eso me lo puso todo mucho más fácil. Organicé la mudanza en seres vivos, biodegradables, futuribles y «esto conmigo». Me rechiflan las plantas, así que mi pequeño jardín urbano acabó en la terraza gigante de mis padres. Cuando era pequeña pensaba que vivíamos en un invernadero, y ahora entendía por qué. Mi madre se llevó las violetas africanas, los bonsáis, la aspidistra y el espatifilo. Pero me dejó todos los cactus. No hubo forma de convencerla. Así que esos fueron para Didi, junto con los biodegradables, o sea, lo de comer y

beber. Pasaba de que se lo llevara mi madre y se enterase de que me alimentaba a base de precocinados y Coca-Cola Zero.

—En estas cajas te dejo todo lo que no me llevo a Londres —dije un día a mi madre, señalando unas veinticinco cajas de todos los tamaños, de la talla grande a la extra mega gigante.

—Y ¿qué hago yo con todo eso? —me preguntó, mirando aquello como si fuera un alien enorme.

—Naaa —farfullé para quitarle importancia—. Déjalo en mi cuarto.

Y así me libré de los futuribles, cientos de cosas que quizá en otra vida me sirviesen para algo. De esa forma tan rápida me quedé con los «esto conmigo», o sea, lo que sí o sí me llevaría a Londres. Eché un vistazo a la montaña de ropa que había sobre la cama y suspiré. Aún me quedaba mucha mudanza por delante antes de marcharme de allí para siempre jamás.

Como todo fue tan rápido, no tuve mucho tiempo para mentalizarme e interiorizar al cien por cien que en unos días estaría viviendo una nueva vida en otra ciudad. ¿Qué digo en otra ciudad?, ¡casi en otro mundo! Otro país, otro idioma, otras costumbres...

Había pasado las dos semanas previas a mudarme cambiando direcciones y mirando webs de ropa *low cost*. Didi se había encargado de meter en mi cabeza más problemas de los que tenía. Según ella, renovar mi armario tenía prioridad uno. Porque, claro, en Londres la gente es de lo más *cool*, y yo, sí o sí, debía cambiar mi estilo, solo así podría entrar a mi nueva vida por la puerta grande. ¡Por supuesto que quería! No había nada que deseara más que dejar atrás mi pasado.

Vale, lo reconozco, parezco un poco melodramática, lo sé. Pero la verdad es que a mis veinticinco años, el amor no me había tratado nada bien. No sé qué carajo pasaba por mi cabeza para enamorarme siempre de quien no debía. Desde mi primer amor, Julito... ¡Ay, Julito! Era tan mono con sus hoyuelos marcados y su pelito alborotado por revolcarse en la piscina de arena del parvulario... Nuestros padres trabajaban juntos en el hospital y quedaban casi

todos los fines de semana. Recuerdo que cuando íbamos al parque, los niños nos gritaban:

—¡Ahí vienen los novios!

Entonces Julito me agarraba de la mano para darles a todos en las narices. Eso me encantaba de él. Le daba igual lo que pensarán los demás. Era un niño impulsivo y con mucho carácter. Una vez dibujó unos símbolos en una cartulina gigante, aún no sabía escribir, y se manifestó frente a la profesora. Quería protestar porque nos habían castigado a todos sin recreo por culpa del malote de la clase.

Julito no me dejó por otra, como la mayoría, pero sí por otro: su padre. Lo trasladaron a otra ciudad y nunca más volví a saber de él. Fue el primero que me rompió el corazón, con cinco añitos. Detrás de él vinieron más, casi uno por curso. Aquello eran enamoramientos pasajeros, no novios, claro. Algunos fueron correspondidos, aunque la mayoría fueron amores imposibles. Demasiados corazones rotos en un cuerpo tan pequeño como el mío. Con el tiempo me di cuenta de que la vida me enviaba señales tratando de mostrarme que el tipo de hombre en el que me fijaba no era el adecuado. Aunque estaba claro que si entonces no veía nada, ahora tampoco: siempre me he enamorado como si no hubiera un mañana.

Con Bob fue aún peor. No solo me enamoré de él. Además, me imaginé con él. Me gustaba eso de que fuera jugador profesional de baloncesto. Me veía animándolo en todos sus partidos desde las gradas de cualquier polideportivo en cualquier ciudad del mundo. Durante sus concentraciones yo haría turismo y conocería los lugares donde sus victorias lo llevaran. Mis planes con Bob eran ambiciosos, claro, porque puestos a soñar, soñaba a lo grande. Así que en sus días libres nos encerraríamos en nuestro ático de lujo con vistas a la Almudena mientras planeábamos unas vacaciones en el Caribe, un todo incluido para que su cuerpo de atleta se recuperase y yo, de paso, me lo beneficiase.

De Bob también me encantaba su vida sanota; a ver, era jugador

profesional. También era humano, claro, y lo de salir de marcha le iba tanto como a mí. Pero luego el tío se cuidaba muchísimo, algo que a mí me venía de perlas. Con Bob descubrí más variedades de ensalada que en un self service vegano.

Pero él no entendía lo del amor para toda la vida. Era más de repartir su amor a toda la que se ponía a tiro. El muy infiel me engañaba más que una ilusión óptica. No me dolió tanto que me la pegase con otras, por muchas que fueron, como que lo negara una y otra vez hasta que lo pillé con las manos en la masa. ¡Y qué masa! Entonces fue cuando soltó aquello de: «No es lo que parece». ¿Quería decir que aquella pelirroja no estaba tan buena como parecía? Porque era lo único susceptible de duda. Todo lo demás estaba más claro que el prospecto de la aspirina.

Lo que más me dolió fue que estaba tan enamorada de Bob que tuve que ver para creer. Pero, claro, una vez que lo vi, ya no había quien me quitara la escenita de la cabeza. ¡Jamás había tenido tanta imaginación conmigo!

Odiaba, odiaba y odiaba con toda mi alma ser una pringada. Y últimamente pringaba demasiado. Era tan pringada que ni siquiera me quedaban amigos a los que hacer chantaje emocional para que me echaran una mano. Los muy insolidarios pasaban totalmente de mí y de mis circunstancias. Creé el grupo de WhatsApp «New Life», con una foto del Big Ben en el perfil y todo. Añadí a mis incondicionales y... esto fue lo que pasó. Lo transcribo tal cual.

¡Holi! ¿Me echáis una manita en la mudanza,
amores?

Ni una respuesta en dos horas. Qué raro.

Guapis..., empiezo mañana, ¿nos vemos en mi
casa?

Ni una respuesta en tres horas. ¿Estarían trabajando, sin cobertura, sin batería...?

¡Venga, chicos! I need youuu!!!

Ni una respuesta en tres horas y media. ¿Se les habrá roto el móvil...?

¿Hay alguien ahí? Contestad alguno. porfa, a lo mejor le pasa algo a mi aplicación.

Ya empezaba a preguntarme si habría comenzado la tercera guerra mundial cuando al fin llegó un mensaje.

Cari, yo no puedo.

A los dos segundos llegó otro.

Yo tampoco.

Y otro...

Conmigo no cuentas.

Y el último.

Ídem, o sea, nop.

Pero ¿qué clase de amigos tenía? ¿Esos eran los de todos a una y no sé qué de Fuenteovejuna? Estaba flipando tanto tanto que me tragué mi orgullo herido y llamé a Didi.

—Hola, gordi —la oí al otro lado del teléfono, tan simpática y como si nada, la muy falsa.

—¿Qué es eso de que nadie puede ayudarme con la mudanza?

—Oye, oye, cálmate un poquito.

—Estoy muy calmada. ¿No me ves? ¿No me ves? Estoy calmadísima.

—Sí, ya..., bueno. Y ¿qué pasa entonces?

—Pues pasa eso, que pasáis de ayudarme en un momento tan importante como este. O sea, mi vida va a dar un giro de ciento ochenta grados, va a haber un antes y un después en la historia de Helena, y mis amigos, mis amigos del alma...

—No llores, Helena, estás exagerando mogollón. ¿Quieres saber lo que

pasa? Pues que en tu última mudanza te dedicaste a moverte como un jefe de obra, tía, solo te faltaba el piti en la oreja.

—No entiendo... —farfullé mientras me sorbía los mocos.

—A ver si te suena esto: «¡Cuidado con esa caja! Despacio, moved eso despacio. Eso, allí, aquello, allá, lo otro, donde quieras». Helena, te pasaste toda la mudanza mandando.

—Estaba organizando —me defendí más lastimeramente que un perrito herido.

—Estabas echándole cara, tía, no moviste un dedo, solo para que no bajáramos el ritmo. Y encima luego ni te marcaste unas cañas.

—Os lo iba a decir, pero estabais tan cansados... —protesté, porque eso sí que era cierto.

—¡Estábamos molidos! ¡Necesitábamos un quiropráctico, Helena, no una mísera caña!

—O sea —reaccioné manipulando sus palabras—, ¿me estás diciendo que esta vez pasáis de mí porque no os invité a nada en mi última mudanza?

La cosa estaba clara: mis amigos me habían abandonado. Intenté algo más, a la desesperada, cambié «New life» por «Bye bye, friends», y la foto del Big Ben por una en la que estábamos todos juntos. Pero no hubo ningún cambio. Así que me quedé sin teletransporte, sin amigos y con cientos de cajas deseosas de que diese sentido a su vacía existencia.

Soy de arrancar lento. O sea, necesito mi tiempo deambulando por la casa con un café entre las manos antes de afrontar el día. Normalmente duermo en bragas y camiseta. Me paseo tal cual entre sorbos de un lado a otro del piso mientras ojeo las noticias en Twitter. Cuando veo de reojillo las fotos tan glamurosas, con esas vidas tan perfectas y viajes todo *free* que se marcan las tiparracas de Instagram, me maldigo por no haberme apuntado aún al gym.

Ahí estaba yo, a las ocho de la mañana, con mis bragas de cuello alto, con la camiseta más vieja y menos sexi del armario, los ojos negros del rímel —

otra noche sin desmaquillarme, mi cutis me iba a matar—, cuando tocaron al timbre.

—Hola... Soy yo, he venido a ayudar.

En mi mente repetí ¿Booob? un montón de veces. ¿Booob? ¿Booob? ¿Booob? Hasta que al fin pude verbalizarlo.

—¿Bob?

—Sí..., soy yo.

Pero ¿qué carajo hacía Bob en mi casa? ¿Cómo se había enterado de que me iba? Mierda, ¡Didi! De pronto entendí por qué mis amigos se habían inventado excusas para no ayudarme en la mudanza. ¡Se habían organizado para que estuviera sola cuando llegara Bob! Didi quería que cerrase ese capítulo, me lo había dicho mil veces, y como no le hice caso me organizó esa encerrona.

Hubo un silencio, aunque el interfono seguía conectado, lo sé porque se oía el tráfico, los ladridos de los perros, los gritos de los niños..., vamos, la vida más allá de mi mente repitiendo en bucle el nombre de mi último ex.

—Helena, sé que fui un capullo, me porté fatal, pero, en fin, bueno, lo pasado pasado está, y ahora que somos amigos querría ayudarte con la mudanza. ¿Me abres?

Imposible contar la cantidad de mentiras que había ahí. Lo de capullo se quedaba corto, no fue un capullo, fue un..., un..., un gigantesco, descomunal, inmenso capullazo. Lo pasado pasado tampoco estaba, porque yo seguía sin pasar página, por no pasar no había pasado ni de renglón. Y lo de que éramos amigos, o sea, eso lo decía porque yo ya no le atraía, claro, pero él a mí me ponía muchísimo. ¡Que un ex te diga que eres su amiga es el fin de tu *sex appeal*!

Al menos había una verdad en todo aquello: necesitaba ayuda con la mudanza, y él, con sus manazas y su metro noventa y ocho, me venía de perlas, todo hay que decirlo. Sonó prrrrrrrrr y la puerta del portal se abrió. En menos de tres segundos se presentaría en casa. Miré alrededor, caos absoluto. No

entiendo por qué, pero me dio por atusarme el pelo, humedecerme los labios y apostarme junto al umbral mirando la luz roja del ascensor. La puerta se abrió y...

—Si estás esperando que te dé las gracias, vas listo. Es lo menos que puedes hacer, después de ponerme más cuernos que a una ganadería —solté muy digna.

Entonces el señor Martínez, el vecino de enfrente, bajó la mirada a mis bragas, carraspeó y dio media vuelta.

—¡Ya estoy aquí! —saludó Bob jadeando.

Mierda, había olvidado que mi ex atleta siempre subía por las escaleras.

De las mil escenas que había imaginado para reencontrarme con Bob, aquella era justamente la que no se me había ocurrido, ni en sueños. Me había imaginado topándome con él por la calle, yo perfecta, acompañada de un pibón; me había imaginado entrando en Pachá, el portero abriéndome la puerta mientras él hacía cola bajo la lluvia; me había imaginado que venía a casa vestido de fontanero cutre y yo más divina que una influencer señalaba la taza del váter atascada tras mi último fiestón... Pero nunca nunca nunca supuse que los seis meses que estuve llevando tangas asesinos para mostrarme sexi hasta fregando platos acabarían sepultados por mis bragas de abuela. Es una de las peores injusticias de la vida.

Así que, lo único que pude hacer para mantener mi dignidad, fue ponerme en plan azafata de vuelo señalando cajas, maletas, libros y mil cachivaches. Pensé que si me ponía a organizar, fingiendo estar superocupada y aún enfadada, él se dedicaría a obedecer sin más. Sin embargo, dio un poco igual, porque un minuto después de coger la primera caja, el detector de Bob encontró todo lo que no se había llevado cuando lo mandé a freír espárragos, y su olfato hizo el resto. Solo lamenté que aún quedaba medio frasco de One Million cuando lo agarró, lo metió en su bolsa de deporte y me soltó:

—¿Por qué huele el baño a Paco Rabanne?

—¿Y tú qué haces aquí? —le espeté, cambiando de tema rápidamente.

—Me llamó tu amiga Didi. Bueno, en realidad la llamé yo. Llamarte a ti me daba un poco de palo.

Al decirlo, bajó la mirada como un perrito cuando lo regañas por comerse el periódico.

—¿Por qué, Bob? ¿Por haberme puesto los cuernos con la encargada o por habérmelos puesto con toda la plantilla del Starbucks, incluido José?

—¡Eh! No, ¡José no! José solo se quedó en..., verás...

—¡No sigas! ¡Mierda, no sigas! —me froté los ojos, intentando borrar la escena que estaba tomando forma en mi cabeza.

—Helena, lo siento, de verdad. Mi intención no era hacerte daño, lo juro.

En ese momento, por primera vez, lo vi arrepentido de verdad. Me dio pena. No sé si porque soy una idiota, que está claro que lo soy, o por el agobio que tenía con tantas cajas en medio, levanté su barbilla, le di una palmadita en la espalda y le dije:

—Ahora puedes enmendarte ayudando a la nueva Helena.

Lo de «la nueva Helena» sonó tan bien que se me escapó una media sonrisa. Por un breve momento se me olvidó todo el daño que el muy estúpido me había hecho.

De aquello aprendí que no debo hacer más mudanzas con un ex, y si está cachas, menos aún. Es peor que estar a dieta en una feria de gastronomía. Pero estaba contenta, al final había logrado empaquetar todo en tiempo récord. Era como si me hubieran puesto una bomba de relojería que fuese a estallar en treinta minutos. No me dio tiempo a pensar si esto a Londres, si para mi madre o para tirar de una vez por todas. Mi síndrome de Diógenes estaba supercontento, porque había traicionado mi máxima desde que me hablaron del método KonMary. Vamos, que no tiré nada de nada.

—Te va a costar un pastón facturar todo esto —me dijo Bob.

—No seas tonto, mi madre vendrá a por lo que no me llevo —solté toda antipática.

Sí, mi tono era borde. Y sí, estaba siendo desconsiderada con el pobre

chico. Pero es que bajo sus ganas de ayudar serpenteaba su intención de hacer las paces. El muy infiel quería mantener la amistad a toda costa. Ni en sueños. Nunca, y digo nunca nunca nunca, se debe estirar el contacto con los ex. Es una tortura total, además de un engaño.

En esos momentos, de nuevo juntos y en mi casa, me venían a la mente situaciones divertidas y entrañables que habíamos compartido, incluso otras subidas de tono. Nuestra primera piza en el suelo viendo una serie, el día que perforó siete agujeros para colgar el cabecero de la cama, cuando nos quedamos sin luz y cenamos con la linterna del móvil... Era como volver a la casa de la infancia, todo recuerdos. Por eso resultaba tan extraño estar haciendo la mudanza con Bob, cerrar una etapa en la que él iba a quedarse encerrado para que yo pudiera despegar hacia mi nueva vida.

Quería irme, empezar cuanto antes la siguiente fase, olvidarme de Bob y de todas mis relaciones chungas. Claro que, con ese totum revolutum en mi mente, pues a saber con qué me encontraría en las maletas. Aunque ese no era mi objetivo en ese momento. Entonces lo único que importaba era librarme de Bob, que con el calor del ejercicio se había quitado la camiseta el muy tío bueno. Así que ahí andaba yo, mirando al suelo para no tropezar con su tórax y lanzarme a sus brazos. Creo que me dejé la mitad de las estanterías sin recoger por no levantar la mirada, no podía sucumbir a la tentación. ¡Esta vez nooo!

Total, que cuando al fin lo tuve todo dentro del coche y pude arrancar sin que reventara el maletero, me enfrenté a mi primer portazo vital. Adiós, pasado; hola, nueva vida. Lo reconozco, me gustó que Bob me viera alejarme hacia mi futuro en St. Thomas mientras él se quedaba atrás, con sus bíceps y su tableta lamentando haber perdido la oportunidad de un último revolcón.

Fue mi pequeña venganza, una modesta justicia poética. Él, que mientras estuvimos saliendo se iba con otras dejándome a mí solita en mi cama, ahora se quedaba a verlas venir mientras yo me iba, sin importarme si se sentía solo o abandonado. En realidad no hablamos, quiero decir que no le dije lo que me habría gustado. Aunque tampoco hizo falta. Si una imagen vale más que mil

palabras, la escena de esa mañana, preparándome para irme a vivir a Londres, fue muy elocuente. Quizá esa fuera la mejor señal de que ya había terminado aquello para mí, de que mi corazón se estaba curando. No necesitaba reprocharle nada, remover nada ni aclarar nada de lo que había pasado entre nosotros. No necesitaba contarle el daño que me hizo ni lo mal que se portó conmigo. No lo necesitaba porque, aunque físicamente yo seguía allí, mi mente y mi corazón ya habían saltado al siguiente capítulo de mi vida.

Capítulo 3

Iba camino del aeropuerto, al fin estaba sola, nerviosa e impaciente, cada vez más cerca de mi nueva vida. Mi madre se había empeñado en llevarme, pero me negué en rotundo. ¡Necesitaba un poquito de tranquilidad! Esta vez había podido organizarme a mi manera, y no dejarme avasallar por sus ansias de ayudarme en todo. Para mí era simbólico hacer sola ese trayecto, empezar yo sola, desde cero, el primer pilar de mi destino en Londres.

Didi estaba en lo cierto cuando me dijo que parecía un jefe de obra en mi primera mudanza. Pero es que tengo dotes para la organización, se me da muy bien. Así que enseguida organicé el asunto del coche que tantos quebraderos de cabeza le daba a mi madre.

—Te lo dejo en el parking de Barajas —le comenté el día anterior—. Cuando te vaya bien, vas a por él.

—Chica lista —se burló irónica—. ¿Y la llave?

—¿Recuerdas cuando te empeñaste en tener una copia de la llave del coche por precaución? —le dije—. Pues ahora tienes la oportunidad de usarla.

—Pero a tu padre y a mí nos habría gustado ir al aeropuerto a despedirte —lamentó.

—Es un horario horrible, mamá, los dos estáis trabajando —la tranquilicé—. ¡Y ya nos despedimos anoche!

Me gustan esos momentos en los que mantengo mis planes a toda costa. En serio, quería hacerlo así, acababa de decirle adiós a Bob y a mi piso, quería tranquilidad. Además, con lo rápido que estaba pasando todo, y con lo intenso que estaba siendo ese último día, apenas había tenido tiempo de darme cuenta de lo cabreada que estaba con mis amigos. En ese momento lo mejor era que

me relajase de camino al aeropuerto, conducir siempre había sido como una terapia. Mi móvil estaba mudo, había comprobado un porrón de veces si había un triste wasap, alguna llamada perdida..., nada, solo mi madre, enviándome todos los enlaces que encontraba sobre Londres. Qué hacer en Londres, dónde comer barato en Londres, moverse por Londres...

De repente, el móvil vibró; ¡me dio un subidón! Por fin la pantalla volvía a la vida. Estaba segurísima de que era alguno de mis amigos preguntándome el número de vuelo para ir a despedirse de mí al aeropuerto. Pero no. Nada más lejos de lo que me apetecía escuchar en ese momento. Se trataba de un audio de mi madre, que me cayó como un jarro de agua fría. «Nena, que me ha dicho la tía Carmen que hay un montón de enfermeras españolas trabajando en Londres, que no te preocupes, que estés tranquila, que vas a estar muy bien. Me paso mañana a vaciar el piso, que lo habrás dejado hecho una pena, nos vemos luego en el aeropuerto, iremos todos.» El mensaje terminaba con un entusiasta: «¡Ay, cariño, qué emoción!».

Recuerdo que al principio mi madre no llevó nada bien la noticia de que me fuera a vivir a Londres ¡y tan de repente! Su única hija estaría a kilómetros de distancia y ya no podría llevarme sopita caliente cuando estuviera enferma o presentarse en casa para regar las plantas cuando me fuese de fin de semana. Pero le prometí volver a Madrid cada vez que me dieran más de dos días libres en el hospital. Eso la tranquilizó un poco más. Además, era por poco tiempo. Solo un año. ¿Quién sabe lo que ocurriría después? Quizá regresaría al nido, quizá construiría el mío propio, con un nuevo trabajo en algún hospital con buenas referencias, quizá me quedaría en el St. Thomas o me instalaría en la casa familiar y no saldría de allí en tres años. Podía pasar cualquier cosa.

Pero como mi madre es de erre que erre, se le había metido entre ceja y ceja ir al aeropuerto con toda la familia para despedirse de mí. Yo quería algo más íntimo. Habría preferido organizar una cena en casa con todos: tíos, tías, primos carnales y hasta primos terceros. Al final de la noche, mientras todos estuvieran entretenidos contando batallitas, no se darían cuenta de que me

había ido sin despedirme. Pero no, ella quería montar la típica escena de peli en la que toda la familia despide entre sollozos a la protagonista. Vaya pastel. Y vaya cortapuntos. Yo que soy de lágrima fácil me veía llorando a moco tendido mientras el de la puerta de seguridad me decía palabras de consuelo.

Aquello no iba a ser lo peor del día: para más inri, justo en ese momento el maldito destino decidió ponerme una vez más a prueba. Eran las doce de la mañana y todavía estaba sin desayunar. A ver, solo me había dado tiempo de tomarme un café antes de que llegara Bob y comenzara la mudanza exprés. Así que ahora, con el bajón de adrenalina, necesitaba urgentemente dos cafés con leche. Uno para volver a ser persona y otro para saborear ese momento dulce de saber que estás a las puertas del cielo. En este caso era literal, pues en unas horas ya estaría volando.

Me chiflan las áreas de servicio. Lo juro, me encantan. Me recuerdan a mis viajes de pequeña con mis padres. Recorríamos cientos de kilómetros en coche. A mi padre le encantaba conducir durante horas y a mí saludar a los coches y camiones que pasaban por nuestro lado. Hasta que uno casi tuvo un accidente por mi culpa. Entonces mi padre me prohibió asomarme a la ventanilla, amenazándome con que le cortaría el pelo a mi única Barbie, y si me ponía chula rapaba a Ken. Antes los padres no se andaban con chiquitas.

A veces me paro en mitad de cualquier viajecillo corto por el puro placer de entrar en un área de servicio. Aquella vez lo necesitaba, porque me hacía muchísimo pis. Así que en cuanto vi el cartel que anunciaba una cafetería en una gasolinera no me lo pensé dos veces. Aparqué, agarré el bolso, salí del coche y empecé a cruzar el aparcamiento. En ese momento una familia hacía lo mismo que yo, y nada más verlos supe que les pasaba lo que a mí: se meaban.

Se nota enseguida porque cuando no aguantas más caminas con pasitos cortos y rápidos, como si fueras a perder el último tren. Así que me apresuré para entrar primero, ni civismo ni educación ni empatía, mi vejiga estaba a punto de estallar y pasaba de que llegaran al baño antes que yo. Al verme el hijo adolescente trotando como una *geisha* en mitad del aparcamiento se

quedó clavado en medio de la carretera. Sé que a esa edad cualquier chica les revoluciona las hormonas, y más si es una chica guapa y sexi como yo. Pero el chaval se estaba pasando un poco con el descaro, hasta que su madre lo arrancó del ensimismamiento.

—¡Fer! ¡Vamos, Fer! —le gritó desde la escalinata de la cafetería—. ¿Se puede saber que estás miran...?

En ese momento me di cuenta. Lo de tierra trágame se quedaba corto. ¡Aún seguía en bragas! ¡Por Dios! ¡Mis odiosas, gigantescas y horribles bragas de abuela! Mierda, mierda, mierda. ¡Juro por Dios que jamás dejaré de usar tanga!

Joder, tuve que volver corriendo al coche, desencajar el tetris del maletero, sacar de un tirón lo primero que pillé y, muy digna, ponerme a hacer cola en el maldito baño. Porque a esas alturas tenía delante a la abuela, a la madre, a la niña y a tres mujeres más. Pero todo llega, y al fin pude recuperar la compostura, incluso retocarme un poco frente al espejo.

Cuando al fin logré salir a la cafetería no había ni un alfiler. Eché un ojo a mi alrededor y la única mesa libre que vi era la que estaba junto a la máquina de juegos.

—Dos cafés con leche, por favor —pedí al camarero.

—Enseguida le tomo nota, en cuanto venga su acompañante —soltó mientras limpiaba la mesa.

—Estoy sola —gruñí—, quiero dos cafés con leche, por favor.

Estas cosas me ponen de los nervios. Las conclusiones que sacan los demás, así sin pensar, y hala, el camarero ya se había hecho su composición de lugar. Seguro que primero pensó: «Chica que espera al novio, luego les tomo nota». Al comprobar por mi comentario que se había confundido, seguro que cambió su pensamiento por: «Chica sola, soltera, debe de ser más rara que un perro verde». Eso me exaspera, ¡lo juro! A veces una simplemente quiere sentarse y tomarse dos cafés seguidos. A veces una simplemente se sienta con

alguien y no quiere tomar nada. Así de simple, pero no, la gente enseguida saca conclusiones, y ese camarero seguro que ya me imaginaba monja.

Mientras esperaba, inmersa en mis asuntos, me enfrasqué en el móvil. Esta vez no pensaba mirar los wasaps, ¿para qué, para ver más mensajes de mi madre y comprobar una vez más que mis amigos habían sido abducidos a otro planeta? No, solo entré en Instagram para distraerme un rato. No habían pasado ni dos minutos desde que se había ido el camarero cuando, entre el fragor de los murmullos, oí que me hablaban.

—*Scusi*, no quiero molestar. Pero necesito sentarme y esta es la única silla libre. ¿Puedo, *per favore*?

No sé por qué razón, pero de siempre, de toda la vida, me pierde el italiano. Así que en ese momento en que habría sido superborde con cualquiera, asentí sin siquiera levantar la vista.

Fue al llegar el camarero cuando me di cuenta de que el destino no siempre es cruel. A veces devuelve con creces tu buena intención, y como yo había sido supergenerosa compartiendo mi mesa, la recompensa era un moreno de metro noventa, barba de tres días, ojos azules y de nombre Carlo.

—Dos cafés con leche —soltó el camarero con el tacto de un taladro mientras me ponía uno a mí y otro a Carlo. Seguro que en ese momento estaba pensando: «Pues al final tiene novio».

Miré mi café, casi esnifé su aroma penetrante y no pude contenerme.

—¡Disculpe, él no quiere café! —exclamé, intentando rescatar mi segunda taza.

—*Va bene* —aceptó mi improvisado compañero de mesa—. Soy adicto a la cafeína.

Y eso lo dijo mientras juntaba la punta de los dedos en el aire, despertando mis hormonas como si fueran a ir de fiesta. Aquel gesto fue un *off/on* total, lanzó a Bob al pasado remoto desde la catapulta de su italianísimo *Va bene* y abrió de par en par las puertas de mi corazón como si hubiera entrado un vendaval.

Me fascinó todo lo que vi de él.

—*Posso...?*

Ni sabía qué me decía ni me importaba, porque estaba babeando de gratitud. No es fácil que un pibón así tenga interés en una, por muy guapa y sexi que una sea. Carlo sacó una libreta y se puso a garabatear, más bien a pintar. Y entonces es cuando lo flipé, porque me estaba dibujando a mí. O sea, y yo con ese careto de *natural girl* sin una mísera gota de glamur.

—*Più bella...* —murmuró.

Ahí ya caí en sus brazos, literalmente, porque en el ensimismamiento de estar posando, el codo se resbaló y detrás fui yo, toda torpe, directa al suelo. Es lo que tiene sentarse en el mismísimo borde de la silla en una postura tan retorcida como inverosímil. Yo, intentando coquetear, me había sentado a lo Betty Boop, y eso es físicamente imposible de mantener más de un segundo.

Pero una vez más el destino compensó mi generosidad, esta vez por la paciencia que había tenido con el camarero, y me regaló un cuerpo a cuerpo con Carlo. Él, supercaballeroso, se apresuró a recogerme del suelo y yo, de pronto entre sus brazos, sucumbí a todo, porque hay que ver lo que hace un tío bueno con tu voluntad. En ese momento me habría convertido en su mascota con tal de que me acariciara.

Dicen que el roce hace el cariño, ay, eso no lo sé porque no he pasado tanto tiempo con nadie, pero lo que sí sé desde aquel momento es que el roce hace el flechazo. A ver, esto duró décimas de segundos, pero ya se sabe que hay instantes que te marcan más que un tatu en una noche loca; juraría que aquellas milésimas de segundo fueron superlargas. Yo entre sus brazos, alrededor la nada absoluta, solos él y yo en el mundo, su aroma de hombre, su calor y, para morirme de gusto, el casi roce de su mejilla con la mía.

Como si estuviera viéndome en una película, noté a cámara lenta y con superzum cómo todas las moléculas de su aliento entraban por mis fosas nasales estremeciendo cada poro de mi cuerpo. Creo que ha sido lo más parecido al sexo tántrico que he tenido en mi vida. Una amiga de una amiga

tuvo un novio tibetano y hablaba maravillas de cosas todavía más raras que esa.

Para salir del trance y que no se me notara que estaba más salida que el *Sputnik* en la cuenta atrás, me hice la tonta y solté la risa floja.

—*Stai bene?*—me preguntó con su vozarrón de conquistador.

—*Superbene* —solté toda atolondrada.

Después dijo algo que me dejó en *shock*.

—¿Puedo hacer algo *per te...*? Voy camino al aeropuerto.

¡No! ¡Aquello NO podía ser verdad! ¿El pibón también iba al aeropuerto? Me habría muerto allí mismo, lo juro, de no ser porque sería *too much* volver a caerme al suelo. Me limité a tragar saliva y a ponerme las manos en el pecho para que no se oyeran los latidos de mi corazón, que más que latir pataleaba de emoción.

Lo miré sin pestañear, como si estuviera haciéndole una foto para no olvidarme de él jamás de los jamases. Me encantó su fular beis de lino enroscado al cuello como si fuera un beduino. Llevaba una chaqueta marrón de cuero que le quedaba como un guante y dejaba ver una camiseta blanca que sobresalía por debajo. Parecía que se había puesto lo primero que había encontrado en el armario, aunque el resultado era supersexi. Llevaba el pelo largo, recogido en una coleta tan floja que le caían mechones sobre sus orejas perfectas, y, ¡ay!, tenía las manos enormes, como a mí me gustaban.

Pero a veces las mujeres somos imprevisibles, es decir, tontas de remate, al menos yo. A veces me pasa que algo me parece demasiado bueno para ser real. Por ejemplo, estoy en un restaurante *supercool* y, por no parecer una glotona, dejo algo en el plato aunque lo rebañaría con la lengua si estuviera en casa. Así que no le dije que yo también iba al mismo lugar.

Solo balbuceé:

—No, gracias, estoy bien.

Técnicamente era verdad, aunque no solo estaba bien, estaba de maravilla. Pero por muy enamoradiza que una sea, por muy impulsiva y alocada, a ver,

tampoco era cosa de decirle: «Uy, sí, vamos al aeropuerto. Compraré unos billetes al lugar donde tú vayas, Italia, imagino. Compartiremos el resto de nuestras vidas en tu casa de campo de la Toscana. Criaremos gallinas, nos alimentaremos de lo que la tierra nos ofrezca. En invierno, encenderemos la chimenea y entre risas contaremos cuentos a nuestros tres hijos: Luca, Carlo Junior y Renata». Pues no.

Así que me recompuse, fui al baño, me acerqué a la barra, pagué mis dos cafés aunque solo me hubiese tomado uno y me acerqué de nuevo a la mesa para despedirme.

—Que tengas un buen viaje —le di un beso en la mejilla y empecé a meter todas las cosas en mi bolso.

El pobre se quedó con una cara..., en plan «no entiendo nada». Pero bueno, había que centrarse, subir al coche, llegar al aeropuerto, facturar, meterme en un avión y despegar rumbo a mi nueva vida. No era momento para imprevistos.

—*Ah, va bene* —se apresuró a decir.

Luego escribió algo en el dibujo que había estado haciendo y me lo dio.

—*Un piacere...*

Solo cuando llegué al coche y me senté frente al volante me di cuenta de que en una esquina del papel estaba su nombre acompañado de esta frase:

«*Sento che il destino è stato generoso con me perche ti ha messo sulla mia strada*».

Rápido me fui al traductor de Google, que, como si fuera el espejo mágico de Blancanieves en plan 2.0, me soltó:

«Siento que el destino ha sido generoso conmigo porque te puso en mi camino».

¡Sííí! *Yesss! Oh, là, là!*

Me puse a bailar como una loca dentro del coche. ¡Me acababa de ligar al italiano más bueno buenísimo del mundo mundial! Yo, Helena. La del corazón

pegado con cola del chino. La que acababa de entrar por la puerta de su nueva vida con el pie derecho y la suerte pegada al culo. ¡Toma ya!

Lo que no supe entonces era que se me había caído en la cafetería una tarjeta de la agencia de viajes con el nombre del hotel donde me alojaría los primeros días en Londres.

Capítulo 4

En cuanto me metí en el coche y arranqué me di cuenta de que era idiota de remate, tonta del bote, imbécil perdida.

Apenas recorrí el primer kilómetro y ya estaba maldiciendo:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —grité aporreando el volante.

Eso sí, los golpes eran con una sola mano, no soy una imprudente. Aunque daba igual, porque más de un conductor me pitó al adelantarme.

—¿Qué pasa?! —solté a uno toda indignada—. ¿Es que una no puede echar pestes por perder al amor de su vida o qué?!

Vale, la cosa puede parecer un poquito exagerada, pero no se ve todos los días un monumento como Carlo. ¡Y menos aún ocurre que el monumento te dedique toda su atención!

Pero una, que es muy *echá p'alante*, no se conforma con lamentos y palabras en mitad de la autopista. Debía centrarme en las señales de «Aeropuerto» y no liarme a dar vueltas por toda la M11.

—¿De qué te sirve quejarte, eh? —me dije para darme ánimos y tranquilizarme.

Sí, a veces hablo sola. Todos hablamos solos, y el que diga lo contrario miente. ¡Incluso hay gente que habla en sueños! Así que yo no voy a ser menos. Tengo conversaciones conmigo misma cuando estoy muy cabreada, sobre todo cuando el cabreo tiene que ver con mi lado idiota del cerebro.

—Venga, Helena, piensa, piensa —seguí diciéndome como si fuera una entrenadora de neuronas intentando activar a las muy perezosas.

En esta vida todo tiene un orden, un dónde, un lugar y un qué. Pero esa teoría, que me sabía de memoria gracias a todo lo que leía en internet, no la

había puesto en práctica en mi vida. Desde luego, no iba a ser aquella la primera vez. Por eso descargaba mi rabia a ciento veinte por hora, quizá algo más, en mitad de la autopista, en vez de haber conducido tranquilamente y haber esperado a desahogarme en el parking de Barajas, por ejemplo. Pues no, ahí iba yo, en plena conversación conmigo misma, cuando me adelantó un coche de policía haciéndome señales para que parase.

¡Lo que faltaba! Me puse nerviosísima. Del tembleque que me entró en el cuerpo habría parado allí mismo, en mitad de la autopista. Menos mal que pude pensar un poco y conducir unos metros hasta que encontré un hueco donde estacionar. Giré hacia el arcén y detuve el coche.

—Buenos días, agente —lo saludé mientras me aseguraba de que llevaba puesto el cinturón de seguridad.

—Documentación, por favor.

Excepto los papeles de actriz, que se me dan de maravilla, el resto son un tormento para mí. Nunca sé dónde guardo lo que necesito, sin embargo, siempre tengo a mano los tiques, documentos, informes y mil etcéteras que están requetecaducados.

Rebusqué en el bolso y tendí mi identificación al policía, descendiente directo de Moctezuma, porque el tipo no podía ser más serio ni dar más miedo.

—Señorita, esta es la tarjeta de Carrefour —ladró.

Nada mejor para ponerme aún más nerviosa. Entre maldiciones para mis adentros saqué todos los carnés que tenía. ¿Qué hacía con una cartera gigantesca con más apartados que el maletín de un ministro, si luego necesitaba el carné de conducir y no lo encontraba?

—¿Le importaría decirme qué he hecho? —pregunté, más que nada para ganar tiempo mientras seguía buscando.

Lo cierto era que me importaba poco lo que fuese a decir, estaba segura de que no había hecho nada incorrecto, más allá de aporrear el volante, y eso, que yo supiera, no era delito.

—Iba hablando con auriculares —soltó como quien dice la hora.

¡¿Quééé?! ¿Hablando con auriculares? No, no, no. ¡Eso sí que no! ¡Me iba a oír!

—Yo no he hablado con auriculares —solté, en un tono de lo más retador.

Quizá me puse un poco chulita, porque mientras le hablaba me dio por tocarme los pendientes y... Vaya, otra vez me había vuelto a pasar.

—Ya sé a qué se refiere —sonreí, bastante más amable, mientras me quitaba mis pendientes auricular—. Los lleva Rihanna, ¿sabe?, Diane Kruger, Cara Delevingne... Son un *must* de la temporada. Aunque yo soy más de cositas discretas, pero es que, ¿quién no quiere tener el glamur de Cara Delevingne?

—Salga del coche —respondió Moctezuma.

A esas alturas yo ya había encontrado el carné, el seguro del coche y hasta la tarjetita del cambio de aceite. Se lo di todo, sin ordenar porque estaba más nerviosa que el día del examen de conducir. El tipo miró aquel montón de papeles y señaló lo que quería con un dedo enfundado en su guante de cuero.

—Agente, le juro que no hablaba con nadie —casi gemí, estaba a punto de sentirme como Thelma y Louise—. He tenido una mañana horrible, mi exnovio se presentó en mi casa, llevo parte de mi vida en el maletero de este coche, empiezo un trabajo nuevo en Londres y acabo de conocer al hombre más sexi que he visto jamás.

El policía se miró a sí mismo y luego a mí, con un claro gesto de no entender qué podía ver de sexi en él.

—No, no, no —me apresuré a aclarar, aquello iba de mal en peor—. ¡Por favor, no me refiero a usted!

Creo que aquello acabó con su paciencia, porque examinó mi documentación a la velocidad del rayo y me la devolvió sin mirarme a la cara. Menos mal, porque estaba más roja que un tomate, y en ese momento mi torpeza solo encadenaba desastres y más desastres.

—Señorita, circule —resopló—. Y tómese las cosas con calma.

Cuando me alejé del coche de policía estuve a punto de tirarle dos besos desde la ventanilla, de lo contenta que estaba por haber salido de aquella sin una multa. Aunque bien pensado, ¿se puede multar por metepatas? ¡Claro que no! Si fuera así, ¡ya me habría quedado sin carné de por vida y en el más allá!

Miré el reloj. Si me daba prisa podía dar la vuelta, regresar a la cafetería y plantarle un beso de película a Carlo. Pensaría que estaba loca, pero me habría quitado de la espalda el cartel de trescientos kilos que ponía «IDIOTA DE REMATE», con la coletilla: «Perdió al amor de su vida, la muy tonta».

—¡Mierda, Helena, tienes que volver! —grité en alto.

Justo después me tapé la boca por si había algún poli observándome. Decidida a regresar para encontrarme con mi nuevo amor para toda la vida hice un cambio de sentido en la primera desviación que encontré y regresé a la estación de servicio donde el destino me había puesto al pibón italiano.

Quizá pueda parecer un poco exagerado, pero soy así: impulsiva y romántica empedernida. Se lo debo a mi padre, está claro. Conoció a mi madre en un supermercado, la vio y se enamoró de ella. Así, sin más. Sintió un flechazo. Durante semanas estuvo yendo al mismo súper, a la misma hora, hasta que volvió a coincidir con ella. Y habría seguido yendo hasta encontrarla. Así que lo de dar media vuelta para buscar al que, esta vez sí sí sí, iba a ser el amor de mi vida, era *peccata minuta*.

Cuando llegué a la cafetería, derrapé en la puerta, puse los cuatro intermitentes, bajé el espejo para ver si tenía pegotes de rímel debajo de los ojos, me recompuse un poco, comprobé que no desprendía ningún olor extraño, me solté el pelo y salí escopetada del coche.

En ese momento me imaginaba a mí misma caminando a cámara lenta mientras todos se daban la vuelta y me miraban con ojos de deseo, abriéndome paso hasta llegar a Carlo, que me esperaba con una sonrisa para recibir ese beso... Pero no, ni salí así, ni nadie se dio la vuelta para mirarme, ni, como era de esperar, estaba Carlo.

Así que me fui del bar más decepcionada que un niño sin juguetes el día de

su cumpleaños, subí al coche y arranqué en dirección al aeropuerto. Llevaba conmigo la frustrante sensación de «uy..., casi».

Una vez me dijo Didi que lo mejor para entrar en Barajas y no dar mil vueltas era ir a veinte kilómetros por hora y fijarse bien en todos los carteles. Así que ahí iba yo, a pedales, balbuceando todo lo que ponían las señales. Eso sí, esta vez sin mover los labios, no fuera a verme otro poli.

—Salidas... —murmuré.

— ... salidas internacionales... ¿P1 o P2? —me pregunté con el coche parado sin saber adónde ir.

¡Dios mío, se me había ido el santo al cielo! Iba a perder el avión seguro. Así que, como si fuera una concursante de *Pekín Express*, arranqué la tarjeta del parking, embuté el coche en el primer hueco que encontré, lancé las maletas a un carro y eché a correr hasta el edificio del aeropuerto con tantas cosas colgando que parecía el Correcaminos en versión perchero.

Soy una chica de mundo, pero aun así los aeropuertos me ponen nerviosa. ¿Por qué diablos no dejaban quietos los letreros de los paneles de información? Justo cuando localizaba la línea en la que aparecía mi destino, ¡zas!, empezaban a moverse todas las letras. ¡Hala! A buscar otra vez London.

Ahí estaba yo, con mi carro hasta arriba de maletas, aún jadeando por la carrera tras el último amor de mi vida, cuando de pronto:

—¡Sorpresaaa!

Eran todos. Todos mis amigos. Estaban detrás de una gigantesca pancarta que gritaba, llena de corazones: WE LOVE YOU, HELENA!!! Unos metros más arriba flotaban globos de todos los colores. Era lo más hortera y cursi que había visto en mi vida, en YouTube y hasta en sueños, pero lo cierto es que me encantó.

—Sois unos capullos —les dije entre sollozos—. Llegué a pensar que pasabais de mí.

—Queríamos sorprenderte —se burló Tina.

—Me dejasteis sola en la mudanza —lloriqueé.

—De eso nada, estaba Bob —dijo Didi.

Me acerqué a ella para abrazarla y entonces le susurré al oído:

—¿Te ha dicho lo de mis bragas?

—No me fastidies que todavía sigues con las bragas gigantes —se rio.

Asentí con la cabeza.

—Tranquila, solo me ha dicho que está seguro de que estás con otro...

—Me parto —la interrumpí.

— ... por el olor a One Million en el baño.

La carcajada que soltamos las dos fue tan escandalosa que el resto quiso saber qué pasaba y tuvimos que contárselo. Fue un momento precioso, porque mi ex no solo me hizo la mudanza en un pispás, sino que además nos sirvió para reírnos a su costa durante toda la despedida.

Aquel encuentro fue increíble. Parecía que nos íbamos a ir todos de vacaciones a las islas Seychelles del escándalo que estábamos montando.

—Pilla un piso grande —dijo Edu—, no pienso compartir cama con estas pedorras roncadoras.

Didi, Tina y Edu son mis tres mejores amigos. Llevamos juntos muchos años, tantos que hemos perdido la cuenta. Recordaba el primer novio de Tina, que al pobre le dio una alergia horrible su barra de labios. La sorpresa que se llevó Edu al decirnos que era gay y descubrir que lo supimos desde el momento en el que lo conocimos. Las miles de dietas de Didi y el hambre que nos hacía pasar para que no nos pusiéramos hasta arriba delante de ella. Ella, cuando perdió lo que solo se pierde una vez, nos llamó a todos para contárnoslo con pelos y señales. Así que sí, son amigos de verdad.

Didi, Tina y yo nos conocemos desde el instituto. Éramos compañeras de clase, aunque no nos caíamos bien. Sin embargo, durante un campamento en tercero de la ESO nos volvimos inseparables, ¡hasta hoy! A Didi y a mí nos gustaba el mismo chico, Hugo. Era el guaperas de la clase. Por supuesto, el muy creído lo sabía y se aprovechaba de ello. Estuvo saliendo con las dos

hasta que, en ese campamento, ¡lo pillamos in fraganti con una rubia de bote que estaba en segundo!

Todo gracias a Tina. Ella fue la que nos avisó. Quedó con nosotras a la misma hora y en el mismo sitio en el que ellos dos estaban ahí mano a mano. Tina nos propuso no decirle nada y prepararle una encerrona. ¡Fue espectacular!

Didi y yo nos citamos con él en la piscina cubierta del campamento. Cada una de nosotras le dijo lo mismo: que lo esperaríamos en bolas dentro del agua.

—Si llegas primero, vete dándote un chapuzón —le dijimos por separado, claro.

Así que cuando llegó la hora, Hugo se presentó, se quedó en pelotas y se metió en el agua. Minutos después nos presentamos nosotras, nos reímos de él y nos llevamos su ropa para dársela a la rubiales de segundo. La pobre era otra víctima, como nosotras.

Aquello nos unió muchísimo. Fue el comienzo de una amistad superfuerte que dura hasta hoy.

Edu se incorporó un poco más tarde. Al principio éramos algo reacias a que un chico saliera con nosotras, pero él se acababa de mudar a la ciudad y le estaba costando entrar en un grupo. Era demasiado especial, y ya se sabe que las personas que se salen de la norma solo encajan con las de su especie. Así que lo reclutamos y pasó sobrado las pruebas de acceso a nuestro club secreto. Porque está claro que no puedes tener un grupo de amigos y no crear un club secreto secretísimo.

Por supuesto, enseguida apareció en el aeropuerto mi madre, con mi padre, mi tía y una tartera llena de rosquillas de anís «para el camino». Todo el día había estado temiendo que me montaran el numerito de la despedida en plena terminal. Pero en ese momento, en cuanto los vi, me dio un vuelco el corazón y volvieron a caerme lagrimones enormes de puro amor.

—Mamá, eres incorregible —le solté entre sollozos.

—Llama en cuanto llegues —me pidió mientras secaba mis lágrimas como

si fuera a llevárselas en un relicario.

—¿Llevas libras? —preguntó mi padre, más preocupado que nosotras por las cuestiones prácticas.

—La chica lleva de todo —intervino mi tía—. ¡Con la de veces que ha viajado!

Pues sí, era verdad que había viajado bastante, pero esa vez sentía que era distinto. Tenía la sensación de que empezaba algo nuevo. En realidad, era mucho más que una sensación, era una realidad como un castillo, porque objetivamente todo iba a ser nuevo y distinto: el trabajo, el país, el idioma, la cultura, ¡hasta los coches iban por la izquierda! También había algo más, la esperanza adolescente y romántica de volver a encontrarme con Carlo. Tenía la sensación de que estaba a punto de dar un paso de gigante en mi vida, un paso que marcaría un antes y un después.

Ya había llegado el momento, la despedida final.

—¡Si me queréis, irse! —solté toda graciosa para que se echaran unas risas, y también para que se fueran de una vez, que aquello se estaba prolongando demasiado.

Pero la que se marchó fui yo. Mis padres me acompañaron hasta el control policial, mis amigos, detrás de ellos, levantaban el cartel de WE LOVE YOU, HELENA!!! y los globos. Los miraba y sonreía, aún con lágrimas en los ojos. Seguí las instrucciones del agente, descargué todo en las bandejas mientras me despedía de ellos lanzándoles besos y juntando los dedos formando un corazón.

—Ordenador, móvil, reloj..., todo en la bandeja —oí a una encargada de seguridad.

Aquello me colocó en el aquí y en el ahora. Ya era el momento, ya estaba sola, ya todo dependía de mí.

Caminé por los pasillos hasta la puerta de embarque. Me habría encantado entrar en el Duty Free, en Adolfo Domínguez, en Boss, ver los bolsos de Fedon, los zapatos de Tascón o los accesorios de Loewe. ¡Soñaba con ese

lujo, me fascinaba! Pero me contuve. «Helena, que te pierdes», me dije, y enfilé hacia los paneles de salidas para comprobar por enésima vez que mi vuelo partía de la puerta H1.

Cuando subí al avión, toda expectante, como si fuera a encontrarme con alguien, sentí una pequeña punzada de decepción. No oí «Helena, *veni cuà junto a me*». Nadie me reconoció... O sea, que mi secreta esperanza de encontrarme con Carlo en el asiento de al lado se fue al traste en cuanto vi que junto al 12B había un señor que parecía sacado de cualquier peli de Torrente.

Capítulo 5

Da igual cómo te imagines una ciudad, un aeropuerto o cualquier lugar en el que nunca hayas estado. Cuando llegas allí, la realidad siempre supera lo que tengas en mente. Y, claro, esta vez no podía ser menos.

Nunca había estado en Londres, y mira que a mis veinticinco años ya me había recorrido medio mundo. Bueno, quien dice medio mundo dice una cuarta parte, o la cuarta parte de la cuarta parte del mundo. Pero Londres nunca había estado en mis planes. Aunque después de ver *Love actually* como un millón y medio de veces lo puse al final de mi lista de viajes.

Pues está claro que no hay que hacer ni caso a los escenarios de las películas románticas. Porque ni en Navidad una puede salir en manga corta a la calle, ni la gente es tan amable, ni el aeropuerto de Heathrow es el único que hay en la ciudad.

Así que ahí estaba yo, tropezando con todo el mundo, venga a decir *sorry* hasta a las columnas.

El día que compré los billetes, con los nervios, ni me percaté de mirar que en Londres hay varios aeropuertos, a cuál más lejos de la ciudad. Y aunque en St. Thomas habían sido muy generosos conmigo, el avión tenía que pagarlo yo. Pero hay momentos en los que una tiene que ser superpráctica, pasar de la pasta porque si no acaba en el culo de Londres, como yo, arrastrando mil maletas por todo Stansted. Podía coger un *shuttle* hasta el centro y luego ir en metro al hotel. Pero la cola era enoorme, otra vez me hacía pis y, aunque la última vez que le hice caso a mi vejiga me fue bastante bien, hacía un frío increíble, mis maletas habían tardado un siglo en salir y mi móvil no pillaba señal.

Esto último era una de mis mayores pesadillas cuando pensaba en este día. Eso y que una apocalipsis zombi me pillara en el avión sobrevolando el Cantábrico. Pero no tener comunicación con mi gente me angustiaba. Por muchas personas que hubiera en esta ciudad, parecía que estaba absolutamente sola, totalmente invisible para cientos de autómatas que iban a su bola, pasando de una. Nadie te mira, no existes para el resto. Estoy segura de que ni aunque me pusiera a chillar en pelotas en mitad de la calle se pararían a mirar.

Había llamado mil veces a la compañía telefónica para que me asegurasen que el *roaming* estaba activado en mi teléfono. Porque la última vez que viajé, una llamada con mi madre me costó un riñón y tres cálculos renales. Así que nada, andaba más desubicada que Donald Trump en una reunión de las Naciones Unidas. Vamos, que al final no me quedó otra y me pillé un taxi.

—Al Park Plaza London Waterloo —dije al buen hombre que me recogió.

El taxista, un hindú recién salido de Bollywood, tenía más ganas de hablar que yo de darme una ducha. Cómo me vería que me preguntó, así como si me conociera de toda la vida:

—¿Ha ganado un premio, un concurso? A mí se me dan muy bien los concursos, ¿sabe?

Mi cara de plato le inspiró para seguir hablando. Y yo que pensaba que había gestos universales que todo el mundo entendía. Por ejemplo, si algo no te interesa miras al vacío y finges que no estás. Eso parecía demasiado sutil, porque el tipo siguió erre que erre con el concurso, hasta que me dijo como si nada:

—Es que no tiene aspecto de ir al Waterloo.

Aquello despertó mi curiosidad y quise saber:

—Y ¿qué aspecto tengo? —pregunté—. O, mejor, ¿qué aspecto tienen en el Waterloo?

El conductor frenó bajo la luz roja del semáforo, puso punto muerto y soltó:

—Es un hotel de cuatro estrellas, señorita.

O sea, ¿me estaba llamando cutre, harapienta, tirada o qué? ¿Acaso tenía yo

pinta de *hippie* mochilera? Eché un vistazo a mis vaqueros Nisu, mi jersey Ídem, las deportivas sucias y desgastadas... Ni siquiera el esmalte de uñas había sobrevivido a ese día. Qué horror, tenía un aspecto lamentable. Y la cosa empeoró cuando el de Bollywood paró al lado de un edificio superlujoso de columnas doradas y fachada supermoderna.

—Sesenta y una libras —sentenció el taxista—. ¿Tarjeta o efectivo?

—*From lost to the river* —murmuré mientras sacaba la Visa.

Cargadita de maletas, bolsas, etcétera, entré en el hall más brilli brilli y glamuroso que había visto en mi vida. Ni en *Las Kardashian* había tanto lujo.

Acostumbrada a las ofertas del *last minute*, aquello me pareció otro mundo. La recepción tenía más dorado que la tumba de Nefertiti, estaba iluminada con luces ambientales, olía a bergamota y las flores frescas se reflejaban en el mostrador. La música de piano parecía un murmullo que temías interrumpir al caminar. Aquel lugar brillaba tanto que me alegré de no llevar falda, ¡mis bragas se habrían reflejado en el suelo!

Pero yo no me arrugo ante nada, ¡ja, lujitos a mí! Me quité el jersey, abrí un poco el escote de mi blusa, descoloqué la melena y me humedecí los labios. Nada mejor que una chica sexi soltando feromonas ante un recepcionista tan estirado como aburrido.

—*Room 325, welcome, miss Helena* —dijo al final del *check in* más interminable de mi vida.

Un mozo llevó mis trastos hasta la habitación, dejó las maletas grandes sobre la cama y luego miró el resto de las bolsas con desconcierto.

—¿Aquí está bien? —preguntó, con el acento inglés de Michael Robinson.

El chico se quedó varios segundos en la puerta, como esperando algo. Me miraba fijamente y sonreía soltando preguntas sin parar.

—Entonces ¿todo bien?

—¿La temperatura a su gusto?

—¿Quiere que le traiga más agua?

Entre pregunta y pregunta hacía una minipausa de segundos, y como yo no hacía nada, seguía lanzando frases.

—Puedo abrirle la cama si quiere...

—Le cambio las almohadas si no son lo suficiente cómodas para usted.

De pronto, ¡clin!, se me encendió la lucecita.

«¡Helena, la propina!», me chivó mi conciencia.

¡Porras! Se me había pasado que Londres era la ciudad de la niebla y las propinas.

—Esto... Sí... Pues... —tartamudeé mientras rebuscaba entre los cincuenta compartimentos de mi bolso.

Dos horas después encontré un par de libras sueltas. Se las di y por cómo me miró deduje que era una miseria. Seguro que en ese hotelazo le daban en propinas lo que yo ganaba en un mes en el Starbucks.

El muchacho cerró la puerta farfullando:

—*Two black candles for you.*

Aquello tenía pinta de maldición inglesa. De ahí para arriba.

En cuanto desapareció y me quedé sola al fin pude lanzar un grito ahogado en plan:

—¡Toma, pedazo de habitacióón!

Tenía un pequeño recibidor con un sofá de cuero gris y cojines en un amarillo suave. Un cuadro gigante de suelo a techo de hipnóticas geometrías azules, blancas y negras. En el espejo vertical del recibidor se reflejaba una mesita redonda con una botella de champán y una bandejita con fresas y *macarons*. La habitación era tan grande como mi piso de Madrid. Cama *king size*, o sea, megagigante, espectacular ventanal a un parque inmenso y un baño de anuncio: todo espejos, luces y muestras, decenas de muestras de geles y cremas. ¡Menudo banquete que me eché al cuerpo!

El baño era la máxima expresión del lujo y el gusto exquisito. Puertas de cristal, bañera de hidromasaje y un lavabo de pared a pared, con flores frescas

junto a una percha plateada de la que colgaba un albornoz bordado con las iniciales del hotel.

Noté cómo se me erizaba la piel al abrir el grifo de la bañera. Necesitaba un poquito de ommm, una paradita en mi mente y en mi cuerpo. Asimilar todo aquello. Miedo me daba preguntarme qué esperaba el St. Thomas de mí cuando pagaba un hotelazo como ese. ¿No se habrían confundido?, me pregunté. Pero fue sumergirme en el agua caliente y ocultarme bajo la espuma para olvidar todas esas dudas. Me abandoné en una respiración lenta, calmándome durante un rato.

Después, cuando logré reactivarme y salir de la paz interior, solo había una idea en mi mente: copazo en el bar. En realidad, después de tanto calor y tanto vaho me apetecía una cerveza helada, pero tenía que estar a la altura del lugar. Un buen cóctel bien cargadito y seguro que se me olvidaban todas las penas.

Fui derecha a las maletas, y..., mierda, otra vez había olvidado la contraseña.

—Maldita sea —solté.

En ese momento tenía tolerancia cero a los contratiempos.

—Mierda... ¡Joder! —grité con ganas de rajar la cremallera con la lima de uñas.

Como no había manera de atacar aquello con el plan A (recordando la contraseña), tuve que recurrir al plan B: abrir mi equipaje como fuera. Así que llamé a recepción, pedí unas tijeras y en un visto y no visto me encontré con...

—¡Esta es no es mi maleta! —exclamé.

Ya decía yo que era raro que hubiera olvidado la contraseña...

En serio, ¿de quién era todo eso?

Tops de Hermés, trajes de Dolce & Gabbana, vestidos de Devota & Lomba...

—¡Talla cuarentaaa! —grité totalmente fuera de control.

Gracias. Gracias. Gracias. El destino me adoraba, una vez más me demostraba que era su chica favorita. ¡Pedazo de suerte! No sé si a eso se le

podía llamar cambiazo...

—¡Cuerpazo! —volví a gritar al verme en el espejo con un vestido rojo ajustado, de esos que te lo ponen todo en su sitio.

Estaba claro que no había nada como ser agradecida en esta vida. Y qué mejor forma de agradecer aquello que luciendo modelito en el bar del superhotel cuatro estrellas.

Así que ahí me presenté yo, bueno, más que yo, la versión más total de mí misma, marcando de todo, luciendo palmito y marcas de lujo.

—Un *elderflower*... Eh..., un cóctel de estos, por favor —susurré para mantener el glamur.

Qué manía de ponerles nombres imposibles a todo. Con lo fácil que es pedir en España un mojito, un daiquiri, un coco loco...

El caso es que «la cordial flor del saúco» estaba tremenda. Qué digo tremenda, ¡tremendísima! Y sin darme cuenta, la simpática camarera me había servido tres veces el mismo cóctel en un chimpún.

Me sentía libre y poderosa. Si me miraba desde fuera, no podía verme mejor. Sentada a lo mujer fatal en la barra de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Con ropa supermegacara, regalito del destino por buena conducta, y sin alarma que me levantara al día siguiente de la cama. ¿Qué más podía pedir?

En ese momento el corazón me dio un vuelco y el suelo desapareció bajo mis pies.

—*Sei tu, Helena?* —escuché cerca de mi oído mientras alguien deslizaba sutilmente su mano por mi cintura.

Me giré lentamente, rezando a todos los dioses del Olimpo por que fuera él. Y vaya que si era él.

—¿Ca... Ca... Carlo?

Capítulo 6

Ver a Carlo y ponerme a tartamudear su nombre fue todo uno. ¿Por qué siempre salía la versión más patosa de mí cuando lo tenía delante? No sé si fue por los tres *elderflowers* que llevaba en el cuerpo o si fue su sola presencia, pero yo estaba totalmente en sus manos. Bueno, esto es un decir, porque literalmente no era así, ya me habría gustado a mí que, después de posar su mano en mi cintura para saludarme, la hubiera dejado ahí.

Pero no, Carlo era un hombre de mundo, acostumbrado a enamorar a las chicas al primer parpadeo, así que no iba a ser tan fácil ligármelo. Madre mía, todo en él me encantaba. Esa melena hasta mitad del cuello, su barba de tres días, su mirada profunda e intensa como si te estuviera leyendo las entretelas, su perfume. ¡Ay, Dios, su perfume...!

Didi siempre me dice que tengo un problema con los olores. Y puede que tenga razón. Porque puedo sentir atracción o rechazo hacia alguien solo por el olor de su perfume. Y al final, no deja de ser un olor que puede cambiar. Imagina que esa persona ese día duerme en casa de sus abuelos y cuando se da cuenta no lleva encima su colonia embriagadora y decide ponerse el Brummel del abuelo. Pues hale, por ese despiste de su yo del pasado se juega el amor de su vida.

—Y... ¿cómo tú por aquí? —solté con la sensualidad de la cerdita Peggy.

—Ah..., he venido a ver a mi marchante —contestó unos segundos después, tan despacio y tan bajito que casi le meto la oreja en la boca para oírlo.

Entonces deslizó sobre la barra la tarjeta que se me había caído del bolso esa mañana en la cafetería donde nos conocimos.

—No tenía alojamiento y este hotel me pareció perfecto —continuó

mientras señalaba el nombre del hotel y la dirección que estaban escritos en el dorso de la tarjeta.

El licor del *elderflower* estaba haciendo estragos en mi *sex appeal*, dejándolo a la altura de una principiante en una despedida de soltera.

—¿Has venido aquí por mí? —arranqué, demasiado espontánea para ser un coqueteo.

—¿Por qué no? Todos los hoteles son iguales, excepto este —dijo, en el mismo tono hipersensual de su primera frase.

No suelen pasarme cosas así. Conocer a alguien impresionante y que se fije en mí. Si a eso le añadía todas las experiencias increíbles que me estaban ocurriendo ese día, no era para menos que la cabeza me diera vueltas. Además, cuando bebo un poquito la noche me confunde y acabo tirándole los tejos a una señal de tráfico. Así que, para recuperar la compostura y dominar el escenario de la conquista, me pedí una Coca-Cola Zero y una botellita de Perrier con limón y mucho hielo.

—Macallan para mí, por favor.

Excuse meee?, dije para mis adentros. ¿Yo a refrescos y agua con gas con un pibón que se pide un copazo de aúpa? Pues sí, necesitaba frenar la caída en barrena a la que me había llevado un día agotador regadito con tres cócteles en un estómago vacío; porque, a todo esto, servidora no había cenado todavía. La cafeína helada del inocente refresco hizo bien su labor: me despejé ipso facto.

—Así que *marchallan* —farfullé, en una mezcla inexplicable de marchante y la marca del whisky.

Estaba claro que aún no me había despejado del todo, así que me dediqué a beber agua con gas a toda tralla, para que se me bajara el puntito baboso que me quedaba.

Carlo Lombardi Santoro Favarolo, así se llamaba ese pedazo de cuerpo, me estuvo contando su vida entera y parte de la de sus ancestros. Fue todo un detalle. Creo que el pobre quería darme tiempo a que recuperara la

merecía, por todos los años en los que la buena suerte me había dejado completamente de lado.

Carlo seguía hablando, envolviéndome con su voz grave, sosteniendo mis ojos con los suyos, porque hay que ver qué forma de mirar, de esas miradas que te traspasan, qué digo te traspasan, de esas miradas que te penetran.

— ... así que a los dieciséis me fui de mi casa en Argentina...

Ay, madre, ¿qué me había perdido? Si es que no estás a lo que hay que estar, Helena, que te pierde el cuerpo y este chico tiene corazón, mente, un pasado, una vida...

—¿A los dieciséis años vivías en Argentina? —dije, así como siguiendo el hilo de una conversación en la que me había perdido hacía tres sorbos de *elderflower*—. Qué experiencia más bonita, ¿no?

—Bueno, sí, cuando mis padres murieron en el accidente de tráfico me fui a vivir con mis tíos...

— ... en Argentina —deduje.

—Sí... —respondió—. Pero, como te digo, no me hacían mucho caso, solo querían mi dinero.

Rebobina, Helena, que esto te interesa, me dije, obligándome a recopilar la última media hora de conversación. Resulta que Carlo Lombardi Santoro Favarolo, alias el pibonazo, era pintor, estaba exponiendo en París y al quedarse huérfano heredó la fortuna de sus padres. Los malotes de sus tíos argentinos lo acogieron, pero solo querían la pasta y este angelito decidió independizarse.

—Se burlaban de que quisiera crear una fundación para proteger a los animales con mi herencia —explicó el pobre.

Pasé del erotismo egoísta a la empatía en décimas de segundo. ¿Carlo era ultramegahiperdefensor de los animales? ¡Aquello sí que era una señal del cielo! Yo, que me muero de amor al ver un cachorrito abandonado, no podía creer que ese pedazo de ser humano hubiera dedicado su fortuna a cuidar y proteger a los animalitos.

—Además, un vegetariano en Argentina... —lo oí decir.

—¿Eres vegetariano? —le pregunté dando un sorbo al cóctel y con los ojos abiertos como platos.

—Justamente comencé en Argentina a no comer carne —susurró, mirándome a los ojos como si me estuviera comiendo a mí—. No soportaba ver el sacrificio de los animales.

—Claro, claro —farfullé sin disimular ni un poquito lo alucinada que estaba.

—*Ma sono felice...* —siguió—. Vivo donde quiero, viajo por el mundo, pinto la belleza que encuentro allí donde voy, mis cuadros se venden muy bien y todo lo dono a mi fundación AmiciAnimalici.

A esas alturas de la noche yo ya estaba loca de amor por Carlo, enamorada perdida. Lo quería todo de él: su mirada, su voz, sus manos grandes, sus labios carnosos... Me imaginaba en su habitación, rendida a él, debajo de él, encima de él, sobre la cama, en el sofá, sobre el tocador..., ay, donde fuera pero desnudos, desatados, devorándonos a besos y sintiendo de una vez por todas el penetrante efecto de su mirada.

—Es tarde, creo que van a cerrar —susurró a mi oído, aunque estoy segura de que quería decir «pasemos una noche loca».

De todo lo que estaba pasando esa noche, aquello fue lo más oportuno, pues si hubiera pedido un quinto *elderflower* me habría sentado a horcajadas sobre Carlo sin más contemplaciones. Pero aún me quedaba un poquito de serenidad, y menos mal, porque si no me habría desnudado allí mismo de lo salida que estaba. Aunque mi cabeza daba más vueltas que un motor de reacción, pude levantarme sin tambalarme y caminar hacia los ascensores delante de él. El vestido de satén rojo que llevaba me quedaba como un guante, me sentía Gilda, Marilyn Monroe y Madonna, todas juntas, llena de erotismo y sensualidad. Así que cuando puso su mano en mi cintura —cómo me pone eso por Dioss— para indicarme que el ascensor libre era el de la derecha, casi mojo las bragas del gusto, como diría Didi.

Carlo pulsó el botón de la segunda planta y, mierda, nunca fue tan rápido un ascensor. ¿No podía haberse estropeado al menos durante una hora? Pero no, todo sucedió según lo previsto. Enseguida se oyó el clin que avisaba de que las puertas iban a abrirse.

—Planta dos —dijo una voz metálica.

Carlo salió y me miró para despedirse. Todo fue tan rápido que no pude disimular mi decepción. ¿Y el polvazo en su habitación? ¿Y el comerme enterita? ¿Ni un beso? Nada, todas mis fantasías se estaban esfumando a la velocidad de una estrella fugaz a la que olvidé pedir un deseo: ¡que me bese, por favorrrrrrr!

Fue entonces, justo cuando se estaban cerrando las puertas, cuando Carlo se volvió, entró de nuevo en el ascensor, me acercó a él por la cintura y me dio un beso tan lento, tan húmedo y tan cálido que me morí allí mismo.

—*Buona notte, bella Helena* —susurró.

Y se fue. Y me quedé colgadísima, con los ojos cerrados y una sonrisa boba en los labios sobre los que aún sentía los suyos. Esa noche no hubo más, no hubo fantasías ni sexo loco, nada de eso. Fue mucho mejor, porque ese beso, ay, esa forma de besar no sale de un calentón. Alguien que besaba así me estaba diciendo muchísimo más, sentí mucho más que su deseo. Sentí amor.

—Vas lista si te crees eso —oí de repente.

Abrí los ojos, aún los tenía cerrados para prolongar el efecto del besazo en los morros, pero en el ascensor no había nadie. ¿Quién me había hablado?

Capítulo 7

Está claro que hay besos que te descolocan por completo, que ni las neuronas vuelven a quedarse en su sitio después de un beso como el que me dio Carlo. Desde luego, lo que él hizo conmigo, con mi cuerpo y con mi mente, con todo mi ser, fue algo realmente extraño. Me dejó colgada, colgada literalmente, colgada de verdad, porque de repente empecé a oír voces en un ascensor que no se abría.

—¿Hola...? —dije mirando arriba, abajo, a un lado y a otro, como si aquello estuviera lleno de gente.

Nada, ni un murmullo. Sin embargo, habría jurado que alguien me había hablado. ¿No tenía bastante con el calentón frustrado que encima tenía que lidiar con voces en mi mente? Ay, madre..., ¿no habría antecedentes de paranoia en mi familia, verdad? Porque eso pasa de padres a hijos, y de todo lo que una puede heredar, yo me he llevado la peor parte. La mejor seguro que también, pero esa aún no ha salido a relucir. Mierda, Helena, deja de pensar en tonterías, deja de hablar para tus adentros. Estás encerrada en un ascensor que no se abre, alguien vendrá, es cuestión de tiempo. Si tienes miedito ponte a cantar.

—La la la la la —tararé al son de una música que me inventaba sobre la marcha; en esos momentos tenía mi *playlist* mental totalmente bloqueada.

—Tendrás algún don —oí—, pero el del canto ni te roza.

—¡Holaaa! ¿Me oye? —grité a la puerta, segura de que al otro lado había alguien que podía rescatarme.

—Ya, ya, deja de gritar. Te oigo perfectamente. Si te digo la verdad, te oigo demasiado para mi gusto.

—¡Estoy encerrada! ¡El ascensor se ha estropeado! —grité de nuevo con la cara pegada a la ranura.

Por si fuera poco lo que estaba pasando, comenzó a temblar el suelo. «¡Que no sea un terremoto! ¡Que no sea un terremoto!», rogué para mis adentros. No sobreviviría a ese desastre, acabaría bajo toneladas de escombros. ¡Iba a morir allí mismo!

—Nunca volveré a ponerme lo que no es mío —sollocé presa del pánico—, ni volveré a besar a un chico sin que lo conozca mi madre. Dejaré el alcohol, la bollería... Seré una buena chica, pero, por Diosss, ¡no quiero morir!

—No se te da mal el teatro... —oí de nuevo.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! ¡Por favor! —supliqué aporreando la puerta del ascensor mientras caía hacia las profundidades de la Tierra.

—Lástima de vestido, es precioso, supercaro y te lo estás cargando.

Un momento. ¿Alguien me estaba viendo? Me puse de pie como pude, del cague que tenía me había tirado al suelo, y entonces la vi. O sea, me vi. Bueno, la vi a ella, aunque era yo.

—¿Quién eres? —pregunté a mi doble.

—Soy Aneleh —me dijo tan pancha—, ya era hora.

No entendía nada. Yo había entrado sola en el ascensor, las puertas no se abrían, por eso no podía salir, y esa tipa estaba ahí, tan tranquila, tan fresca, tan rara, porque hay que ver lo que llevaba puesto la tía, hablándome como si todo lo que estaba pasando fuera de lo más normal.

—Me he muerto, ¿verdad? —balbuceé—. El ascensor se ha desplomado y el terremoto ha hecho el resto... —deduje en voz alta mientras miraba al suelo.

—Estás peor de lo que pensaba —soltó Aneleh—. Pero qué terremoto ni qué terremoto.

—Entonces ¿no estoy muerta? —pregunté con el ánimo renovado mientras me colocaba el vestido.

—Y dale, que no, pesada —respondió de mala gana—. Ni estás muerta,

aunque lo pareces, vaya pinta que tienes, ni estás en coma, ni estás soñando... Nada de eso, nena.

—Perdona, Ánele —contesté después de recoger del suelo mi amor propio—, pero esto no es ni medio normal.

—Es Aneleh. En lo demás, te doy la razón, por eso estoy aquí.

—¿«Por eso»? ¿Cómo que «por eso»? —solté, un poquito a la defensiva—. Apareces aquí de repente, no notas el terremoto, no te enteras de que el ascensor se ha estrellado con nosotras dentro... ¿Se puede saber de qué va esto? Y, sobre todo, ¿por qué vas vestida así?

—¿Cómo así? —repitió mirando su vestido, tan pomposo que parecía la muñequita de una tarta nupcial.

—Pues así —dije señalándola entera, de pies a cabeza—. Disfrazada de... María Antonieta.

—¿Y tú qué sabes de la archiduquesa de Austria, reina consorte de Francia y de Navarra?

—Esa no sé quién es, pero vas disfrazada del siglo dieciocho, con peluca y todo, y quiero saber de dónde has salido. Porque en el cuatro estrellas no había ninguna fiesta de disfraces.

—Estoy aquí por ti —soltó de golpe—. Estabas a punto de cometer el mayor error de tu vida y no lo podía permitir.

—¿De qué hablas? —la interrumpí.

—¡Tenía que evitarlo como fuera! —exclamó a modo de respuesta—. Pero no te preocupes, voy a ayudarte. Cuidaré de ti como si fuera tu ángel de la guarda.

—Mira, no entiendo cómo has entrado en el ascensor ni sé quién eres, pero desde luego no necesito ayuda de alguien... como tú, sin ánimo de ofender. Con un cerrajero que me saque de aquí me basta.

—Bueno, bueno, no te pongas así. He venido para ayudarte y veo que esta no es la manera —dijo más tranquila mientras se tocaba una ceja haciendo pinza con el índice y el pulgar.

Entonces María Antonieta comenzó a decir que si venía de un mundo paralelo, que si era mi alter ego de una vida anterior, que si los hombres, que si era una veleta de acá para allá...

—Ahora, lo de Carlo no lo puedo permitir —dijo para terminar, y la frase retumbó en mi cabeza, como si fuera un eco.

Alguna vez me ha pasado que cuando un chico empieza a interesarse por mí, de pronto, ¡zas!, aparece alguna tía venida de la nada en plan hembra en celo, como si la vida fuera un zoo. Así que he aprendido a lidiar con estas leonas, no me asustan ni sus amenazas ni sus aspavientos, aunque lleve un moño tipo suflé en la cabeza.

Sin embargo, he de reconocer que lo de la María Antonieta esta era superoriginal. Se había currado muchísimo su aparición, y aunque al principio me había asustado un poco, a toro pasado pude decirle con un cuajo que me asombró a mí misma:

—Aquí el que pinta es Carlo, tú no pintas nada, Mona Lisa.

Eso último no sé si lo entendió, desde luego iba con segundas, porque la pobre era más plana que una tabla. Se ve que lo del Wonder Bra lo inventaron después del siglo XVIII, chúpate esa, María Antonieta.

—No estoy aquí por Carlo, nena, estoy aquí por ti.

Ya, ya, seguro que ahora me venía con eso de «te mereces algo mejor», «no es suficiente hombre para ti», «con lo que tú vales...».

—Ya es hora de que sientes la cabeza, Helena.

—Perdona..., ¿en qué momento te has convertido en mi madre? —solté, y procuré que aquello sonara como un portazo en las narices.

¡Pum!

Me sobresalté de pronto.

—¿¿Qué pasa?! ¿¿Qué pasa?! —dije, incorporándome en la cama.

A mi alrededor naufragaban los restos de la noche anterior. Un zapato sobre la cama, otro en el pasillo, mis bragas colgando del flexo del espejo, las medias desmayadas en el cabecero de la cama y mi vestido rojo, esto..., *el*

vestido rojo brillando entre las sábanas como si hubiera disfrutado de un revolcón que yo, lo juro lo juro lo juro, no había visto ni de lejos.

Se acabaron los *elderflowers*, dije para mis adentros mientras me sujetaba la cabeza, a punto de estallar. No recordaba nada. Mejor dicho, recordaba todo, absolutamente todo, cada detalle, cada brillo, cada palabra de aquel extraño sueño. Pero de antes de dormir, cero. Blanco absoluto. Ceguera total. Lo último que me venía a la mente era Carlo pidiendo un *marchallan*. Pero eso debía de ser parte del sueño también, porque una, que de copazos entiende un rato, nunca había oído esa marca.

Fui directa a la ducha. Bueno, quien dice directa dice que fui sin más, porque según caminaba hacia el baño me apoyaba en la pared como si en ella hubiera grabado un mensaje en braille.

El agua cayó sobre mí como un regalo del cielo, y estaba tan a gustito que ni siquiera me moví cuando oí el teléfono de la habitación. Seguro que es un error, me dije, aquí no conozco a nadie. Me quedé así bastante rato, bajo la ducha, derrochando agua como si el cambio climático me importara un pimiento. Adoro los animales, sí, y cuido el medioambiente, también, pero hay casos de extrema necesidad, y aquel era uno de esos.

—Lo siento por el planeta —gorgoriteé bajo el agua—, pero yo lo necesito más.

Entre la nube de vapor tan espesa como algodón de azúcar me estremecí al recordar el momento en el que Carlo me besaba en el ascensor.

—Lástima que haya sido un sueño —suspiré.

Cuántas cosas me habían pasado en tan pocos días. Cuando buscas darle un vuelco a tu vida solo hay que dar el primer paso, porque después todo viene solo. La vida te trae los cambios a la mínima que te pongas receptiva, solo tienes que atreverte. Ay, no sé qué me deparará esta nueva etapa en Londres, pero me siento feliz de haber dado el paso. Desde que decidí irme, subirme a un avión, alejarme de mi familia, de mis amigos... Bufff, desde ese momento estoy en medio de la aventura más grande que me haya podido imaginar. Me

siento viva y llena de energía. Eso sí, a partir de ahora prometo cortarme un poco con las copas, ¡al menos no tomarme la última, que si no luego no recuerdo nada!

Capítulo 8

Bip bip bip... Bip bip bip... Bip bip bip...

Hay que ver qué lata el teléfono, venga y venga a sonar, y yo, que ya tenía escamas, sin ningunas ganas de salir de la ducha ni de decir «Lo siento, se ha equivocado de habitación».

Al final pudo más mi instinto de supervivencia. No porque pensara que me llamaban para avisarme de un incendio en el hotel, sino porque en el baño ya no se podía respirar. El vapor había consumido todo el oxígeno y a mí, a punto de convertirme en una esponja, solo me faltaba que me tendieran al sol.

—Buenos días, señorita —saludó una voz al otro lado del auricular.

—... eee... ías —farfullé antes de avisarle de que había metido la pata.

—Le recuerdo que en diez minutos comienza su sesión de spa —siguió la voz ignorando mi gruñido.

—Se ha equivocado de habitación —contesté sin más; pero ¿qué spa ni qué spo?

—Tiene una reserva anotada —informó impasible quien fuese—. Esperamos que sea de su agrado.

Clic.

O sea, que colgó. Y ahí me quedé, chorreando sobre la alfombra mientras mis neuronas volvían a la vida para tramar una de las suyas.

—Si insisten... —dije encogiéndome de hombros.

Todavía no me había dado tiempo a pasearme por el hotel y ver sus instalaciones, pero cuando llegué, por una de las plantas subía olor a gloria bendita. Y es que me vuelve loca el olor a spa, es una mezcla de hierbas aromáticas y envolventes litros de cloro que me relaja mucho. La noche

anterior, antes de salir con mi increíble vestido rojo, había estado ojeando el panfleto que habían colocado estratégicamente en el baño. Sí, soy de esas personas que cuando está sentada en el váter tiene que leer algo. Total, que me quedé embobada mirando la increíble piscina climatizada con chorritos que había allí, junto a la foto de unas tailandesas dando un masaje alucinante. Solo hacía falta ver la cara del que estaba debajo.

En fin, que me animé a bajar, porque, a ver, si aquello era un error, pues no lo parecía. ¿A quién iba a creer, a una profesional de la hostelería o a una chorreante resaca con patas? Desde luego, jugué todas mis cartas a favor de la eficiencia londinense; al fin y al cabo, para trabajar en un hotel de cuatro estrellas seguro que había hecho algún máster. Quien fuese se merecía mi confianza, así que me planté ante el mostrador de recepción, vestida con el albornoz del hotel y aún echando vapor por la cabeza.

—¿Bañador, gorro, chanclas...? —pregunté con tantos gestos que parecía una intérprete para sordos.

Había decidido dejarme llevar. Mi lema durante los últimos veinticinco años de mi vida (o sea, todos) había sido «Si la vida te da limones, haz limonada». Así que si ahora la vida me endulzaba con litros de almíbar y kilos de azúcar glas, pues a hacer postres hasta que me saliesen caries. Ahí estaba yo, pensando en tartas y hojaldres, cuando fue la vida y me plantó esta guinda:

—¿Su pareja también quiere bañador?

—¿Eh?

Durante décimas de segundo me quedé dudando qué responder, porque hay que ver lo que una pregunta así desata cuando acabas de perder al pibón de tu vida. Pero en vez de confesar que no tenía pareja, que Carlo aparecía en mis sueños y que, de ir con él al spa, llevaría bañador solo para que yo se lo arrancara, me limité a decir:

—No.

Resumí en dos letras todo lo que me pasaba por la cabeza.

—*Buongiorno, signorina* —escuché de pronto a mi izquierda—. Has

acertado, vengo con el bañador puesto.

Al volverme vi un albornoz abierto con el paquete más impresionante que jamás había visto bajo un traje de baño.

—¿Carlo...? —solté, esforzándome en no bajar otra vez la vista hacia su entrepierna.

En mi mente se produjo un colapso de sobreinformación. De pronto me vi con el vestido rojo, sentada junto a él, colgada de sus ojos y respirando su testosterona. Lo vi besándome antes de que el ascensor se despeñara hacia el vacío y mi doble vestida de María Antonieta me aconsejase que sentara la cabeza.

«Helena, tú calladita», me dije. Déjate llevar por este cuerpo caído del cielo, a ver si con suerte no la cagas y te lo trincas.

—*Andiamo, cara?* —susurró mientras ponía su mano en mi nuca como si me estuviera desnudando allí mismo.

Yo, callada cual estatua de Afrodita, caminé junto a él, sintiendo un frío gélido en el pescuezo cuando retiró su mano para abrir la puerta del spa y que pasara yo primero.

Después de la imagen del paquete, lo que más me ponía era el ambiente íntimo y sensual de aquel sitio. El aroma a vainilla del vestuario me envolvió mientras me quitaba el albornoz y... ¡horror! ¡No, no, no, no! ¡No estaba depilada!

—No puede ser, no puede ser —susurré maldiciendo mi mala suerte.

Eché un vistazo alrededor, un spa de un hotel de cuatro estrellas debería tener cremas depilatorias, cuchillas de afeitar femeninas..., ¡cualquier cosa, por favor! Pero no había nada. Hasta miré en las duchas por si alguna ricachona las había dejado allí después de usarlas, no era cosa de ponerse finolis, ¡me estaba jugando el polvo del siglo!

Mi espíritu ultrapráctico me llevó a la siguiente conclusión: «Helena, no subas los brazos, no abras las piernas y quédate dentro del agua todo lo que puedas. De ahí, directa a la habitación a podarte esas melenas».

Ver a Carlo con todo lo suyo bajo una ducha de vapor y olvidarme del mundo fue todo uno. Ese no era un hombre, era un dios musculoso, firme, bronceado y sin un pelo en el cuerpo. Yo no sabía qué habría visto en mí ese Adonis, pero me lo tenía que trincar antes de que se diera cuenta de que no pegábamos ni con cola.

—¿Empezamos por una *doccia calda*? —me dijo en cuanto se acercó mientras yo sentía cómo todos mis pelos se erizaban de gusto.

—Claro... —asentí, fingiendo una naturalidad más falsa que un peluquín.

Caminé como las muñecas de Famosa, brazos y piernas inseparables del tronco, en dirección a las duchas calientes. Pero no llegué hasta ellas porque me lancé al jacuzzi en un visto y no visto. Estaba segura de que no habría pelo ni michelín que asomara entre tanta burbuja. Allí podría estar relajada y disimular el peludo desastre que había hundido mi libido bajo el agua.

—Cuéntame lo de Bob —susurró Carlo mientras retiraba con los brazos las burbujas que nos separaban.

—¿Bob? ¿Qué Bob? ¿Bob mi ex?

Uy, uy, uy... «Helena, ¿qué cascaste anoche? ¿Le hablaste de tu ex a este pedazo de hombre?»

—*Certo*, Bob tu ex... ¿Sigue jugando al baloncesto?

—Bob es jugador profesional de baloncesto —reí en un pésimo intento de parecer sexi.

—Un tipo muy grande, entonces.

—Sí... grande... —repetí manteniendo su mirada solo por no clavarle los ojos en el resto.

—*Molto grande?*

—*Molto, molto* —aseguré moviendo la cabeza de arriba abajo.

Aquello era una mentira como un piano, porque Bob lo tenía todo grande excepto una cosa, tan breve como su nombre. Pero, claro, no iba a ser yo quien se lo confesara al *sex symbol*. Así que mentí como una bellaca. Alimenté a posta unos celos que me venían superbién para que Carlo no se fijara en un

metro ochenta de tía buena que se había puesto a sudar en la sauna con un minitanga dorado y las tetas al aire.

Allí estaba yo, manteniendo un postureo incómodo de narices para que Carlo no la viera y siguiera pendiente de mí. Las burbujas saltaban hasta mis ojos y me pasaba la mano por la cara todo el rato. No recordaba si llevaba rímel o no, pero entre los pelos, el tanga de la buenorra y el torso de Carlo gritándome «muérdeme», la situación me superaba. No tenía ni el control remoto. Me sentía superinsegura.

Desde que había conocido a Carlo había fantaseado con un polvo regado con una buena mezcla de cerveza, vino y copazo. Bajo los efectos de ese cóctel cualquier mojigata hubiera parecido una actriz porno. Pero a palo seco, limpia por dentro y por fuera, mi mente sucia me daba vergüenza ajena.

—Ya te estás yendo para tu habitación —oí de pronto.

Miré a mi alrededor. ¿Otra vez las voces? Mierda, ya tenía bastante conmigo y mis circunstancias, como para que ahora llegara alguien más dispuesto a aguar-me la fiesta.

—Venga, nena, deja ya a este *playboy*, Londres te espera.

—¿Otra vez tú? —dije como si fuera normal que hablara con el aire.

—*Scusa, cara, non capisco...*

La María Antonieta desapareció a la velocidad del rayo, aunque me dejó intranquila. ¿Aquello no había sido un sueño? Y si fue un sueño, ¿qué hacía ahora en el spa? ¿Puede alguien que está cuerdo oír voces y seguir estando cuerdo? Porque no me apetecía nada que Carlo me volviera loca de remate. Una cosa era un tonto con derecho a roce y goce, y otra era que perdiera la cordura y acabara como la de Felipe el Hermoso.

Yo quería mi spa, ¡con la resaca que tenía, lo necesitaba! Me apetecía disfrutarlo con Carlo, estaba conquistando su corazoncito y con suerte pondría una pica en mi cama antes de que acabara el día. Lo justo para que me diera tiempo a depilarme primero. Eso era todo. Nada de contarnos nuestra vida, nada de confesiones ¡y sobre todo nada de voces ni María Antonietas!

Capítulo 9

Qué difícil es estar divina cuando llevas tres horas chup chup en el jacuzzi. A esas alturas se podía hacer un caldo conmigo, así que de ligar ni hablamos. Didi me habría matado, yo ahí, a remojo con un cuerpo de infarto que no se separaba de mi pellejo, entre el calor propio y el del ambiente ya no tenía piel, y pensando en irme. Menos mal que Carlo tenía planes artísticos ese día.

—Me tengo que ir —susurró—, en una hora he quedado con mi marchante.

Salvada por la campana, porque no sabía cómo salir del agua sin que Carlo viera mi pelambreira y mis cartucheras recocidas. Era cosa de esperar unos minutos a que se marchase primero.

«Ay, Dios», grité para mis adentros al ver su culo saliendo del agua. Helena, este trasero de piedra debe ser tuyo.

Como si hubiera leído mi pensamiento, se volvió para decirme:

—*Ciao, cara, soy todo tuyo questa sera.*

— ... —respondí yo, sin articular palabra, con los ojos clavados en algo enorme que solo estaba a treinta centímetros de mí.

Y allá que se fue, rodeado por una toalla tan prieta que, lejos de disimular nada, gritaba a todas las féminas: «Cañón a las tres». Después de su paseíllo por el spa pensé que todas las miradas que se le clavaron como uñas de arpía se dirigirían a mí muertas de envidia. Pero no. Las ricachonas que había suspiraron en cuanto Carlo desapareció por la puerta y volvieron a lo suyo. Ninguna me miró porque no había nada que mirar, parecía imposible que semejante pibón acompañara a ese saco fofo en el que se había convertido mi cuerpo de reblandecido que estaba.

«Espabila, Helena», me dije, ponte en marcha, si no te vas a pasar todo el

día esperando a que llegue la *sera*. Así que, como no tenía nada que me obligara a salir del hotel de cuatro estrellas, pensé: «Es viernes, ponte monísima y a lucir modelazo».

Cuando miré el armario para ver qué ponerme casi me muero del susto. ¡Por un momento pensé que me había confundido de habitación! Pero no, el caos absoluto que había a mi alrededor solo podía haberlo creado yo, así que no estaba allanando nada. En décimas de segundo recordé que tenía la maleta de una ricachona. Pobre, como ella se hubiera quedado con la mía, le iba a dar un ataque de caspa. Y con la suerte solo puedes hacer una cosa para que no se vaya: ¡aprovecharla a tope! Si no, se siente ninguneada y se va con su buen rollo a otra parte.

—Hum... Este *blazer* de espigas me flipa —dije, conteniendo un grito.

Y como andaba yo con el sentido del decoro un poco distorsionado por culpa del polvo imposible, decidí no llevar más que un lencero debajo. Me quedaba un poco largo, la verdad, se ve que la tipa rica era más pechugona, así que, más que intuirse, a poco que me agachase se me veían las tetas.

—Me encanta —me dije mientras me inclinaba para verme bien.

Me di cuenta de que si me cruzaba de brazos el canalillo cobraba vida y practiqué un par de veces. Ante el espejo tenía la versión más sexi de mí misma.

—Y depilada —añadí.

Esa mañana de sol primaveral en Londres era perfecta. Me sentía mitad diva y mitad *femme fatale*, porque la falda me quedaba un poco ajustada y casi mostraba la nalga por la abertura. Pero me gustaba, podía jugar con la ventaja de que nadie me conocía, fingir que era rica, poderosa y superligona. Caminaba despacio, sensual y firme, imaginando que un tío bueno pegaba sus ojos a mis caderas que se contoneaban como si fuera una sirena.

Pero Londres es la ciudad con la gente más rara que he visto en mi vida. Tardé un par de semáforos en comprobar que nadie se habría fijado en mí ni

aunque me hubiera puesto un frutero en la cabeza. Allí todo el mundo va a lo suyo, y yo no entraba en los planes de nadie, excepto en los de Carlo, y sonreí al recordar la cita con él esa noche.

¿Qué tal la city? Besos.

Fue el primer mensaje que me llegó al móvil. Apenas hacía un día que no veía a mis amigos, no me había dado tiempo a echarles de menos, pero al ver el wasap de Didi me di cuenta de lo lejos que estaba.

De turismo.

Contesté debajo de un selfi en el que salía toda explosiva delante de un taxi.

Caray, vaya tetas. ¿¿¿Qué te has hechooo???

He ido al spa y voy de Armando
*Armani.

Demasiado elegante para patearte Londres, ivas
de Paris Hilton!

Aquello no se podía explicar con mensajitos, así que me senté en una terraza, la llamé y me puse a largarle el asunto de la ricachona mientras me pedía un café *latte*. Olvidé que aunque la mona se vista de seda... y enseguida afloró mi auténtico yo, haciendo aspavientos con las manos y dando taconazos al suelo mientras le hablaba de Carlo.

—¡Que no me lo he tirado! —grité al móvil, harta de que Didi no me creyera.

Dos señoras que estaban tomando el té ocho mesas a mi derecha me miraron por encima de la montura de sus gafas.

—Todavía... —susurré.

Entonces le conté mi plan.

—Esta noche me lo calzo —aseguré—, pero nada de *elderflowers*, que

luego tengo sueños rarísimos. Hoy a cervecitas no más.

—Qué políglota, te ha salido acento mexicano —se burló Didi.

Luego me confesó que ella también soñaba mucho cuando viajaba, que eso no significaba nada.

—Solo necesitas un bombero, nena —soltó—. ¿Hace cuánto que no...?

Justo en ese momento me quedé en blanco. Total y absolutamente en blanco.

—Venga, confiesa, ¿eh? Dime, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con...?

Estaba muda, en blanco y muda. Sorda no, eso no, porque oía perfectamente a Didi al otro lado del teléfono.

—¿Helena...? Helena, ¿estás ahí? ¡Que cuándo echaste el último polvo!

Pero yo seguía muda, no podía articular palabra. Didi colgó y yo me quedé ahí, con el teléfono pegado a la oreja y los ojos abiertos como platos, con una cara de flipada... ¿Qué había visto, a la ricachona con mi chándal de Kiabi? No, mucho peor.

—¿Me invitas a un café? —me preguntó una chica que se parecía muchísimo a mí y a la que juraría haber visto en alguna otra parte.

—Perdona..., ¿nos conocemos?

No era exactamente igual que yo, era más delgada, más mona y más estilosa. No vestía de Armani, ni falta que le hacía, llevaba el glamur en el ADN. Si era una gemela que hubieran separado de mí al nacer, desde luego a ella le habrían tocado los padres más *cool* de toda Inglaterra y yo me quedé con los más castizos de España. Crueldades del destino, porque sí, una había tenido una infancia muy feliz, pero mi vida adulta dejaba mucho que desear.

—Claro que nos conocemos, ¿no te acuerdas de mí? —preguntó en un exquisito español con acento inglés.

—Pues no —respondí seca.

—Ya veo... ¿Recuerdas el ascensor, el jacuzzi...?

Pero ¡¿quién diablos era esta tipa?! ¡Un momento! ¡Era la del ascensor, claro! Solo que ahora, vestida así de normal, no la había reconocido. Si es que

no hay como quitarse un kilo de maquillaje para que no te reconozca ni tu abuela.

Y encima se pedía un café *latte*, con una jarrita de leche aparte y un vaso de agua con una rodaja de limón... Aquello era una mala señal, ¿también era tan maniática como yo?

—No te preocupes, te lo voy a explicar todo, pero espera a que me traigan el café, soy adicta a la cafeína.

Iba a decir que a mí me pasaba lo mismo, pero decidí callarme. Aquello podía ser un timo, una secta o algo peor, una terrorista creándose una coartada. Tantos parecidos cantaban demasiado, allí había gato encerrado. Seguro.

—Dime, ¿cómo te llamas? —pregunté, para empezar a tener el control de la conversación.

—Aneleh, aunque últimamente hay quien me llama María Antonieta —se rio.

En mi cara de plato debió de leer que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Se colocó bien en la silla, carraspeó y comenzó a contarme la historia más absurda que he oído en mi vida.

—Me llamo Aneleh de Quiñones y Menchaca Sotomayor. Nací el 30 de agosto de 1794 en...

—Un momento, ¿has dicho el 30 de agosto?

—Sí, soy Virgo, ¿por qué lo preguntas?

—Por curiosidad... —respondí esquiva, para que no supiese que ¡yo nací el 30 de agosto!

—Sabía que la fecha de mi nacimiento te llamaría la atención, pero no por eso, la verdad.

—Bueno, yo nací el 30 de agosto de 1994 —me sinceré—, no es más que una casualidad.

—No querida, yo nací en 1794, hace más de dos siglos ya —volvió a reírse—. Qué horror, cómo pasa el tiempo.

Nunca me había ocurrido, pero sé de amigas a las que les ha pasado, y

según cuentan, lo mejor es marcharse de inmediato.

«Si te pilla un loco por banda, o una loca, que también las hay, lárgate corriendo», me decía mi madre desde que era una cría.

Así que me levanté con la excusa de ir al baño y la intención de irme para no volver. Sin embargo, la loca se lo olió, no sé cómo, pero así fue. Porque otra casualidad no podía ser, y en cuanto me vio levantarme dijo algo que me dejó clavada en la silla.

—He venido por ti. Tienes que alejarte de Carlo.

Así que eso era, una ex del pibón italiano, su novia, o su hermana...

—Verás, antes de que te hagas líos te diré que ni soy su ex, ni su novia ni su hermana.

Esto pintaba fatal, ¿los pirados pueden leer la mente? Porque esta como mínimo tenía telepatía.

—Te observo desde que eras pequeña, ¿sabes? Y, bueno, no es que hayas sido un angelito, la verdad, pero ahora estás en peligro. Puedes echar tu vida a perder, estoy aquí para evitarlo, para decirte que Carlo no te conviene, no te interesa, no es tu tipo, punto.

Ya... O sea, ¿cómo dices? Venga ya. Esta tipa está loca de remate. Se planta aquí, se sienta a mi mesa, y para que le pague un café me suelta un rollo de flipar. Sin embargo, ¿de qué conocía a Carlo? Y luego estaba lo de la fecha de nacimiento, porque no me creo que haya acertado de casualidad con lo del 30 de agosto. Seguro que lo ha visto en alguna parte.

—¿Eres de British Airways? ¿Es por el cambio de las maletas? No fue a propósito —me apresuré a disculparme—. ¡Pensaba que era mía! ¿Cómo iba yo a saber que dentro estaba el *outfit* de Diane Kruger?

—Claro que soy *british*, pero el apellido Airways no me suena, lo siento —respondió la muy estirada.

Como le encantaba hablar, y además no parecía importarle hacerlo sola, decidí que lo mejor era dejar que siguiera cascando hasta que se aburriera y volviera a su manicomio. Porque evidentemente se había escapado de allí.

Dicen que solo los niños y los borrachos dicen la verdad, no sé si será cierto, pero desde luego yo añadiría a los locos a esa lista, porque la pirada esta me miró con ojos de rayos X. Una vez una gitana le leyó la mano a Didi y lo clavó al decirle que tenía mal de amores... Claro que estábamos las tres, Tina, Didi y yo, de cañas por Madrid con dieciocho años. O sea, blanco y en botella, porque si a esa edad tienes novio no te despegas de él ni con soplete. Algo así debía de ocurrirle a esta tipa conmigo, mi forma de vestir, mi lenguaje corporal, yo qué sé, pero debía de haber algo en mí muy evidente, porque lo que me dijo antes de irse me dejó patidifusa.

—Buscas el amor para toda la vida como quien busca una aguja en un pajar. ¿No crees que deberías buscar la aguja en una mercería?

Por supuesto, no me enteré de lo que quería decir.

—Te refieres a que...

—A que buscas el amor en el pajar equivocado.

Al ver la cara que ponía de «mi no entender» hizo una mueca y aclaró:

—En Carlo, chica, que hay que explicártelo todo. Buscas el amor para toda la vida en Carlo, y ese no es tu pajar.

—Ya..., debería ir a una mercería —repuse, siguiendo el razonamiento de la loca, porque dicen que es mejor no llevarles la contraria.

La María Antonieta se tapó la cara con una mano y movió la cabeza de un lado a otro. Dio media vuelta y se marchó farfullando algo así como «Esta no ha visto un pajar en su vida, y tú te estás metiendo en un jardín...».

Capítulo 10

Lo de que la vida es una tómbola es una verdad como un templo y encima me tocan las peores papeletas. Joder, vaya día el de ayer. La loca empezó a darme un miedo que te cagas, sabía muchísimas cosas de mi vida, y luego el tema de que somos tan..., tan..., tan clavadas, porque juro que parecemos gemelas, como dos gotas de agua, solo que ella es la versión guay. Al final me dio tan mal rollo que se me quitaron las ganas de pasear por la ciudad y volví al hotel. Menos mal que ese día no tenía que ir al hospital porque me habrían ingresado en la planta de psiquiatría.

Cuando llegué al hotel todo fue a peor. Después de la rarísima conversación con aquella loca necesitaba algo alegre. En recepción me dieron una nota de Carlo. «Uy —pensé—, este chico se me pone románticón.» Abrí la carta con el corazón al galope, más acelerado que una moto de competición. Sin embargo, en cuanto leí *scusi* me dio tal bajón que creo que se me notó en la cara y todo. La nota decía: «*Cara* Helena, *scusi*, tengo una cita muy importante con un coleccionista de arte. *Ci vediamo domani*».

Mierda, adiós polvo.

Rompí la nota en mil pedazos y subí a mi habitación. Allí pasé el resto del día, viendo series y devorando chocolate como si no hubiera un mañana.

Pero lo hay, mierda, y una resaca de calorías es peor que una de alcohol, aunque no dé dolor de cabeza. Esta vez, con el estómago aún revuelto por el empacho, no me apetecía nada vestirme de millonaria.

Además, estaba nerviosa. Necesitaba centrarme en todo lo que tenía por delante. Pensar en Carlo, en lo que podía haber ocurrido de habernos visto anoche, no me ayudaba a situarme en mi nueva vida. Ese italiano me distraía

molto, molto. Demasiado. Así que me puse seria conmigo misma. El St. Thomas corría con los gastos de mi alojamiento para que pudiera buscar piso e instalarme. En su oferta me lo dejaron bien claro, que sentían muchísimo la premura, que necesitaban que la incorporación fuera inmediata y que para ello me pagarían un hotel, así podría buscar algo más permanente. Pero claro, eso no duraría para siempre, eran solo unos días, y yo tampoco quería abusar. Vamos, que cuanto antes les dijera que ya tenía dónde vivir, mucho mejor. Quería causarles buena impresión más allá de mi currículum, y demostrarles lo eficaz que era para buscarme la vida en una ciudad como Londres sería un punto a mi favor.

También se me ocurrió que sería buena idea acercarme por el hospital para presentarme. No me incorporaba a trabajar hasta dentro de unos días, pero, jo, se estaban portando tan bien conmigo que me pareció justo ir a saludarles, agradecerles su hospitalidad y, de paso y si tenía suerte, decirles que ya había encontrado piso.

Ay, era pensar en todo eso y me entraban ganas de ir al baño. ¡Los nervios eran más eficaces que diez Vitalíneas juntos!

Para patear Londres buscando piso nada como vestir supercómoda, aunque tampoco era cosa de ir como si estuviera en casa, al fin y al cabo, la primera impresión es la que cuenta. Y yo quería causar una estupenda impresión en mi futuro casero. Pretendía ponerme unos simples vaqueros con un jersey gigante y unas deportivas. Tenía que buscar piso y, si me daba tiempo, me apetecía acercarme al hospital, así que ni Gucci, ni Chanel, ni Fendi, ni Armani... Revolví toda la ropa y nada. ¿Es que esa ricachona no tenía un puto pantalón de Zara?

Pues no. Así que allá que me fui, embutida en un Prada de seda gris con ribete de plumas y lentejuelas en el escote. En parte porque seguí mi espíritu práctico y en parte por rebeldía, me puse mis deportivas, que no eran precisamente nuevas, ni de marca. ¿No era esa la ciudad más ecléctica de

Europa? Pues toma eclecticismo. De todos modos, tampoco soy una kamikaze. Tenía que parecer normal para encontrar piso y para que no me despidieran del St. Thomas antes de empezar. Así que escondí el vestido de la ricachona bajo mi abrigo de Promod. Junto a mi nuevo ropero, el pobre parecía salido del arcón de mi abuela, pero quizá eso me viniera bien en un día como ese.

Así que, con la cara lavada y recién *peiná*, como dice la canción, sin una gota de maquillaje ni colorete ni nada, bajé al vestíbulo para pedir un plano de metro.

—*Cara Helena!* —oí a Carlo nada más poner un pie en la planta principal.

Mierda. Justo tenía que encontrármelo ahora, vestida de *homeless* y con el glamur de una acelga.

—Buenos días, Carlo.

—*Ma...* ¿qué te ha pasado?

En ese momento vi esfumarse mis posibilidades de llevármelo al huerto. De veras que no podía tener más mala suerte.

—*Stai bene?* ¿Puedo ayudarte? —preguntó mirándome como si mi cara fuera un informe médico.

—No, gracias, voy al St. Thomas.

—*Mamma mia!* ¿Te pido un taxi o mejor una ambulancia?

No supe qué contestar. ¿Qué podía decirle, que ese era mi aspecto normal? ¿Que hasta ahora me había visto vestida con la ropa de una ricachona cuya maleta tenía por error? ¿Que anoche me zampé todo el minibar por el plantón que me había dado? Solo me faltaba cascarle lo de la loca y ya no volvería a verle los bíceps. Así que opté por callarme y echar a andar tan rápido como pude. Claro que con las estrecheces del puñetero Prada parecía una *geisha* a paso ligero. Para colmo no paraba de llover. Era increíble la de litros por metro cuadrado que podían caer en esta ciudad.

—Mira que hay países y ciudades, hija, en serio, ¿Londres? —dijo mi madre cuando le di la noticia de que me mudaba.

—¿Tú sabes que allí llueve un promedio de ciento diez días al año? —

intervino mi padre—. Justo ayer me lo comentaba el hijo de un paciente inglés que tenemos en planta y...

—¡Papá! A mí la lluvia me chifla, no te preocupes por eso.

Y una mierda, al segundo día de pisar la ciudad ya ni me chiflaba, ni me gustaba, ni la aguantaba. Pero, a ver, no iba a tirar al traste la oportunidad de mi vida. Que me hubieran contratado en uno de los hospitales universitarios más reconocidos era una oportunidad que no podía rechazar, y mucho menos ponerme tiquismiquis por cuatro días de lluvia seguidos.

Si quería hacer vida en aquella ciudad no me quedaba otra que acostumbrarme.

Reuní todo mi optimismo y me lo puse por sombrero, no podía permitirme amilanarme en un momento así. Quería disfrutar de ese momento, convencida de que si lo hacía así, empapada de buen rollo, el universo me daría todo lo que le pidiera. Si me dejaba llevar por los nervios y el miedo que tenía a todo aquello me entraría un pánico atroz. No era momento para amedrentarme. ¿No quería un cambio en mi vida? ¡Pues a por ello!

El primer apartamento que vi, en Canary Wharf, me enamoró. El barrio era una pasada, con rascacielos de cristal supermodernos y un montón de pubs y vinotecas con encanto. Me flipó el precio. ¡245 euros! Aquello debía de ser un golpe de suerte como el del cambiazo de maleta. Para ir a juego con el nivelón de la zona metí mi plumas en el bolso y lucí modelazo con deportivas cutres como si fuera una excéntrica ricachona. El agente inmobiliario fue superamable, y estoy segura de que hizo gala de toda su cortesía, porque cuando me dijo que el precio no era por mes, sino por día, fingió no haberse enterado del hipo que me entró del susto.

Me había dejado llevar por mi olfato de millonaria. Me pasa muy a menudo. Cuando voy a comprar cualquier cosa, sobre todo ropa, siempre me acabo fijando en lo más caro. Miro lo que hay, escojo lo que me gusta, me lo

pruebo, me queda divino y, cuando voy a mirar el precio..., hostia, ¿no habrán tecleado un cero de más, o dos?

Así que estaba claro que en esto de buscar piso tenía que ir más atinada. No podía equivocarme tantísimo, necesitaba encontrar alojamiento antes de comenzar las prácticas. ¡Luego sería imposible!

Así que cambié mi estrategia. Empecé por enterarme bien de las condiciones económicas y después miré apartamentos que pudiera pagar. El radio de acción cada vez se abría más y más y más...

—Anda, mira —me dije toda optimista—. Desde Paddington al St. Thomas, ocho minutos. Un minutito más desde Liverpool Street.

Pero los precios eran igual que en Canary Wharf. Aquello no pintaba nada bien, o pintaba demasiado bien para que se hiciera realidad mi sueño de vivir en Londres, en mi pisito, mi hogar, mi refugio..., mi picadero. Porque pensaba montar unos fiestones de tres mil decibelios.

—Londres es muy grande, Helena, ¡algo encontrarás, seguro! —me dije con renovado entusiasmo.

Seguí ampliando el radio donde buscar mi nidito y encontré un piso cerca de Colindale Park. Hum..., tenía muy buena pinta. El precio, por todo el mes, lo miré un porrón de veces, era de 428 libras. Sí, al mes. Así que allá que fui, y el lugar era más que pasable, estaba increíble. El tipo que me lo enseñó era la única pega del apartamento, pero tampoco importaba. Si era el casero, como mucho lo vería una vez al mes, y si era un agente inmobiliario, pues no volvería a verlo, así que ¡ya tenía piso!

—¿Cuándo puedo mudarme? —pregunté, con el plumas cerrado hasta las orejas; es que el tipo me miraba con una cara...

—Mañana queda libre. Cambio las sábanas y puedes venir —me dijo, con una mirada que parecía un lametazo.

—No entiendo, ¿y el resto de la casa no la limpia? —pregunté, intentando que mi gramática fuera supercorrecta para que no hubiera ningún malentendido.

—Mañana no —dijo el lascivo—, mañana limpio la habitación.

—Entonces me hará un descuento, porque tendré que limpiar el resto de la casa, ¿no? —disparé, dispuesta a sacar tajada de lo guarro que era el casero.

—¿Le interesa la habitación o no? —preguntó impaciente.

O sea, ahora entendía. El tipo alquilaba la habitación, ¡con baño compartido! Puaj... Solo de pensarlo se me caían las plumas del Prada.

«Déjalo, Helena, ya vale por hoy», me dije, aún jadeando por la huida.

Estaba claro que ese no era mi día. El universo se había confabulado para que no encontrara mi nuevo hogar por ahora, porque lo de buscar piso parecía misión imposible. Hay veces que es mejor saber parar y retomarlo en otro momento, con energías renovadas. Si seguía así, a la desesperada, acabaría compartiendo habitación con un mono, y no lo digo en sentido figurado. Aquello pintaba mal, cada piso era peor que el anterior. ¡A ese paso hasta el zoo me parecería una opción!

Por supuesto, había calculado fatal el tiempo. Me había hecho una agenda imposible, claro, paleta total. Ilusa de mí había pensado que me daría tiempo de ver algún pisito, regresar al hotel para cambiarme y acercarme por la tarde al St. Thomas, una visita informal, pura cortesía. También, inconscientemente, quería asegurarme de que era a mí a quien habían contratado, que no se trataba de ningún error, vaya. Si llegaba y me presentaba diciendo que era Helena Abad Mantilla y ponían cara de «¿y a mí qué?», sería señal de que algún error había habido. Creo que en el fondo no acababa de creerme todo lo que me estaba ocurriendo, necesitaba asegurarme de que el destino me había elegido a mí, sabiendo que se trataba de mí, y que no se había equivocado al lanzar su flecha de buena suerte.

El caso es que todavía estaba en Colindale Park, no me daba tiempo de regresar hasta el hotel para darme una ducha y cambiarme. Estuve dudando unos instantes entre abandonar el plan de ir al St. Thomas o no. La verdad es que estaba un poco asustada. La mañana no había ido como había planeado.

Londres empezó a parecerme gigante y yo cada vez me sentía más pequeña, más vulnerable. «Uy, Helena —me dije—, cuando empiezas así acabas escondiéndote debajo de la almohada lloriqueando.» A veces me pasa eso, que se me viene el mundo encima. Mi madre me aconsejó hace tiempo que cuando me abrumara hiciese un kitkat, tomara algo y continuase.

Estuve dudando, ahí, en mitad de la calle, si llamar a un taxi que me llevara al hotel donde descansar o si continuar con mi plan. Lo primero era lo que me pedía el cuerpo, pero sabía que eso alimentaría mis miedos. Si continuaba adelante no tendría demasiadas oportunidades de reflexionar, estaría aprovechando la inercia que llevaba y acabaría el día con la satisfacción de haberme puesto mis objetivos por montera. «Nada, nada, Helena —me dije—, siéntate en una terraza a comer, estate tranquila, disfruta de lo que te ofrece Londres, no te amilanes.»

—Sigue tu instinto —oí que me decía una voz a mis espaldas.

¡Otra vez la María Antonieta! Pero en esta ocasión no se paró a hablar conmigo. Menos mal. Tan solo iba a su bola, medio hablando sola como cualquier loco. Bueno, yo también hablaba sola, pero no por la calle, ¡no estaba tan pirada!

Me vino bien reponer fuerzas, me ayudó a verlo todo mejor. Lo de buscar piso, vale, había sido un poco demasiada mala suerte. Pero venga, ¿qué prisa tenía? Seguro que encontraba algo, y si no siempre me quedaba la opción de irme a un hotelito barato, incluso a un *bed and breakfast*. Esa idea no se me había ocurrido antes, y me alivió una barbaridad. Estaba claro: no había como despejarse un poco para abrir la mente. Bueno, la mente y el apetito, porque me había zampado una hamburguesa Special King para chuparse los dedos. Pero es cierto que la idea de un alojamiento por días me relajó mucho. Antes de eso me imaginaba fuera del Park Plaza London Waterloo en plan *homeless* por Hercules Road con las maletas repletas de modelos de Prada.

Así que ahora, con ese capítulo sin solucionar pero al menos sin agobiarme, podía centrarme en el siguiente agobio: ir al St. Thomas. Sé que lo

normal cuando te contratan es ir el día que te dicen y no antes. Pero yo quería ir ya. Me imaginaba que el primer día sería todo un shock para mí, demasiada gente, demasiadas novedades, demasiado inglés, demasiado de todo. Pero si al menos ya estaba familiarizada con dónde estaba el baño, por ejemplo, lo tendría más fácil. Por otra parte, si me había propuesto ir, tenía que ir, no quería empezar a aplazar cosas y a inventarme excusas para no afrontar lo que me daba miedito.

Había esperado ese momento desde que Didi me destrozó los tímpanos con su inglés leyéndome la carta de aceptación del St. Thomas. Así que estaba requetenerviosa, ¡y emocionadísima!

Mis ancestros habrían babeado de orgullo al verme entrar por la puerta del hospital. Fue pasar bajo el cartel de *Welcome to St. Thomas' Hospital* y dejar atrás los agobios de buscar piso y hasta mis aspiraciones con Carlo. En dos palabras: me transformé. Todo allí transpiraba seriedad, sobriedad y eficacia, justo lo que a mí me faltaba. La gente estaba a lo que estaba, o a curarse o a curar, no era lugar para perder el tiempo con banalidades. Y aunque lo cortés no quita lo valiente, me aseguré de que no se me viera ni una pluma de avestruz debajo del abrigo. Claro que, con el calor que hace en todos los hospitales, empecé a sudar como un oso en una *masterclass* de zumba.

«Helena, tapadita y calladita» me dije mientras cogía un folleto que decía «*Find your way around the hospital in 3 easy steps*».

Sin duda aquello estaba pensado para mí, o para quien, como yo, no tenía ni idea de por dónde dar el siguiente paso en ese gigantesco lugar. Pero mi suerte se acabó ahí, porque ya en el primer *step* me quedé bloqueada. Lo primero que decía el folleto era que revisara la carta de la cita donde se indicaba el área, el ala, el vestíbulo y la planta a la que tenía que ir.

—Por supuesto, no he traído la carta —murmuré mientras rebuscaba en el agujero negro de mi bolso—. Pues empezamos bien. Menos mal que hoy vengo para ensayar y empiezo mañana.

Cómo serían las pintas que llevaba, la cara que tenía o el resoplido que pegué, que un chico vestido de enfermero se acercó a mí.

—*Can I help you?*

Vaya, el tipo no solo era amable y hablaba en un inglés que entendía perfectamente, encima estaba de muy buen ver.

—*Please...* —supliqué, confiando en que a partir de ahí todo fuera como la seda.

¡Y así fue! Corrí detrás de él como si hiciera *running* por los pasillos. Entre eso, los nervios y los cuarenta grados que debía de haber en el hospital, estaba al borde de la deshidratación. Me iba a dar un golpe de calor allí mismo. Tuve que quitarme el abrigo, que con el sudor se había pegado entero a mi cuerpo, así que los brazos no salieron de las mangas, sino que se despegaron del forro en una deplorable entrada al despacho en el que estaba mi futuro inmediato.

—*Welcome* —me dijo una mujer más estirada y pulida que la coleta de Ariana Grande.

Se quedó clavada en la silla mientras observaba cómo me despegaba el abrigo y salía a relucir el Prada de dos mil pavos.

—Las visitas no son aquí —dijo, sin quitar ojo a mi escote cuadrado lleno de lentejuelas.

—Soy Helena Abad Mantilla, voy a hacer prácticas de enfermería, empiezo mañana, pero quería venir hoy para conocer un poco todo esto y saludarles — solté del tirón con mi mejor sonrisa conquistaenemigos.

Mientras hablaba como si fuera una radio, le tendí mi DNI, mierda, mira que olvidarme la cartita...

La estirada fotocopió mi documentación sin decir ni mu y se fue a otro despacho para salir tres minutos después, mirarme de arriba abajo y tomar aire antes de decirme que aquello era totalmente irregular.

—Sí, disculpe, es que he olvidado la carta en el hotel —me anticipé antes de que me echara la bronca por un papelito de nada.

La estirada estaba desencajada, no le cuadraba nada lo que tenía delante de sus puntiagudas narices. Ni mis pintas, esto lo entiendo, vale, ni mi documentación, qué tiquismiquis, ni lo que le había dicho, porque...

—Su ingreso es hoy, *miss* Mantilla, llega usted tarde —me cascó la muy altiva, y mirando mi vestido con sus ojos de rayos X me tendió el uniforme de enfermera.

Iba a corregirle en plan «*miss* Abad, Abad Mantilla», pero su cara, tan expresiva como el hormigón armado, me inspiró tal mal rollo que me fui directa al vestuario.

No tuve tiempo de pensar en nada, de pronto me vi como en esas películas de acción, subida a una cinta transportadora de la que no podía bajarme.

Ese no era mi plan. Al contrario. Yo quería que todo saliera bien, no quería meter la pata. Había sido previsora, había organizado el día con una agenda y todo, había escrito lo que iba a hacer, lo que me iba a poner, quería tenerlo todo bajo control. Sin embargo, como siempre ocurre, las cosas se tuercen más que un contorsionista. No me pude poner lo que tenía pensado porque mi armario estaba lleno de ropa de ricachona, tampoco pude cambiarme porque el tiempo se me había echado encima y, además, ¡ese no era mi primer día de trabajo! Bueno, al menos no era el día que yo pensaba. «Helena, ¡cómo has podido equivocarte en algo tan importante!»

Capítulo 11

El día había sido para olvidar, desde luego. Y yo que quería causarles buena impresión, al final conseguí todo lo contrario. No estaba mentalizada para trabajar ese día, solo había ido al hospital a verlo, a presentarme, quería caerles simpática, rezumar sentido de la responsabilidad y del deber. Que pensarán: «Uy, esta española, qué fichaje»; sin embargo, me salió el tiro por la culata, todo, absolutamente todo, ocurrió al revés. Lo peor fue que la había cagado al confundirme de día. Habría jurado un millón de veces que la estirada se equivocaba al decirme que mi ingreso era ese día. Pero en cuanto me enseñó el contrato para firmarlo vi claramente la fecha. En ese momento quise que la tierra se me tragara, porque iba vestida de loba milloneta y estaba más fuera de lugar que una sardina en una plaza de toros.

Sin piso, sin amigos, sin planes, sin nada de nada. Solo unas ampollas en los pies, porque en el hospital no tenían mi número de calzado y los zuecos me rozaban el empeine. Toda la tarde vete y ven de acá para allá me pasó factura.

Pero fue llegar al Park Plaza London Waterloo y olvidarme de todos los males. Según me iba adentrando en la recepción, paso a paso, se iban desprendiendo las malas sensaciones como si fueran hojas de alcachofa. Cómo me anima el lujo y el glamur. El aroma a bergamota de la recepción me transportó a mi otra realidad, la que vivía desde que el taxista de Bollywood me dejó en la puerta del hotelazo.

De pronto recordé mi último encuentro con Carlo. Tenía que borrar la imagen de esa mañana como fuera. Sí, estaba agotada después de un día como aquel, aunque nada que no recompongan una ducha, unas gotas del Bvlgari de la ricachona y un copazo con el pibón italiano. Así que llamé a su habitación

para que nos viéramos en media hora en el *lounge* del hotel. Ya me estaba relamiendo de gusto cuando su voz me dejó más fría que un atracón de bromuro.

—¿Carlo?

—Eh... *Ciao*, Helena... —oí al otro lado del teléfono.

Hum..., aquello no sonaba muy entusiasta. ¿Qué fue del «*cara* Helena», del «*bella* Helena» y demás repertorio?

—¿Qué tal? ¿Una copa y charlamos? He tenido un día hor...

—No puedo, *scusami*.

—Ah... —se me escapó, sin darme tiempo a disimular que me había quedado cortada.

Al otro lado del teléfono solo había silencio, bueno, silencio suyo, porque oía música de fondo, y no parecía el hilo musical del hotel precisamente.

—¿Qué música es esa? —pregunté, aunque me importaba un pimiento, pero necesitaba datos para saber qué diablos pasaba en su habitación.

—*Musica? Che musica?* —repitió sin disimular que sabía de sobra de qué música hablaba.

«Ay, Helena, que el pibón está con otra», me dije recordando a la buenorra de la sauna que estaba en *topless* con el minitanga dorado.

—Ah..., *certo, più bella*.

—¿Perdona? —pregunté sin rodeos, ¿ahora me hablaba de su ligue? Lo que faltaba.

—La música, *è una canzone italiana*.

—Vale, hasta luego.

Y colgué.

Colgué muerta de vergüenza, segurísima de que Carlo estaba con otra, revolcándose sobre la alfombra en la que debería haberme revolcado yo varias veces desde que llegué al hotel.

—Helena, te has perdido el polvo del siglo y este pibón ya está con otra — me dije mientras me servía una London Pride del minibar. Cinco libras la

cerveza, al diablo con todo.

Por supuesto, esa noche no vi a Carlo, estaría dale que dale con la tetazas, así que bebí sola, mal cené sola y me fui a la cama. Me conecté al wifi del hotel y me puse a ver una peli. Aquello fue como un bálsamo para mi amor propio. Me ayudó a distraerme de todo el ridículo que había hecho en un día tan importante como aquel. Bueno, no era cosa de fustigarme en plan masoca, pero es que lo de presentarme en el St. Thomas sin saber que era mi primer día de trabajo había sido la cagada más monumental de mi vida. Por suerte, gracias a la peli me quedé soñando con el cuerpazo de Jon Bernthal rescatándome de un ataque nuclear. Al menos me quedaba eso.

Al día siguiente me desperté con la idea de que Carlo ya no quería nada conmigo. Clara, nítida y aséptica como un bisturí, cortó en dos el deseo y la realidad. Adiós, coqueteo, adiós, sexo, hola, responsabilidad. Suele pasarme algo así por las mañanas: mi doctor Jekyll pone sensatez en mis delirios salidorros de la noche anterior.

Me asomé a la ventana de la habitación, por fin había dejado de llover, y misteriosamente había salido un sol resplandeciente. Qué diferente se veía la ciudad con luz. La gente parecía estar en su mundo. Nadie se miraba. La mayoría iba con los ojos pegados al móvil. Y los que no, hablándole a sus auriculares. Me relajaba observar a las personas. Me imaginaba sus vidas, más desastrosas y frustrantes que la mía. Eso me tranquilizaba.

Observé a una mujer de unos cuarenta años, llevaba un abrigo negro de cuello alto, un semirrecogido y caminaba como si estuviera levitando.

La observé y me imaginé su vida. Por su estilo y su forma de caminar, tan segura de sí misma, supuse que tenía un cargo importante. La imaginé con un marido y un hijo, estudiante de Cambridge, que la liaba parda para llamar la atención de sus padres. La imaginé con un amante veinte años menor que ella, con el que quedaba los fines de semana, cuando su marido viajaba fuera del país para dar conferencias. La seguí con la mirada hasta que desapareció en un

edificio de oficinas. Me imaginé que, bajo ese manto de seguridad, su corazón estaba vacío y solo.

En ese momento me di cuenta de que no quería llegar a esa edad y sentirme como ella. Así que volví a embutirme en otro modelazo, pero esta vez a posta. Si volvía a encontrarme con Carlo quería que se tragara toda su testosterona pensando que se había equivocado de polvo. Me puse un Versace de terciopelo devoré negro, más transparente que un visillo de cocina y con un evasé que a nada que me moviera se despertaría el instinto más devorador del *sex symbol* italiano.

En mi mente el plan estaba claro. Entraría a desayunar, se quedaría alucinando al verme e intentaría sentarse conmigo. Pero yo, ocupada con mis cosas, me dedicaría a lo mío y lo ignoraría, con la excusa de que tenía una cita importante. Y vaya si la tenía. Acabado el desayuno, regresaría a la habitación para vestirme lo más apropiada que pudiera y acudir al St. Thomas. Esta vez todo iría como la seda.

Pero como estaba cantado, todo mi gozo en un pozo. Su noche debió de ser larga, porque en el bufet no estaban ni él ni la tetorras, mierda, y yo tan sexi desayunando sola huevos fritos con beicon.

—Deberías dejarte de tonterías y centrarte en lo importante —oí que me hablaban desde la mesa de al lado.

No podía ser verdad... ¿La loca era clienta del Waterloo? Me enfrasqué en el bol de cereales con yogur, nueces y arándanos que me esperaba después del atracón de colesterol.

—¿Cómo puedes estar pensando en ese conquistador?

Seguí ignorándola, me estaba dando miedito la chiflada esa. ¿Adivinaba todo lo que me pasaba por la cabeza o qué?

—¿No crees que tienes cosas más importantes en las que pensar? —siguió, sin tregua.

—Oye, no te pases —le espeté, porque me tenía harta—. ¿Tú qué sabrás? Ni que me leyeras la mente.

—Yo no leo libros, soy el libro —respondió toda misteriosa.

Ya empezaba otra vez con los enigmas. A mí como si leía el bonotransporte, qué pesada.

—Ya, ya... —farfullé para mí misma mientras masticaba—. Y no lees mentes porque eres la mente, no te digo.

Pensé que no me había oído, porque lo dije para el cuello del Versace, pero resulta que la tía tenía un oído más fino que un leopardo.

—Tú lo has dicho —soltó al tiempo que se levantaba y desaparecía entre las mesas.

Menos mal que a esas horas no había casi nadie en el bufet, que, si no, de la vergüenza, me habría muerto y habría resucitado tres veces.

Regresé a mi habitación muy digna, con las palabras de la loca rondándome en la cabeza. Lo reconozco, me había enamorado de Carlo, estaba loquita por él, pero mi romanticismo me estaba alejando de la realidad. Lancé el Versace sobre la cama, me vestí todo lo normalita que pude. No fue nada fácil, porque cualquier trapito que había en el armario valía más que lo que yo ganaba en un mes, ¿qué digo en un mes?, ¡en un siglo!

Esta vez sí. Mi segundo día en el hospital comenzó tal cual había imaginado. La administrativa estirada me hizo un fichaje que parecía estar seleccionándome para un *casting*, pero me daba igual. El objetivo era demostrar que, aunque hubiera llegado tarde mi primer día y vistiera de superfirmas, no se me caían los anillos, ni era una enchufada hija de ricachones. Quería que le quedase claro que mi actitud y mis conocimientos como enfermera superaban mi currículum y, con suerte, sus expectativas. Solo era cuestión de aprovechar esa nueva oportunidad. Porque, aunque nunca hay una segunda primera impresión, esperaba que al menos se les borrara la bochornosa tarde que les di y se les quedara en la retina la eficiente y superpreparada Helena Abad.

Ahí estaba yo, frente a la Rottenmeier más estirada que había visto en mi

vida, esperando instrucciones cuando alguien se dirigió a mí. ¡Y esta vez no era la loca! Era una voz masculina.

—Hola, Helena —me saludó un chico que resultó ser...

—¡Leo! —grité conteniendo mis ganas de ponerme a saltar en mitad del pasillo.

Leo y yo estudiamos juntos en la Facultad de Enfermería. Juntos pero no revueltos, Leo no es mi tipo y yo no soy el suyo. Creo que le gustan más bueninas y modositas. Fuimos muy amigos en aquella época, él fue mi confidente y además mi salvador. Gracias a él aprobé Farmacología. Madre mía, la de tardes que pasó el pobre conmigo hasta que me aprendí la farmacocinética clínica. Siempre estaba dispuesto a ayudarme, y como no había atracción, tampoco hubo sexo ni follón. O sea, pudimos tener una amistad pura y dura, amistad sencilla, sin los malos rollos del derecho a roce. Pero en cuanto acabó el trabajo fin de grado se fue a Londres y perdimos el contacto. Fue extraño que desapareciera, sin avisar ni despedirse. Fue como si, acabada la carrera, hubiera dado carpetazo a esa época y dejamos de tener contacto. ¡Pero ahora ahí estaba! ¡En el St. Thomas!

—Veo que sigues enganchado a los chicles de menta —le dije, sin despegarme todavía del abrazo.

—Sí —sonrió él, tan tímido como siempre—. Oye, disculpa que no estuviera ayer para recibirte. Me pasé el día en una formación fuera del hospital, no pude cambiarlo. Helena, estás... distinta. Nuevo perfume, nuevo *look*...

No era momento para explicarle de dónde venían mi aroma y mi atuendo de chica rica. Su mirada decía: «¿Qué haces vestida así para venir a trabajar?»; pero Leo seguía siendo tan discreto y educado como siempre. Se limitó a dar una palmada en el aire y decir:

—Bueno, pues cuando quieras empezamos; te han nombrado mi *assistant*, agárrate.

Lo soltó guiñándome un ojo en plan malote, aunque le salió un gesto

angelical.

—No quiero abrumarte en tu segundo día, así que solo estaremos en esta planta, viendo las zonas en las que te vas a manejar —me explicó Leo echando a andar e invitándome con un gesto de la mano a que lo siguiera.

Qué distinto me pareció ese hospital a cualquiera de España. La gente era diferente, mucho más heterogénea; mirara donde mirase me encontraba con musulmanes, hindúes, europeos. Algunos vestían al modo de su cultura, había jóvenes con hiyabs, ancianas cubiertas con el chador, chicas hindúes vestidas con saris en compañía de sus maridos, padres o hermanos cubiertos con camisas hasta los muslos...

Cada uno hablaba en su lengua, incluso se sentaban de una forma peculiar. Los carteles estaban en inglés, y el murmullo que flotaba alrededor era incomprensible para mí. A cada lugar que miraba sentía que me encontraba lejos de casa, lejos de todo lo que conocía. Cada vez estaba más nerviosa, me sentía insegura y más novata que el primer día que entré en la facultad.

Mientras seguía a Leo por los pasillos me iba entrando un miedo cada vez mayor. Apenas entendía qué le decían los médicos y otros enfermeros cuando se cruzaban con él. ¡Y yo que pensaba que no tendría problemas en entender, que solo iba a costarme hablar...!

Entre todas las emociones que estaban a punto de derrumbarme pude darme cuenta de que, por muy diferente que me pareciese el St. Thomas, al mismo tiempo era un hospital como todos los demás.

Mis ojos comenzaron a fijarse en todo lo que me resultaba familiar. Los largos pasillos, la fría luz de los techos, las hileras de sillas en las salas de espera, las máquinas de café, los carteles de los baños, las camillas, los goteros, los pijamas verdes de los enfermeros, las batas blancas de los médicos. Al prestar atención a todo eso empecé a tranquilizarme. Me ayudó a recuperar la confianza y a imaginar que me encontraba realizando las prácticas en el Hospital Universitario de Madrid. Pensé que los enfermos eran iguales en cualquier parte, que yo no iba a estar sola, que me necesitaban. Y eso, saber

que era necesaria, que podía ayudar, me quitó de un plumazo todo el ruido que se estaba generando en mi cabeza.

—¿Sigues con tu especialidad? —pregunté intentando que no se notara lo nerviosa que estaba.

—¿Con medicina deportiva quieres decir? Sí, me gusta.

—Si es que siempre has sido un atleta —bromeé dándole un codazo de colega en el brazo.

Con Leo siempre había habido mucha confianza. Quiero decir que daba igual cómo vistiera, cómo me peinara o lo que me pasara, me sentía tan bien con él como con una amiga, y eso era genial. Después de tanto postureo de ricachona agradecía un poco de naturalidad.

—Ya sabes, no paro, y Londres es carísimo, así que me saco unas libras como entrenador personal en mis ratos libres.

—Qué crac, Leo, sigues siendo superresponsable, ¡dame un poquito! —bromeé—. Yo ni siquiera he podido encontrar piso, ¿puedes creerlo?

Entre nosotros siempre había sido así: él por delante de mí en todo; si yo sacaba un cinco, él tenía un nueve, pero no decía ni mu. No le daba nada de importancia a lo suyo, por bueno que fuera, y, sin embargo, me subía por las nubes a nadita que yo conseguía.

—Claro que te creo. ¿No estarás buscando piso compartido? ¿O prefieres vivir sola?

Mi aventura del día anterior me había dejado una cosa clara: no tenía ni idea de lo que quería, pero sí sabía lo que no quería. De ninguna manera compartiría piso con un guarro salido ni me dejaría todo el sueldo en el alquiler. Me había dado cuenta de que Londres era demasiado para vivir sola. Quizá un poco de ayudita me vendría bien, compartir con una chica podía ser el mejor comienzo para una recién llegada como yo.

—Estaría bien compartir piso —contesté.

—Creo que conozco a alguien que te puede interesar —se ofreció, tan majo como siempre.

Si mi primer día en el St. Thomas había sido de lo más accidentado y desafortunado, esta vez las cosas estaban yendo un poco mejor. Leo se encargó de conseguir unos zuecos de mi número. También me dio un portatarjetas con pinza para que pusiera mi identificación bien visible en el pijama.

—Debieron dártelo ayer, no sé por qué aún no lo tienes —murmuró extrañado mientras lo colocaba en el cuello de mi uniforme.

A mí no me sorprendió para nada. Estaba claro que no le caí simpática a la Rottenmeier. Por una parte lo entendía, creo que hasta habría hecho lo mismo que ella. Si yo estuviese en su lugar y de pronto viera a una ricachona dándoselas de enfermera en prácticas, no la habría tomado en serio. Pero si además llega tan tarde como yo, ni siquiera me habría molestado en facilitarle las cosas. Pero la Rottenmeier ya caería por su propio peso, ya se daría cuenta de que me había juzgado mal; con razón, pero mal.

Leo estuvo todo el tiempo conmigo, como si fuera mi tutor. Eso era maravilloso, porque entendía bien cómo me sentía y lo necesitada que estaba de unas palmaditas en la espalda. No sé si fue por todas las novedades que hubo o si él también contribuyó, al ponérmelo todo tan fácil, el caso es que el tiempo se me pasó volando. Mientras repasamos el plan de cuidados de enfermería de varios pacientes me di cuenta de que no andaba tan mal de inglés. Al menos, el escrito lo entendía.

—¿Tendré que hablar con los pacientes y sus familiares? —pregunté, pensando en todas las personas no europeas que había visto en la sala de espera.

¡Madre mía! ¡Eso era peor que la torre de Babel!

Leo me explicó que sí, era una de mis funciones, pero no debía preocuparme, aunque, claro, para él era muy fácil decirlo.

—Tú tienes un nivel de inglés nativo, Leo, pero yo... —reconocí, pues este era uno de mis mayores obstáculos.

—Comunicas muy bien. Ya verás, cuando llegue el momento, lo harás sin dificultad —aseguró él, poniendo sus manos sobre mis hombros.

Tenía mil preguntas que hacerle, pero me di cuenta de que todas eran en realidad la misma: ¿y si no lo hago bien? Él ya lo había notado, por eso intentaba tranquilizarme todo lo que podía.

—Mira, Helena —me dijo colocándose frente a mí y bajando la cabeza para que sus ojos estuvieran a la altura de los míos—. Aún nos quedan por ver los protocolos de tratamiento de los pacientes, las pautas clínicas y, lo mejor de todo, el apoyo en quirófano.

Creo que en ese momento empezó a temblar el suelo. ¿O fueron mis piernas?

Leo lo notó, estoy segura, porque empecé a resoplar como si estuviera de parto.

—No voy a poder, no voy a poder... —balbuceé a las puertas de un ataque de pánico.

Leo se echó a reír, estaba claro que él ya había pasado por ahí y tenía el control de la situación.

—Ve poco a poco, Helena, lo harás muy bien, tengo plena confianza en ti.

Fue escuchar eso y empezar a derrumbarme. Yo creo que de la tensión que había estado acumulando desde el día anterior por la mañana. O quizá desde antes, desde que llegué a Londres y aterricé en el Waterloo y me encontré con Carlo y todos mis planes se fueron al traste, porque no tenía mi ropa, vestía de ricachona, mis amigos no estaban cerca, la cerveza no sabía igual, la comida era una mierda, los taxis, carísimos, los coches iban por la izquierda, ¡pero si había moqueta hasta en los baños! Que Leo, un tío como él, hecho a sí mismo, tan brillante, dijera que tenía confianza en mí, era el elogio más grande que me habían hecho en mi vida. Así que me vine abajo y en pleno ataque de sinceridad balbuceé...

—Ni siquiera he encontrado piso...

Rodeó mis hombros con su brazo derecho y me dio unos golpecitos en la frente con los nudillos de su mano izquierda, como si estuviera llamando a una puerta.

—Mucha gente ha pasado por aquí antes que tú, y antes que yo, estate tranquila, lo vas a hacer muy bien —me dijo infundiéndome ánimos—. No te agobies, mira, esta tarde te presentaré a Roxana. Seguro que algo se nos ocurre para que encuentres donde vivir.

Lancé un suspiro, en parte de agradecimiento, pero sobre todo de alivio. Ya no estaría sola buscando alojamiento en una ciudad tan inmensa como Londres. Acababa de hacerme con dos voluntarios. Si entre los tres no conseguíamos un pisito para mí ya sería cosa de empezar a poner velas a santa Teresa de Jesús, la patrona de los agentes inmobiliarios.

Esa tarde, después de salir del hospital, me presentó a Roxana. Veinticuatro años, uno setenta y mucho, talla treinta y ocho, rubia natural, ojos castaños, estilosa, dulce, amable y arquitecta. Ideal para Leo, como hecha a medida. Hacían una pareja perfecta, la verdad, y sentí un poco de envidia al no tener algo así. ¿Qué digo?, ¡nunca lo había tenido!

—La compañera de piso de Roxana se ha ido hace un par de semanas —dijo Leo.

—Aún no he encontrado a alguien que me dé confianza para alquilar su habitación —siguió ella.

¿Cómo? ¿Que no vivían juntos? No entendía nada. ¿Por qué esos dos tórtolos no compartían el mismo nido? Si hubiera estado en el lugar de cualquiera de ellos, me habría enganchado al cuello del otro sin soltarlo; estaríamos viviendo juntos, durmiendo juntos, comiendo juntos y haciendo todas las demás cosas que suele hacer una pareja, como chingar, por ejemplo. Mierda, era pensar en el sexo y acordarme de Carlo. Maldito gigoló italiano.

Estábamos en el Lord Nelson, un pub superlondinense, con un montón de luces rojas en el techo y asientos bajos alrededor de mesitas redondas llenas de posavasos y pegatinas. Todo nos invitaba a relajarnos, el ambiente cálido, sentirnos forasteros, el día que habíamos pasado juntos en el hospital. Quizá

eso animó a Leo a acercarse a mí y susurrarme algo que, viniendo de él, me pareció superpersonal.

—Roxana solo es mi amiga —confesó.

—¿Amiga como yo, quieres decir? —pregunté.

—Más o menos...

Creo que me lo contaba para creérselo, quizá aún no se había atrevido a decírselo a ella. Leo es tan tímido que en los asuntos femeninos parece que va pisando huevos. De hecho, no recordaba haberlo visto nunca con una chica.

—O sea que no.... —dije haciendo un gesto de lo más gráfico con las manos.

—No, no, no —se apresuró a contestar.

—¿No serás gay, verdad? —solté a bocajarro.

Quería que notara mi apoyo en lo que fuera. Al fin y al cabo ya éramos mayorcitos y, qué narices, estaba en Londres, se me acababan los días en el Park Plaza, necesitaba tener opciones.

—Nooo —se apresuró a contestar muy alarmado—. O sea, no.

—Pues no entiendo, Leo, porque Roxana es supermona. No querría mudarme con ella y que luego decidierais vivir juntos, ¿sabes? ¡Odio buscar piso! ¡Y Londres no es una ciudad fácil para una recién llegada!

Pobre Leo, creo que no está acostumbrado a que le hablen tan claro, porque se puso rojo como un tomate, clavó los ojos en el suelo y me juró mil veces que no, que Roxana y él no eran novios.

Por supuesto, seguí sin creérmelo. Una reacción así solo sale de un chico enamorado, pero bueno, debía respetar su ritmo, ya reuniría valor para declararse a Roxana, algún día.

—Mientes... —susurré en plan gracioso—, y si lo haces para que no me sienta mal porque no tengo novio, tranqui. Creo que me van las tías.

—¿En serio? —soltó con los ojos abiertos como platos—. Bueno, quiero decir, que claro, sí, claro.

—Te lo has creído —me burlé—. Sigues siendo tan ingenuo como en la

facu.

Roxana nos miraba como si presenciara un partido de tenis, la verdad es que la pobre estaba un poco fuera de la conversación. Me gustó que no se sintiera celosa, era el tipo de chica segura de sí misma, de las que no piensan que el mundo está lleno de levantavios. Me incorporé en la silla y respiré hondo, acababa de tomar una decisión.

—¿Cuándo podría mudarme? —pregunté, sin ver la habitación, ni el piso, ni el vecindario.

Ni falta que me hacía, tampoco estaba yo para ponerme exquisita. Roxana me caía genial, y que tuviera algo con Leo me garantizaba que se portaría bien conmigo. Brindamos con los vasos casi vacíos de cerveza, así que nos pedimos una última ronda.

—A esta invito yo —me adelanté.

Y mientras apurábamos el último sorbo me pregunté por qué todas las chicas del planeta gustaban a los hombres menos yo.

Terminar el día con Leo y Roxana fue lo mejor que me podía pasar. Esa era mi nueva vida: trabajar en el hospital, atender pacientes, organizar medicamentos, aplicar vendajes, administrar inyecciones, preparar pruebas, informes... Había dedicado cuatro años a formarme para ello, y al fin lo había conseguido. No podía sentirme más satisfecha. Si a eso le sumaba la posibilidad de irme a vivir con Roxana, vaya, realmente me estaba tocando la lotería. Si llego a saber lo fácil que iba a ser esta etapa de mi vida la habría empezado mucho antes. Pero estaba paralizada por el miedo, el terror al cambio y a que todo fuera a peor. ¡Gracias, Didi, por enviar mi currículum!

Capítulo 12

Me sentía un poco de bajón porque Carlo estaba *missing* desde hacía unos días. Quizá también fuera algo de nostalgia, mezclado con el estrés de todas las novedades que estaba viviendo. Sea por lo que sea, llamé a mi madre. Pero no como otras veces, no para informarle de lo que había hecho desde que había hablado con ella. Los primeros días hablábamos con tanta frecuencia que apenas me daba tiempo de extenderme demasiado, procuraba reservarme alguna cosilla para la siguiente llamada. Claro que no le había dicho nada de Carlo, me habría vuelto loca con sus paranoias respecto a los desconocidos que aparecen en tu vida como caídos del cielo.

Mi madre no es una madre al uso, al menos no es como otras a las que conozco. Cuando era pequeña nunca me regañaba por mancharme la ropa o rasgarla, me dejaba llevar el pelo tan largo como quisiera, tanto que a los doce años la melena me tapaba el culo. No se enfadaba si rompía una figura de porcelana que había traído de un viaje a la India. Pero se pillaba el cabreo del siglo si no se lo decía, aunque fuera por olvido. Siempre supe que podía contarle todo lo que quisiera, y también que no necesitaba que se lo confesara todo. Vamos, que no era de esas madres pelmas que se meten en la vida de sus hijos para controlarlos. Ella no. Ella me escuchaba y, aunque supiese que había detalles que me callaba, me devolvía la confianza que ponía en ella mostrándome un respeto que me hacía sentir superbién.

Por eso necesitaba hablar con ella. Sabía que podía contarle solo lo que quería, sin necesidad de ponerla en situación. Podía ir al grano y dejar de dar vueltas y vueltas para sacarle una respuesta. Así que la llamé. Quería

mostrarme tal cual soy, sin preocuparme por lo que la gente pensase de mí. Eso solo me ocurría con mi madre, no podía engañarla.

—Te echo de menos —comencé, con la lagrimilla amenazando con rodar por mi mejilla.

—A ver, ¿qué tripa se te ha roto? —soltó con prisa, acelerada.

Estaba claro que no estábamos en la misma onda. Yo necesitaba hablar y ella necesitaba un porteador, porque estaba saliendo del supermercado con la compra del mes colgando de sus brazos.

—Jo, mamá, luego dices que no te llamo —protesté, sin importarme que no fuera un buen momento.

—No, no —se apresuró a decir para que no colgara—. Cuéntame, cariño.

—¿Te pilló bien? —le pregunté, aunque sabía de sobra que era un mal momento.

—Fenomenal, como siempre, ¿qué tal en el San Zomás?

Desde que vivía en Londres mi madre estaba haciendo un esfuerzo por aprender inglés, aunque a la pobre se le mezclaban las cosas y al Saint Thomas lo llamaba San Zomás.

—¿Cómo supiste que papá era el hombre de tu vida? —le solté, así de golpe, sin preámbulos.

Sentí el silencio de mi madre al otro lado del teléfono. La imaginé sentada en un banco de la calle, rodeada de bolsas de verduras, frutas y detergentes, intentando seguir el giro que acababa de dar a nuestra conversación. Vamos, que me estaba poniendo profunda, y mi madre estaba buscando una contestación a la altura.

—No hay un hombre de tu vida, Helena —empezó, y creo que no pudo elegir peor comienzo.

—¿Cómo que no? —salté—. ¡Papá es el hombre de tu vida!

Por Dios, esperaba que no me confesara que había habido otro hombre más importante para ella o, peor aún, que mi padre biológico era otro. Mi madre era capaz de salir con cualquier cosa.

—Claro que sí —se apresuró a afirmar, menos mal—, pero hay otras personas que tienen más de un gran amor, y no por eso dejan de ser relaciones importantes.

La verdad es que no había escuchado lo que acababa de decir, solo la llamaba para desahogarme, para soltarle mis miedos y quedarme a gusto. Para oírme decir a mí misma, porque con los temores pasa como con las pesadillas: cuanto más las cuentas se hacen menos y menos horribles. Yo buscaba esa misma estrategia: confesarle lo que atormentaba mi corazón y quedarme ligera al quitarme ese peso de encima. Así que se lo dije.

—Pero yo no quiero quedarme sola —le confesé sin rodeos.

—Lo que tenga que pasar pasará —repuso ella, y ya me parecía a mí que había tardado en soltarlo.

Es que esa frase le encantaba y la encasquetaba en cuanto tenía la más mínima oportunidad.

—Ya, mamá, y aprenderé de lo que suceda —terminé de decir en tono cansino.

De pronto me entró un mensaje al móvil. ¡Uy! ¡Podía ser Carlo!

Del subidón se me pasaron las ganas de tener una conversación profunda con mi madre.

—Me llaman del hospital, mamá. ¡Tengo que colgar! —mentí para poder ir cuanto antes a WhatsApp.

—Contesta, hija, no desatiendas tu trabajo en San Zomás —se apresuró a decir antes de colgar.

Hum... Vaya, todo mi gozo en un pozo. No era un mensaje de Carlo, sino de Edu.

Edu

Prepárate, querida

Durante unas décimas de segundo imaginé a mis amigos plantándose en Londres de visita exprés. ¡Y yo acababa de mudarme a mi nuevo apartamento compartido! ¡No podía soltar a esas tres fieras en casa de Roxana! Sería una

cruz en nuestra convivencia, y de todos es sabido que con varias cruces te expulsan de cualquier piso si el contrato no está a tu nombre.

Edu:

Estamos mirando vuelos para ir a verte.

Bueno, falsa alarma. No era un viaje inminente. Seguro que era uno de esos planes que, como otros miles, hacíamos sin que luego saliera adelante. Me quedé tranquila, segura de que mis amigos del alma no iban a venir, al menos no de repente.

Tina:

Venga, venga, ¡¡ya era hora!! ¡Te echamos de menos!

Didi:

Yo no estoy libre hasta dentro de un año 😞.

Edu:

Si Helena no tiene cama para todos y birras para mí, paso.

Helena se va a salir del grupo.

Pero no le hizo gracia a nadie. Los demás empezaron a meterse conmigo, diciendo que me había convertido rápidamente en una pija londinense, insolidaria y ceroempática. Me disculpé, porque no me van nada los malos rollos.

Hay que ver cómo os ponéis. Era una broma.

Llegué a mi turno en el hospital, con ganas de distraerme con el trabajo. Aunque ese día no estaba para mucho ajetreo, me sentía desolada, convencida de que Carlo me había sustituido por la tetorras. Además, vestida con el pijama verde del St. Thomas me sentía más mustia que una acelga, rodeada de cuñas, orinales, bolsas de suero y catéteres.

Esa mañana, además, me tocó tragarme una charla de la Rottenmeier en la

que me explicó todo el protocolo del St. Thomas en enfermería quirúrgica. Hay que ver qué tipa más antipática. Si no fuera porque tenía cien años, diría que estaba celosa de mí por la amistad que tenía con Leo. Tuve suerte porque en el 99,99 por ciento era igualito al protocolo que había estudiado en la facultad. Gracias a eso me enteré de todo, y a cada cosa que decía yo le respondía que *yes yes, of course*, para que le quedara bien claro que la estaba entendiendo. Que si el lavado quirúrgico de manos, que si la disposición de las mesas estériles, que si preparar las suturas, las ligaduras, que si las esponjas, que si los tubos de drenaje, que *yes yes, of course*. Una vez casi se me escapó *yes yes, Rottenmeier* de lo harta que me tenía la bruja.

—Para ser tu cuarto día aquí no pareces muy feliz —dijo Leo durante la pausa del café.

Estábamos en nuestro momento de descanso en la cafetería destinada al personal del St. Thomas. Leo había advertido que algo rumiaba mi mente, y no le faltaba razón. Ay, me debatía entre dos mundos que parecían irreconciliables. Por una parte mi lado ricachón y lujoso del hotel de cuatro estrellas, que me estaba encantando porque hay que ver lo fácil que es dejarse mimar. Por otro, las ganas de sentirme útil después de tantos años de formación, que también una necesita un poco de proyección profesional, y aquellas prácticas catapultaban mi currículum al espacio sideral. Luego estaba lo del italiano, claro, porque aquello pintaba tan mal que me tenía con la libido por los suelos.

Mi móvil vibró y eché un vistazo rápido. Era Edu.

Helena, ¿te va bien el finde del 18?

No entendía nada, me había perdido dos minutos de wasaps ¿y ya tenían una fecha para su visita? Estaba desconcertada. Feliz, claro, por volver a verlos, pero ni siquiera me había dado tiempo a instalarme. Todo era demasiado nuevo para mí, demasiado inglés a mi alrededor. Eso era tremendo, porque cada vez que alguien me hablaba lo traducía mentalmente al español y

cuando sabía qué responder lo volvía a traducir al inglés y así todo el rato. Agotador.

—No intentes quedarte con todo, Helena, es imposible —me aconsejó Leo.

—Pues no sé cómo hacerlo para enterarme de lo que me dicen los pacientes —dije lamentándome—. El otro día una señora me pedía *potty* para su marido y yo pensando que quería un libro de Harry Potter para leer durante la espera.

—Te estaba pidiendo un orinal —se rio Leo.

—Lo sé, lo descubrí en cuanto vi a la mujer imitando a su marido como si hiciera pis —recordé—. ¿Puedes imaginarte la escena?

—Pero has tenido una buena idea, ¿sabes? —repuso él pensativo.

¿Idea? ¿Había dicho que yo había tenido una idea buena? Ah, pues no me había enterado.

—Pues sí —le seguí la corriente, a ver si me enteraba de mi genialidad.

No es que quisiera apuntarme ningún tanto, pero ya tenía bastante con ser una pardilla en Londres, una novata en el St. Thomas y una ninguneada por Carlo. ¡Al menos necesitaba que Leo tuviera buena impresión de mí! Y eso que con Roxana todo iba bien, la convivencia y eso, pero, aun así, quería que Leo viera mi mejor yo, en lugar de la Helena despistada que siempre necesitaba ayuda.

—¿Dónde podríamos conseguir los libros? —me preguntó.

Ups, pues ahora sí que estaba perdida. ¿Libros? ¿De qué hablaba? «Ay, Helena, tienes que dejar esa manía de desconectar», me dije.

A veces mi mente va a cien por hora, y no solo cuando estoy cerca de un tío bueno como Carlo. Qué va, también cuando algo me interesa. Desde luego, en ese momento me interesaba muchísimo causarle buena impresión a Leo. Quería que pensara que había madurado y estaba a la altura de las circunstancias. «Así que venga, Helena, piensa, piensa —me dije—. ¿De qué libros habla?»

—Habría muchas menos quejas de pacientes si dispusiéramos de una biblioteca —continuó él mientras yo le decía que sí a todo.

—Claro, claro —respondí convencida.

Dos frases más y ya entendí cuál era mi brillante idea. ¡El malentendido del orinal! Al decirle lo de *potty* y el libro de Harry Potter él se fue automáticamente a una biblioteca para los pacientes. ¿Por eso había sido idea mía? Pobre, como mucho lo había inspirado, ¡y ya era mucho decir!

Mientras él daba vueltas a «mi idea» sobre la biblioteca, yo volví a lo mío. Si mis amigos estaban organizando un viaje a Londres para estar todos juntos necesitaría tener esos días libres. Después de todo, ¿qué mejor momento que ese, en el que acababa de ponerme una medallita, para preguntarle por las vacaciones? Porque como yo era su *assistant*, mi trabajo dependía directamente de él, o sea, teníamos que coger los mismos días.

—Por eso no te preocupes —me dijo, tan mono—, cuando tengas las fechas lo vemos. A mí me da igual, no tengo preferencia.

—Pero tendrás que hablar con Roxana —respondí—. ¿No será mejor que lo comentes antes con ella? ¡No quiero que cambiéis ningún plan por mí!

Como siempre que le sacaba el temita de Rox, Leo se puso rojo como un tomate.

—Ya te he dicho que no somos novios, no veraneamos juntos.

La verdad es que Leo era un encanto. ¡No sé qué podía fallar entre esos dos! De todas maneras, había decidido irme esa tarde de compras y no me apetecía nada salir sola.

—¿Dónde puedo ir a comprar ropa? —le pregunté, cambiando a propósito de tema.

—Sin duda, a Camden Town. Es un barrio un poco loquillo, te va a encantar.

Lo dijo con cariño, como casi siempre que hablaba. En boca de otros, de Edu, por ejemplo, o incluso de Tina o Didi, podía haber un retintín con segundas intenciones. Pero Leo no, este osito es más noble que todos los escudos heráldicos juntos.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció, con su timidez de siempre.

Capítulo 13

Una cosa es que hubiera renovado mi vestuario y otra muy distinta que donase la ropa de la ricachona a las *charity shops* que vi en Candem Town con Leo. Al pasar por una de ellas, el muy samaritano me propuso que la entregara para que ellos la vendiesen y recaudar fondos para la beneficencia.

Recuerdo que lo miré con cara de «¿Estás loco?».

—Antes lo vendo por Wallapop —le dije, sin un ápice de vergüenza por mi falta de solidaridad, y es que ya andaba yo pensando en organizar algún viaje con mis amigos.

Además, una nunca sabe cuándo le va a hacer falta un Oscar de la Renta, y de todo el mundo es sabido que las megafirmas son esenciales como fondo de armario; es más, cuanto más mega, más esencial. Había decidido combinar mi *look* de chica corriente, o sea, mi verdadero *look*, con accesorios supercaros y así mantenerme cerca del lujo, por aquello de que el dinero atrae al dinero.

Pero, mira por dónde, justo el día que se me antojó un collar, va y desaparece.

—Rox, ¿has visto mi collar de Miu Miu? —pregunté desde el caos de mi habitación, con todo tan revuelto que no se veía el suelo.

—Nooo —gritó desde el baño.

—¡El collar de perlas *oversize*! —insistí—. Tiene que estar por alguna parte...

Pero nada, la busqué a conciencia y no había rastro del collar, ni en el apartamento ni en el doble fondo de la maleta.

—¿No te lo habrás dejado en el hotel? —sugirió Rox con un turbante en la cabeza y envuelta en una toalla XXL.

—Mierda, pues va a ser que sí.

Y allá que me fui, porque el Miu Miu valía una pasta, y porque, en el fondo, albergaba el temor de que cualquier día me toparía en el momento más inesperado con la ricachona y me reclamaría todos sus modelazos y accesorios.

Así que esa mañana de sábado, mientras cualquiera en Londres zanganeaba en la cama viendo noticias y zampando cruasanes, servidora se encaminó al Park Plaza London Waterloo. Solo había pasado una semana desde que me había ido del hotel de cuatro estrellas a vivir con Roxana, aunque parecía que hubiese pasado un siglo. El hotelazo me recordó inmediatamente a Carlo y me entró tal calor en el cuerpo que tuve que quitarme la sudadera.

—Lástima... —susurré, recordando el momento en el que él salía del jacuzzi, con aquel paquete apuntándome a la cara como si tuviera vida propia.

Y la tenía, vaya si la tenía. Seguro que había dado buena cuenta de la tetorras.

«Hay que ver lo que hace un *topless*», me dije mientras caminaba hacia el hotel.

Bueno, un *topless* no, aquel *topless*, porque, joder, yo no tengo las tetas en el mismo sitio que aquella tía buena del minitanga. No me extraña que me hubiera cambiado por ella.

«En fin, picaste demasiado alto, Helena», pensé.

A las puertas del hotelazo sentí que tenía ganas de cerrar bien aquella etapa de lujo. No me apetecía llegar, pedir el collar y largarme como si aquel glamur me diera urticaria. ¡Nada más lejos de la verdad! Porque era entrar en el vestíbulo y venirme arriba. Así que pensé en tomarme un café *latte* en la cafetería y después acercarme al recepcionista como si fuera una cliente que acabara de bajar de la habitación.

«Ahí va», solté para mis adentros en cuanto me acerqué a la barra.

Por un segundo me quedé clavada en la alfombra. Acababa de ver al mismísimo Carlo. Y estaba solo. ¡Solo!

«¿Qué vas a hacer, Helena? ¡No te acerques! Oye, un poquito de dignidad, ¡que se fue con otra! Mira, te sientas lejos y que no te vea, te tomas tu café, clavabas los ojos en el móvil y pasas. Pasas, pasas, pasas.»

Así que di un quiebro de noventa grados, enfilando hacia la otra punta de la cafetería.

—*Ma, Helena!*

—¡Carlo!

—Qué *piacere* volver a verte...

Ya está. Otra vez enredada en su voz supermasculina, otra vez su olor, su mirada de rayos X... Ni un minuto con él y ya estaba pensando en tirármelo. ¡Helena, que te pierdes!

—He estado ocupada... —le dije, intentando parecer esquivada, aunque claramente sonó a «Me he aburrido *molto molto* sin ti».

—No será el jugador de baloncesto, *vero?*

Me aferré al atisbo de celos que quise ver en sus ojos y le solté una mentira como la tapa de un piano.

—¿Bob? —me burlé, en una pose de lo más sofisticada—. Deberías actualizarte, *caro*.

Esto último lo dije tocando su nariz con la punta de mi dedo índice, coronado por una exquisita manicura roja, que, por suerte, me había hecho Roxana el día anterior.

Ay, no sé de dónde me salían esas maneras de ligona descarada, pero ahí estaba yo, mandando mensajes de «aquí y ahora» al *sex symbol*, mientras le soltaba:

—Se llama Leo, me tiene secuestrada desde el día que lo conocí...

No sé por qué metí al pobre Leo en este asunto.

—Entonces ¿has escapado? —me preguntó, siguiéndome el juego.

Me estaba metiendo en un jardín...

A ver, le hablé de Leo porque tenía que darle en los morros con algo más que un ex, necesitaba que supiera que no me había quedado colgada de él, que

mi vida en Londres era superexcitante, superaventurera, alucinante..., o sea, nada que ver con la realidad.

—Digamos que necesitaba un descanso... —dije, poniéndole ojitos de loba.

Claramente aquello se me estaba yendo de las manos. Mi cuerpo iba por libre, brazos, piernas, cintura, hombros..., todo él adquiría unas posturas que ni con tres *elderflowers* en ayunas. No le hacía ni caso a mi cabeza, que pedía café a gritos para ver si así se hacían oír sus mensajes de: «¡Helena, que pasó de ti! ¡Que te dio plantón! ¡Dignidad, Helena!».

—Eso mismo digo yo —oí de pronto, y juro que no era mi voz interior.

No podía ser cierto. ¡Otra vez la María Antonieta!

Apenas se había ido Carlo a no sé qué y ya aparecía la del suflé en la cabeza dándome el coñazo.

—¿Por qué vas vestida así otra vez?

Desde nuestra última conversación, en la que me di cuenta de que esta pesada no era fruto de mi imaginación sino una loca que la había tomado conmigo, había decidido seguirle el juego. Quizá así se acabaría aburriendo y se largaría a darle la murga a otra.

—Cuando solo me ves tú me visto con mi mejor traje, elegante y hermosa —me dijo—. No con esos trapos de ahora. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu atuendo? Estás..., estás del montón.

«Atenta, Helena, ve a lo importante. Porque como te pongas a discutir con ella, vuelve Carlo y te pilla hablando con el taburete.» Y ¿qué era importante ahí? ¿Que se metiera conmigo una vez más? Para nada. Eso era una nube de humo, pura distracción de lo realmente interesante: esta tipa decía que no la veían cuando iba vestida de adefesio. Esta era la mía.

—Por favor, un café *latte* para mi amiga —pedí al camarero.

La María Antonieta puso cara de «Pero ¿qué haces, idiota?» y ahí fui yo...

—¿Quieres algo para acompañar? ¿Un cruasán...?

María Antonieta pasó en un santiamén del «Ay, madre, la que vas a liar» al «Ay, madre, lo que me voy a reír». Mientras yo trataba de salirme con la mía,

ni más ni menos que callarle la boca con eso de que solo yo la veía, ella siguió a lo suyo, dándome la murga con Carlo por aquí, Carlo por allá.

—Este hombre saca lo peor de ti, y tú sin enterarte —empezó a bombardear.

Yo callada, con los ojos fijos en el camarero para hacerle una señal en cuanto me mirase.

—Busca el amor más cerca, que este es un marinero con una conquista en cada puerta.

—Querrás decir en cada puerto —corregí, sin poder contenerme.

Ay, qué ganas tenía de callarle la boca, porque era verme y cantarme las cuarenta. Para esa loca yo lo hacía todo mal. ¿No acababa de decirme que vestía del montón?

—Querida, este Carlo Santoro Fabarolo tiene un amor en cada puerto donde haya un yate y en cada puerta donde haya una tonta como tú, necesitada de cariño y sobrada de ingenuidad.

Menos mal que el camarero, educadísimo y amabilísimo como siempre, se acercó a mi última señal, porque de lo contrario a esa imbécil le habría soltado un guantazo tal que mi mano no se le hubiera despegado de la cara ni con ácido.

—*One coffee, please* —dije en un inglés perfecto.

Eso sí, esta vez, en lugar de ponerme lo que había pedido, un café con leche, se me quedó mirando sin saber qué hacer.

—*Caffè latte, please* —repetí, señalando a María Antonieta.

El camarero, Willy, lo sé porque lo ponía en la chapita que prendía de su chaleco, miró hacia donde yo señalaba y luego otra vez a mí. Lástima que el pobre no supiera decir ni mu en español, porque si no aquel malentendido se habría arreglado en un plis. Nada, tendría que salir del paso como fuera.

Después de tres «*please*, café para mi amiga», me di cuenta de algo pavoroso. O Willy era un tipo más elitista que una fiesta de Karl Lagerfeld y

pasaba de la estrafalaria María Antonieta o, directamente, no la veía. El tío no le puso ni un vaso de agua.

Entonces llegó Carlo y se sentó en el taburete, el mismo al que yo había estado preguntando qué quería tomar. Miré al camarero, que se puso a secar copas como si se estuviera tragando la corbata. Luego miré a Carlo y a mi alrededor. ¿Dónde diablos se había metido la loca?

—Y, por cierto, me llamo Aneleh, a ver si te lo aprendes —me dijo, envuelta en una estela de niebla que giró sobre sí misma antes de desaparecer.

—Necesito una copa —murmuré.

Desde luego, no eran horas para empezar ya con esas, pero un café no iba a ayudarme. Me hacía falta algo fuerte. Hay cosas que solo se asimilan bajo los efectos del alcohol, y que una pesada te ande boicoteando el polvo del siglo es una de ellas.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero, como si una fuera asidua a los copazos matutinos.

Pero yo estaba en *shock* total, ni parpadeaba ni respiraba ni oía ni hablaba.

—*Cara...?* —me preguntó Carlo a lo lejos.

En realidad estaba pegadito a mí, era yo la que tenía la mente en otro sitio. Cuando regresé, que tardé cero coma, porque Carlo había empezado a acariciarme la espalda a ver si volvía en mí, me di cuenta de que el *elderflower* se me quedaba corto.

—Marchallan —pedí, mirando al camarero con seguridad.

El hombre miró a Carlo, a ver si él le traducía, pero como allí nadie decía nada, acabó por mostrarme una botella cuya etiqueta rezaba *The Macallan Highland Single Malt Scotch Whisky 15 Years Old*. Y lo sé porque la miré como si estuviera descifrando su código de barras.

—¿Se refiere a este, señorita?

—Por supuesto —contesté, mientras pasaba de mirar la etiqueta de marras a mirar a Carlo, que no sabía bien adónde mirar.

Me lo tragué de un sorbo, ahí, todo para dentro, sentí que me abrazaba la

garganta y me entró un calorcito en el cuerpo que no quise desaprovechar. Por Aneleh, porque me tenía hasta el moño, por Carlo, que esta vez no se me escapaba, y por mí misma, que estaba más salida que el pico de una plancha, de esa mañana no pasaba que me trincara al italiano.

—*Tutto bene?* —quiso saber el susodicho.

Estaba demasiado confundida con la María Antonieta Aneleh del Suflé. Era una tipa extraña, que aparecía para darme charlas, que se esfumaba cuando le venía en gana, justo antes de que pudiera decirle a nadie «¿La ves? ¿Ves a esta rara de aquí o no?». Mi argucia con Willy el camarero no funcionó, no la vio, y o al menos no me lo dijo.

Pedí que me rellenase el vaso. Me mojé los labios con el wisky de marca impronunciable, le di un sorbito y sentí su calor quemándome por dentro. Hum... Eso puso mi atención en Carlo; con un par de sorbitos más me olvidé de todo. Así que a su pregunta de si *tutto bene* respondí con una sonrisa picarona, dejándole ver que quería lo que quería. Ignoraba que él quería lo mismo y que en el ratito que apareció la del suflé el muy pillo había subido a su habitación para ambientarla acorde con la ocasión. O sea, que la puso preciosa, con velitas y pétalos rojos y una botella de champán.

—¿Y esto...? —pregunté haciéndome la tonta mientras me comía a besos cruzando el umbral.

Pero Carlo no respondió, no con su voz, quiero decir, porque sus manos empezaron a contarme todo lo que yo deseaba escuchar desde el primer día que lo vi. No podía creer lo que ese Adonis podía conseguir con la yema de sus dedos detrás de mis orejas, con sus labios rozando mi cuello, susurrándome *cara mia* con el cálido aliento que salía de su boca.

Por suerte que una ya tiene mucho mundo y andaba yo depilada como una modelo de culturismo. No quedó un rincón de mi cuerpo que no besara, lamiera, mordisqueara... Era como un cachorro de león jugueteando conmigo. Si hubiese sido tarta helada me habría derretido enterita en su boca, madre mía, qué forma de besar, de acariciar, de erizar cada poro de mi piel.

Eso sin contar el gustazo de mirar semejante cuerpo, porque ese italiano lo tenía todo en su sitio, y qué sitio. Solo con tocarlo rememoré toda la musculatura que había estudiado en la facultad. ¡Pero cómo estaba el tío de bueno!

Y allí que me morí. Me morí de gusto, porque hay polvos y polvos, y aquello no fue exactamente un quiqui. Una que pensaba que lo de multiorgásmica era leyenda urbana y... resulta que no.

Capítulo 14

Enamorada. Ay, sí, ¡enamorada! Adoraba todo de Carlo, un mes con este hombre y me había puesto patas arriba. ¡Literalmente! Bueno, tampoco iba a ponerme en plan Didi, que era una fresca, pero, en serio, ¡qué hombre! Estaba enganchada, era rozarme y me volvía adicta a todo lo que me hacía.

—Eso es que pasabas mucha hambre —me dijo Didi al otro lado del teléfono.

Yo estaba tirada en el sofá, sin ganas de salir porque a última hora a mi pibonazo le había surgido un compromiso, y la había llamado para ponernos al día. ¡Bendito *roaming*!

—Así que lo de los italianos no es un mito... —siguió diciendo.

—Bueno, Carlo tiene ascendencia argentina —añadí—. Quizá le venga de ahí.

—¡Seguro! —se rio Didi, y detrás yo.

Nos gustaba reírnos de esas cosas así como con segundas; ella era especialista.

—Ya era hora de verte así —dijo—, porque desde lo de Bob parecía que te faltaba pimienta. Estabas de un aburrido...

—De eso nada, Didi. ¿Tú sabes lo que impone trabajar en el St. Thomas? Necesito estar supercentrada.

—Y el *sex machine* te centra...

—Pero qué bruta eres, Didi.

En parte tenía razón, ellos estaban venga a wasapear con su visita a Londres y yo apenas respondía. Antes no tenía nada más en el horizonte que hacer cualquier cosa con mis amigos, pero ahora había demasiados frentes en

mi vida. Apenas tenía tiempo de echarlos de menos. Claro que me apetecía verlos, ¡muchísimo! Pero ya no eran mi prioridad, y eso se notaba. Carlo ocupaba el ochenta por ciento, vale, lo reconozco, pero mi trabajo era muy importante para mí. Luego estaba el detallito de vivir en Londres, que para Didi parecía algo de lo más normal, pero yo aún iba pegada al Google Maps en cuanto me salía de mi ruta diaria.

Menos mal que tenía a Leo. Se había convertido en mi ángel de la guarda. Cuando Carlo no podía acompañarme al cine o cuando me avisaba a última hora de que tenía una cita con un marchante y me veía compuesta y sin plan, llamaba a Leo. Siempre me decía lo mismo, el muy buenazo:

—Dame veinte minutos y voy.

Que los veinte minutos no eran para cambiarse, qué va, era el tiempo que tardaba el Uber en llevarlo hasta mi ubicación.

—Leo es gay, si no, te habría tirado los tejos —dijo Didi, siempre tan sensible.

—Ya se lo pregunté y me dijo que no. Simplemente somos amigos.

—¿Un tío y una tía amigos? Ja. Ja. Ja. —Lo soltó muy despacio, como dándome tiempo para que yo misma me diera cuenta de la tontería que acababa de decir. Pero era verdad. Leo era así, alguien bueno, con ganas de ayudar, servicial sin más, sin segundas intenciones, sin que sus favores fueran una moneda de cambio.

—Pues es una pena, porque por sus fotos de Instagram está de toma pan y moja... —comentó Didi.

—¿Has visto sus fotos con la mano abierta? Busca novia, ¿entiendes ahora por qué no es gay?

Didi se refería a #idiotizados. Estaba muy de moda subir las fotos con ese *hashtag*. Era más fácil para ligar, buscar pareja o simplemente para mostrar al mundo lo enamorada que estabas. De hecho, ya casi nadie usaba webs ni apps para buscar pareja. Subían fotos con #idiotizados a Instagram y listo.

Según cuenta la leyenda, todo comenzó con un profesor de una universidad

que un día en mitad de una clase dijo a sus alumnos:

—El amor os está dejando idiotizados. Idiotizados perdidos.

Aquello triunfó de tal manera en la facultad que #idiotizados se convirtió en el lema durante ese curso. Empezaron a subir fotos con ese *hashtag* y la palma de la mano abierta hacia arriba para ligar. Los que ya estaban idiotizados, digo, enamorados, la subían con las manos unidas y el mismo *hashtag*. Los que ni fu ni fa, que solo iban buscando amistad, también subían #idiotizados con la foto de su mano mirando hacia abajo. Los que eran más atrevidos etiquetaban su ubicación o hacían la foto en medio de un lugar específico de la ciudad.

A los pocos meses, ya se había extendido por todo el país y poco después por casi todo el mundo. Así que era muy cómodo si querías echarte un ligue o algún amiguete de México, Argentina o Estados Unidos.

—Joder, Helena, busca novia o busca novio, anda que también tú...

—Que no... Que así conoció a Roxana, y hay algo ahí, entre ellos.

Pero Didi era más práctica que un mueble de Ikea y como no le interesaba la historia entre dos personas que no conocía, volvió al ataque con Carlo.

—Y ¿dónde expone ahora tu bombero?

—No te pases, que estoy enamorada —le advertí.

—Chica, perdona, ¿dónde expone el artista?

—Didi... —volví a advertir, en tono de «ya está bien».

Estaba claro que no se tomaba en serio mi historia con Carlo. La conocía bien, y siempre que hablaba así de mis novios era porque pensaba que eran ligues demasiado largos. Más de una semana con el mismo chico lo consideraba excesivo.

—Está bien, está bien. Carlo Lombardi San no sé qué más, ¿dónde expone? Porque he mirado en internet y no encuentro nada.

—Santoro Favarolo —le recordé seria—. Carlo Lombardi Santoro Favarolo. Justo ahora está reunido con una diseñadora gráfica para ultimar su web.

Al otro lado del teléfono sonó una carcajada contenida.

—¿Y ahora te ríes de sus apellidos? Ya vale, Didi. ¡Estoy enamorada!

—Estás ciega, querida. Claro que el amor es ciego y tal —comenzó a desvariar—, pero a lo que vamos. Tía, ¿¿que le está diseñando la web?! Venga ya, si el One ese que anuncian por la tele te lo hace todo.

Estaba claro que era imposible hablar con Didi de Carlo y su carrera artística.

—La mente trabaja por el día, Helena; por la noche trabajan otras partes del cuerpo.

Didi no entendía nada de la vida bohemia. ¡Cómo me habría gustado haber ido a la exposición de Carlo en el East End! Aunque hubiera sido solo para grabar un vídeo y enviárselo. Lástima que coincidió con mi semana de turno de noche. No podía faltar, ni siquiera Leo pudo hacer nada para librarme de trabajar esa semana desde las cuatro hasta las doce de la noche.

—Lástima, *cara* —me dijo Carlo cuando se lo conté—. Me habría gustado tanto tenerte en *la mia mostra*...

Allí estaba yo, a todo rajar con Didi, cuando de pronto entró un mensaje.

Vente. Estamos en The Dublin Castle.

Era Leo, qué cielo... Seguro que Roxana le había dicho que estaba en casa tirada en el sofá.

Y ¿ezo qué e?

Pregunté en plan paleta; solo con leer el mensaje se me había pasado el mal rollo por los comentarios de Didi.

Indie y rock alternativo.

Seguido de otro mensaje...

También tienen cerveza.

—¡Didi, la noche me espera! —grité al teléfono—. ¡Cuidado, Londres, que

voy!

Si al final iba a tener razón ella, que me hacía falta un poco de pimientilla. Me quité el Balenciaga con escotazo en la espalda, era pura lujuria cuando Carlo me lo arrancaba, para embutirme en unos vaqueros con un blusón y botas militares, que me encantaban.

—Adiós, ricachona; hola, Helena —me dije mirándome en el espejo.

¡Ay!, si es que me costaba un montón desprenderme de la imagen supersexi y glamurosa que Carlo tenía de mí. Desde que nos encontramos en el hotel de cuatro estrellas me había visto tuneada de ricachona y, claro, a ver ahora cómo le decía la verdad. A él, acostumbrado al lujo y al dinero, le ponía muchísimo. Yo, encantada, porque tenía su punto ir de *femme fatale* de vez en cuando. Ahora, para salir con Leo y Roxana, y encima a un antro alternativo, lo mejor era ir de mí misma.

The Dublin Castle no podía tener mejor ambiente, ser más alternativo y más *cool* al mismo tiempo. Las paredes estaban abarrotadas de fotografías de bandas que habían pasado por allí, carteles luminosos, guitarras eléctricas y cuadros gigantescos en las paredes. Sobre el escenario actuaba un grupo que se llamaba Pussycat and The Dirty Johnsons.

—¡Hala, me encanta! —grité a Leo y Roxana en cuanto pude llegar a su mesa.

No entendía ni papa de lo que cantaba, pero ahí estaba Pussycat, vestida de gatita punki, soltando palabros mientras golpeaba su guitarra eléctrica.

Leo me pidió una pinta y los tres brindamos.

—*Cheers!* —gritamos a la vez, chocando los vasos en alto.

En aquel momento me sentí más cerca de ellos que de Didi, Tina y Edu, con su «¡Despegamos!» y sus burlas sobre Carlo.

Suele pasarme que los mejores planes son los que surgen así, de la nada y sobre la marcha. Estaba feliz, mi mejor yo se lo estaba pasando en grande, entre bromas de Roxana y Leo sobre su llegada a Londres y cómo se

conocieron. Observándolos me di cuenta de que era verdad: estos dos no eran novios. Entre ellos no saltaban chispas, ni les brillaban los ojos. No flotaba a su alrededor el empalago de los tortolitos. Si Carlo hubiera estado allí me habría metido mano en más de un pliegue de mi cuerpo.

Mmm... Lo echaba de menos, ¡ojalá terminara pronto el diseño de su web! Porque, a ver, lo entiendo, pero, jo, me habría encantado que conociese a mis amigos.

—Dile a tu novio que después iremos al Dirty Dicks —comentó Roxana.

¿En serio? O sea, ¿en serio? ¿Dirty Dicks? No podía quedarme con la duda.

—¿Hay un pub que se llama... «Pollas Sucias»? —pregunté sorprendida, a punto de atragantarme con la cerveza.

Roxana se echó a reír y mientras dejaba su pinta sobre la mesa dio un codazo a Leo.

—Pues sí que aprendes inglés con el italiano... —bromeó.

Las cervezas que llevábamos encima hicieron el resto, a Roxana y a mí nos entró la risa floja.

—¡Moby Dick! —solté, y las dos nos doblamos de la risa, dándonos palmas en el muslo al ritmo de nuestras carcajadas.

Leo no se reía. Él seguía bebiendo a pequeños sorbos y, cuando más distraídas estábamos con nuestras tonterías, pidió la cuenta y pagó.

Era de las poquísimas veces que yo no pagaba desde que estaba en Londres. Bueno, en realidad desde que estaba con Carlo. Últimamente tenía problemas para sacar dinero de Argentina y casi siempre corría yo con los gastos.

El pobre se sentía fatal, tan masculino, tan clásico, tan romántico y sin poder tirar de tarjeta cuando salíamos a cenar o a tomar copas.

—*Non mi piace, non mi piace* —repetía cada vez que yo sacaba la cartera—. *Porco* gobierno argentino... —Luego me acariciaba el cuello, la espalda, un muslo... mmm... y me susurraba entre besos— Este verano viajaremos a Italia, allí te sentirás como una *regina* en mi *palazzo*.

A mí me daba igual que me llevara a Italia, a su *palazzo* o a su *studio*, que por cierto aún no conocía. Con tal de que me llevara con él, yo era feliz como una perdiz.

El caso es que eran las dos de la madrugada y prácticamente todo estaba cerrado. A esas horas Londres es de lo más mojigato. Pero yo necesitaba divertirme, con Leo me sentía como en casa. Así que, aunque Roxana había tenido que dejarnos en mitad de la velada, decidimos seguir la fiesta solos.

—¡La última y nos vamos! —le dije con mirada de gatito de *Shrek* mientras lo llevaba de la mano hacia el único pub que quedaba abierto en la zona.

—Esto no va a acabar bien, Helena. ¿Has visto las pintas de los que están dentro?

Miré al interior del local. Tenía razón. Aquello parecía una concentración de los Ángeles del Infierno.

—Bueno, para eso estás tú, ¿no? —sonreí mientras aleteaba las pestañas—. ¿Dejarías que algo malo le pasase a esta pobre damisela?

—Jamás —respondió mientras entrábamos en el pub.

Está claro que esa noche tomé demasiadas copas, porque mis ojos no vieron al Leo de siempre. Esta vez era otro, más alto, más fuerte, más seguro, más... «Helena, a casa echando chispas —me dije—, ¡no lo estropees, que lo tuyo con Carlo va viento en popa!»

Capítulo 15

Hay algo peor que una resaca: ir a trabajar con la cabeza como un bombo y el estómago hecho una hormigonera. Que también puede ser al revés, porque la moña que me agarré con Roxana y Leo fue tal que al día siguiente me levanté sin saber dónde estaba.

Claro que, por otra parte, eso era de lo más normal. Después de todo, en poco menos de dos semanas había cambiado de casa, de país, de trabajo y casi hasta de novio. Porque lo suyo es que después de cortar con el ex una se conceda un tiempo de recuperación, en plan estar con una misma y todo eso, pero lo mío no fue así. ¡Qué va! Lo mío fue dar portazo a Bob y aparecer Carlo, claro que eso es porque una es de corazón enamorado. Si al final va a tener razón aquel profesor de Microbiología cuando nos llamó idiotas.

Pues eso, idiotizada perdida andaba yo por mi artista. Además, lo entendía bien, su dedicación a la pintura y todo eso. Mientras estudié Enfermería me pasó lo mismo, había noches que no salía para poder estudiar, o quedaba con algún compi para que me echara una mano con Bioquímica, que se me daba fatal. O sea, que entonces mi prioridad *number one* no era el novio de turno, tenía más cosas en mente. Y ahora, que me tocaba estar del otro lado, intentaba pensar en eso cuando me fastidiaba que me avisara a última hora de que no podía quedar.

«Venga, Helena, ¡ponte en marcha!», me dije, obligándome a levantarme de la cama y a arrastrarme hasta la ducha.

Dicen que la resaca se quita con una cerveza, pero no tenía yo el cuerpo para experimentos, así que preferí tragarme dos ibuprofenos directamente, abriendo la boca bajo el chorro de agua para no perder tiempo yendo a por un

vaso. Después me quedé ahí unas ocho horas, bueno, en realidad no llegó a ocho minutos, pero el efecto en mí fue como el de un masaje de cítricos, chocolate y piedras calientes, todo junto. Salí del agua más que renovada, renovadísima. Por eso, del susto que me llevé casi me dio un infarto: en ese momento de relax posalcohólico mi corazón no estaba para sobresaltos. Me encontraba limpiando el vaho del espejo cuando di un respingo.

—¡Ostras, Aneleh! —grité al verla reflejada detrás de mí—. No puedes aparecer así de la nada, qué manía tienes.

—¿En serio te crees la excusa de Carlo? No seas tonta, te la está pegando con otra —me dijo, mirándose en el espejo mientras se atusaba el suflé.

No me dio tiempo de reaccionar. La loca se esfumó y ahí me quedé yo, con la boca abierta del alucine.

—Te dije que dos ibus eran demasiado —oí a Roxana al otro lado de la puerta—. Mientras nada más te dé por hablar sola...

Tenía razón, y eso que yo era la enfermera. Estaba claro que la mezcla del ibuprofeno, el alcohol que aún tenía en sangre y el mono de cafeína me habían hecho ver alucinaciones. Estaba demasiado sugestionada con la exnovia psicópata; en cuanto viera de nuevo a Carlo le preguntaría por ella, necesitaba quitármela de la cabeza.

Duchada, vestida y desayunada, con el cuerpo y la cabeza un poco más en su sitio, enfilé hacia el St. Thomas. Claro que, como cada vez que veía a la Aneleh esa me salía todo al revés, el día no podía más que empeorar y empeorar. Mientras caminaba y wasapeaba con Carlo, ¡pum!, me tragué una farola que casi me tumba.

Allí estábamos los dos, el trompazo y yo, viendo estrellitas como si estuviéramos dentro de un cómic. Aunque eso no fue lo peor, lo peor fue la espantosa vergüenza de oírme decir *sorry* a la farola. Claro que entonces pensaba que había chocado con alguien. Vale que a veces puedo parecer un poco excéntrica, pero de ahí a hablar con el mobiliario urbano hay una línea que aún no he cruzado.

—Una mañana dura, ¿eh? —me dijo Leo nada más verme salir del vestuario, con una taza de café en la mano.

Asentí, con la mirada perdida en el suelo. Leo llevaba unos zuecos blancos pintados con rotulador, al más puro DIY. Me pareció extraño viniendo de él, aunque si lo pensaba, ¿qué sabía de él? Apenas cuatro cosas y el runrún de Didi con que o estaba colado por mí o era gay.

—¿Eres gay? —le pregunté levantando la mirada de sus zuecos.

—¿Otra vez con eso?

Mierda, ya se lo había preguntado. Jarrrr, para una vez que intento acercarme a alguien sin pensar si será el amor de mi vida y el pobre cree que paso de él como de la mi...

—No, no..., es que eres tan... mono... —me apresuré, soltando lo primero que me vino a la cabeza.

«Ay, Helena, que te estás liando —pensé—. ¡Ni que hiciera falta ser gay para ser mono! Vas bien, sigue así, que a este paso Leo pide el traslado a Canadá.» Menos mal que soy tan metepatas como espontánea, más transparente que el cristal, gracias a lo cual entendió que me había trabado intentando explicarme sin conseguirlo. Así que él mismo acabó la frase.

—Sí, soy tan mono que aún no he encontrado mi rama.

Esa era la mía, podía seguir indagando si tiraba de ese hilo, así que probé suerte.

—Entonces ¿eres demasiado exigente? —le pregunté—. A ver, ¿qué le pides a una chica?

Caminábamos por los pasillos de traumatología, a la derecha, escayolas, a la izquierda, una pierna rota, a la derecha, un brazo dislocado, a la izquierda, un señor en silla de ruedas, una cabeza vendada...

—Pues depende, ahora mismo un informe —me dijo parándose de pronto.

—¿Ah, sí? Pero ¿tan mal te han tratado las mujeres para que les pidas un... informe? ¡No me extraña que las espantes!

—Un informe, Helena, el del box 28.

Ups... Estaba sembrada, otra cagadita más como aquella y seguro que acababa las prácticas de inmediato, sin tan siquiera poner una inyección.

—Sí, claro, claro —balbuceé mientras buceaba en la minitorre de informes que llevaba.

Él se cruzó de brazos, apoyado en la pared bajo el cartel de «Please be quiet».

—¡Aquí está! ¡Jeremy Nicholson! ¡Box 28! ¡Fractura de la tibia derecha! —exclamé, dos octavas más arriba de mi tono habitual.

—Ejem..., bien, espero que los de protección de datos no nos sancionen por saltarnos la confidencialidad —susurró, y me guiñó un ojo.

Eso me gustaba de Leo, por mucho que hiciera el ridículo con él, no me sentía ridícula. Le tendí el informe y sonreí...

—Lo siento... —murmuré con cara de gatita abandonada.

Mientras revisaba todo el papeleo, saqué el móvil del bolsillo del uniforme y miré de reojo la pantalla.

Ningún mensaje.

Aun así entré en WhatsApp, porque la aplicación a veces falla y no avisa de que alguien te ha escrito. Pero sí, era correcto, nadie me había escrito. El doble *check* azul en el mensaje que había enviado a Carlo hacía dos horas me decía que sí, que lo había visto.

Mañana horrible de resaca y curro. Hasta los
webs..., ¿qué tal la tuya?

Ahora que volvía a leer el mensaje pensé que quizá no había sido muy acertado. A ver, Carlo hablaba español que te mueres, pero de ahí a entender mi sentido del humor había por lo menos dos másteres en Lingüística. Además, ¿le preguntaba por su mañana?, ¿por su web? ¿Creerá que es un error del corrector? Carlo no se complicaba, su mente era plana como una mesa de laboratorio, así que lo más probable era que si A: no ha entendido mi mensaje, entonces B: pase de él.

Guardé el móvil y volví a lo mío en lo que tardé en pestañear.

—Entonces, dime... —insistí a Leo caminando pegada a él para no abrirme paso a codazos entre la gente.

Pero él ya estaba con el siguiente paciente, comprobando que el gotero funcionara, que en el turno anterior hubieran colocado bien el catéter a la señora del box 31, que el de la cabeza vendada no hubiera vomitado y que hubiera un celador disponible para llevar a radiografía a la chica del box 52 cuando la llamasen.

Leo era eficiente e inexpresivo como una máquina. Estaba pendiente de todo lo suyo y parte de lo mío, pero pasaba a propósito de nuestra conversación. Bueno, lo de «nuestra» es la forma cuerda de decir que, otra vez, estaba hablando sola.

En un momento de la mañana sucumbí, necesitaba azúcar en vena, un kitkat de aúpa, en todos los sentidos de la palabra. Así que fui a mi taquilla, saqué un paquete de Oreo que pensaba zamparme yo solita y regresé a mi puesto, segura de que nadie me vería devorando galletitas en pleno ataque de ansiedad. Apenas pasaron dos minutos y solo me quedaban tres oreos.

Ahí estaba yo, con el marcador Helena 8 – Oreo 3, la ansiedad acumulada en mis caderas, empezando a sentir cómo crecían mis michelines, cuando me llegó un mensaje de Carlo.

Cara, scusi, mi mañana ha sido espléndida. Allora
ci vediamo!!!

—¿Vas a comerte esas también? —oí de pronto a mis espaldas.

—¿Esta vez sí eres tú o vas a volver a esfumarte? —dije al reconocer la voz.

—Yo no me esfumo, querida, voy y vengo a demanda. ¿Te las vas a comer o no?

Aneleh no esperó mi respuesta, adelantó una mano y se llevó una galleta a la boca. Así que, si estaba masticando y tragando, la María Antonieta esta era

real. Y si era real, con ese vestido y ese moño XXL, ¿por qué nadie la miraba siquiera?

A mi lado pasó un bombero con un brazo quemado y la cara irreconocible de lo negra que la tenía por el humo. Una animadora salía del box en una silla de ruedas oculta bajo sus pompones gigantes. Eché un vistazo alrededor, estaba en la sala de urgencias del mayor hospital de Londres, ¿qué esperaba? En realidad Aneleh pasaba desapercibida entre tanta diversidad; si era una loca excéntrica, desde luego allí estaba como pez en el agua.

Eso me encantaba de Londres, no lo de esta pelma clonada, sino lo del *totum revolutum*. Daba igual dónde fuera, yo podía ser yo en cualquier sitio, sin tunearme de ricachona ni de *supersexy girl*. Leo no se transformaba como yo, y Roxana tampoco.

—Carlo piensa que estás forrada —soltó Aneleh con toda la intención de provocarme—. Que eres una ricachona que vienes aquí como otros adoptan cachorros. En cuanto sepa que no cagas oro, adiós a tu gigoló.

—¿Por qué me haces esto? Espera, espera, voy a cambiar la pregunta: ¿qué te he hecho para que me persigas, me hables así...? Si estuviste con Carlo eso ya es historia, se acabó, punto, finito. Ahora está conmigo.

—No tengo nada con él —me contestó en tono cansino—, estoy aquí por ti, solo por ti y nada más que por ti.

—Vale, ya, sí, entiendo... ¿Eres lesbiana? Porque no me van las tías, y aunque me fueran, oye, lo tuyo es acoso y derribo, ¿eh?

La loca empezó a reírse a carcajadas, parecía que le estaba dando un ataque de histeria.

—Cállate —le pedí—, cállate, Aneleh, no quiero llamar más la atención, llevo una mañana horrorosa, a este paso me despiden.

—Helena, piénsalo —me dijo, cortando su risa como quien cierra un grifo—. Siempre te ve hecha un figurín, vestida de lujo y dándotelas de mujer fatal.

—¿Y tú qué sabes de qué me las doy, eh? —le solté, para pararle los pies—. Anda que tú... Mira quién fue a hablar, lady Aneleh del Me Ves y No Me

Ves.

Otra vez que abrió el grifo ese de la risa, y ahora las carcajadas le salían a borbotones.

—Pero qué gracia tienes —torpedeó entre risas—, lástima de lo poco que te sirve.

—Por favor, enfermera, ¿la sala de escayolas? —preguntó una chica vestida de animadora—. Acaban de llevar a mi amiga.

Ni siquiera tardé cinco décimas de segundo en indicarle que todo recto hasta que viera el cartel de «Plasters», pero en cuanto me giré hacia Aneleh, ella ya se había ido. Sin embargo, juro que oí su voz advirtiéndome en plan madre:

—Luego no digas que no te lo avisé: aún estás a tiempo de pasar de él.

Capítulo 16

Mi armario es lo más parecido a Jekyll y Hyde, o sea, esquizofrénico total pero en plan *fashion*. Lo mismo cuelgan de las perchas fendis, armanis y guccis que primarks, zaras o nirus. Una parte de mí no quiere desprenderse ni de coña de esos modelazos que esconden donde sobra y sacan donde falta. Es que me quedan como un guante, me hacen alta, sofisticada, sexi, interesante..., Matahari total. Otra parte de mí se harta ya un poco de tanto postureo, solo quiere levantarse de la cama y calzarse unas mallas de Decathlon para ir a por cruasanes con la pestaña pegada. Pero cuando Carlo se queda en casa a dormir todo mi yo se transforma en una versión ricachona de Emma Watson. Cambio mi pijama de nubecitas por un picardías lujurioso y destierro mi batamanta para ir medio en bolas dentro de un quimono transparente. Incluso estuve a punto de dejar mis babuchas de peluche y ponerme tacones.

—*Too much tap tap tap!* —me dijo un día la vecina de abajo, hermana de Matusalén, señalando el techo de su casa.

Y gracias a eso no voy taconeando por el pasillo con los Manolo Blahnik cuando Carlo está aquí.

Aquella mañana, como todas en las que nos despertamos juntos, había puesto la alarma cinco minutitos antes que la suya. Lo justo para levantarme, hacer pis, ¡por Dios, qué vergüenza cuando suena el chorrillo contra el agua!, y adecentar un poco cara y pelo. Con esa mínima rutina me aseguraba de que siguiera reconociendo en la Helena del desayuno a la misma Helena desatada que había estado a punto de incendiar la cama con la pasión de la noche anterior.

Con toda la intención de quien lo hace a posta, cada vez que Roxana dormía

fuera, Carlo y yo nos montábamos un plan que solía acabar en mi casa. Nunca íbamos a la suya, a su piso *di un solo uomo*, como él decía juntando las yemas de los dedos mientras miraba al cielo. Imaginaba que el apartamento de soltero de un pintor debía de estar preparado para todo menos para recibir a la novia, o sea, que debía de tenerlo más guarro y bardal que una casa okupa.

Roxana se hacía la loca, como que no se enteraba de que el pisito de amigas se convertía en un picadero, y yo estaba feliz de poder hacer vida parejil en lo que convertimos en nuestro nidito de amor.

—Quiero traer alguno de mis cuadros para que te acuerdes *di me* —decía Carlo de vez en cuando, normalmente después del sexo, mientras nos quedábamos mirando las paredes blancas de mi habitación.

Me habría encantado tener la casa llena de pinturas suyas, pero apenas le daba tiempo de terminar lo que tenía entre manos y ya lo había vendido.

El caso es que esa mañana él se despertó antes que yo. Algo pasó que la alarma no sonó, ni lo oí levantarse, ni me llegó su perfume, ni silbó la cafetera. Vamos, que me quedé roncando, hecha un tronco. Carlo se marchó a sus cosas mientras yo seguía incrustada en el colchón. Aquella mañana nada me sacó del sueño profundo. Y ahí me habría quedado, belladurmiente perdida, de no ser por el ring ring riiiiing del comercial de turno que se quedó pegado al timbre.

Allá que fui a abrir la puerta, inconsciente total de mi cara de *walking dead* y de mis pintas de gogó porno.

—Tengo de todo, gracias —dije nada más abrir la puerta para ahorrar saliva al comercial.

Cuando fui a cerrar, mis ojos, que no habían levantado la mirada del suelo, vieron unos zuecos blancos con grafitis. Solo podían pertenecer a una persona en todo Londres y parte del extranjero: eran *made by* Leo cien por cien.

—Y yo preocupado porque no habías venido al hospital —saludó secamente.

Aquellas palabras sonaron fatal. No era el dulce Leo, comprensivo y

condescendiente. Esta vez estaba serio.

—¿Llevas... el uniforme? —pregunté sorprendida.

Era obvio que sí, venía directamente del St. Thomas.

—¿Y tú? —atacó.

Uy uy uy. Aquello sonó como un lanzamiento de cuchillo. Su pregunta se clavó junto a mis pantuflas de purpurina y lentejuelas. Era un dardo envenenado que, sí, me había hecho daño.

—Yo...., bueno, yo estoy en mi casa —escupí, cruzando los brazos como si así estuviese más protegida.

Leo carraspeó, se rascó la nuca y entró como si le hubiese invitado.

—Claro, claro, perdona... —balbuceó torpemente—, es que tenemos mucha presión hoy en el hospital y todas las manos son pocas.

Eso era una mentira como una catedral, me di cuenta enseguida, y él se dio cuenta de que yo me había dado cuenta. Así que se creó un silencio más incómodo que los asientos del metro.

—¿Un café? —le ofrecí, con la buena intención de tender un puente.

—¿Estás sola?

Lo preguntó sin atreverse a mover los ojos, quizá por miedo a encontrarse con alguien o, quién sabe, quizá para que no se le fueran a cualquiera de mis partes.

—Voy a cambiarme —le dije a modo de respuesta.

No me daba la gana de contestar que sí estaba sola. ¿A qué venía esa pregunta? ¿Y lo del uniforme? Y ¿qué era eso de que yo hacía falta en el hospital?

—Mierda —solté cuando llegué a mi habitación.

Me habría venido de perlas que hubiera estado Roxana o Carlo..., hasta la loca de Aneleh. Claro que esa solo aparecía cuando estaba con *il mio ragazzo*, como decía mi chico. Ya podía venir ahora y sacarme de esa.

No me apetecía estar enfadada con Leo, era un santo y muy buen amigo.

—Ya estoy —solté apareciendo en el salón con el chándal más viejo que

tenía para estar por casa.

Me miró y noté cómo se ablandaba. Enseguida volvió a ser el amable y servicial Leo de siempre.

—Vaya, no sé qué has hecho con la otra Helena —bromeó—. De todas formas, me alegro de que se haya ido.

Estaba claro que Leo conocía la casa, porque mientras yo me cambiaba él había hecho café. El inconfundible aroma me reconfortó más que uno de sus abrazos de oso. ¡Necesitaba cafeína en vena!

—Siento que hayas tenido que venir —dije después del primer sorbo.

Me acurruqué en la esquina del sofá, sentada a lo indio, soplando la taza que tenía entre mis manos. No parecía un día normal, me refiero a que no parecía un lunes o un miércoles. Aunque la verdad era que no sabía en qué día de la semana estábamos.

—No pasa nada, estaba preocupado, nada más —añadió él enseguida.

—Eres un encanto, Leo...

—Soy mono —se burló él.

—No, en serio, te estoy superagradecida, siempre te portas fenomenal conmigo.

—Yo también he sido recién llegado en Londres, hace tiempo. Tuve mucha suerte, di con gente que me lo puso todo muy fácil. Supongo que quiero devolver ese favor.

—Aún me parece un sueño estar aquí —susurré después de una pausa de silencio.

Era como si estuviese hablando conmigo misma.

—Yo también tuve esa sensación durante un tiempo —aseguró él—, y ahora que estás tú aquí, a veces vuelve a parecérmelo.

—Si no fuera porque somos amigos pensaría que me estás tirando los tejos —me burlé.

Leo se sonrojó y empezó a jugar con el móvil.

—Al final estás solo —siguió—. Londres lo es todo, lo tiene todo, están

todos, pero tanto es demasiado. No sé si me explico.

A ver, que se me estaba poniendo profundo y yo no estaba preparada para una conversación interesante. ¡Acababa de quitarme el picardías, por Dios! Necesitaba unos minutos, una mínima transición entre mi versión porno y la de andar por casa. Pero me encontraba tan a gusto que no me costó nada sincerarme.

—Yo tengo miedo de que esta aventura salga mal. ¡No me imagino de nuevo en casa de mis padres!

—¿Dónde vas? ¿Cuándo vuelves? ¿Quién te llama? —disparó Leo como una metralleta imitando a cualquier madre.

—Ja, ja, ja, exacto —me reí; había clavado la imitación—. Sí, ya tuve bastante de eso hasta que me subí al avión.

—Familiares y trastos viejos... —comenzó él, sin terminar el refrán.

—Quiero que salga bien, en serio, realmente bien. En el St. Thomas, con Carlo... —tomé aire para continuar—, aunque hay algo que no encaja. Pensaba que viniendo aquí todo sería diferente, pero sigo equivocándome como cuando tenía diecisiete años.

—Qué suerte, ¡aún eres menor de edad, entonces! —bromeó él.

—Pues debe de ser así, porque entonces creía en el amor para toda la vida, y ya ves, ¡me paso la vida buscando el amor!

Leo carraspeó y dio otro sorbo a su café.

—Tienes a Carlo...

—Carlo... —repetí.

Asentí con la cabeza mientras miraba la alfombra como si estuviera descifrando un mensaje escrito en ella.

—Me gusta todo de él, sí, en serio, es..., no sé, como yo me imaginaba a un tío. Atractivo, interesante, seguro de sí mismo, sexi...

—¿Pero...? —me apremió para que siguiera hablando.

—Pero hay algo que no encaja. ¡Bueno, bueno! Quiero decir que siento que hay algo que no encaja. Quizá solo sean imaginaciones mías.

—O quizá sea simplemente miedo —añadió él, con la mirada clavada en la alfombra como yo.

—¿Tú crees? Pero si lo encuentras, a él, o sea, a ÉL, ¿por qué tienes que tener miedo?

Leo seguía con la mirada perdida en la alfombra, parecía que estuviera buscando en ella una respuesta que darme. Me sentía como si hablase con una nueva mejor amiga; en Leo encontraba las disparatadas salidas de Didi y la comprensión de Roxana. Siempre había sido así entre nosotros: amistad de la buena, solo que ahora era distinto. En Londres me sentía más cerca de él, más lejos de Didi, de Edu, de Tina.

—Tengo miedo de estar sola —me sinceré antes de acabarme el café de un trago.

Luego me puse de pie y respiré profundamente.

—¿Quieres otro? —le ofrecí, apuntando a la taza.

Después de confesar algo así necesitaba un cambio de escenario. ¡Que estaba abriendo mi corazón de par en par a un hombre! Enfilé hacia la cocina y preparé otra cafetera.

—Ojalá fuera como tú —dije mientras encendía la vitro.

—Pues yo prefiero que seas chica —se rio él desde el salón.

—Qué tonto eres —dije con cariño—, sabes a qué me refiero. Eres responsable, siempre sabes lo que quieres, independiente...

—Todos tenemos nuestras cosas, Helena —me cortó, apareciendo de pronto en la cocina.

—Hum, así que tú también tienes miedito a algo, nunca lo hubiera imaginado. ¡Te veo tan seguro de todo...!

No tenía ni idea, pero quizá aquello de #idiotizados era una pista de lo que ocurría en su corazoncito.

—¿Algo interesante en Instagram? Seguro que estás idiotizado total por alguna boba que no ve todo lo que vales.

—O lo ha visto y no es para tanto —quiso bromear, aunque sonó un poco

triste.

—¿Estás de coña? ¡Si eres un partidazo!

—Oye, que hablábamos de ti y de tu novio, no cambies de tema.

Estaba claro que quería echar balones fuera, pero seguimos charlando un poco más de él antes de que se fuera. Me puse en plan detective y al final pude ver a qué le tenía miedo: ni más ni menos que al ridículo de verse rechazado. En parte lo entendía, alguien como Leo, tan honesto, tan comprometido, tan tímido, tenía pánico a abrir su corazón y que se rieran de sus sentimientos. Quizá por eso lo de #idiotizados, sus fotos con la palma de la mano abierta mirando hacia arriba diciendo que buscaba a alguien especial. Era mucho más fácil para él que plantarse ante una chica y soltarle lo de «¿Estudias o trabajas?».

—Bueno, entonces ¿te apuntas? —oí de pronto, y la pregunta me sacó del ensimismamiento.

—Ay, perdona, que me había quedado en Babia —me disculpé, porque no tenía ni idea de qué me estaba diciendo.

—A la carrera de Wallys —dijo mientras se levantaba para irse.

—¿Wallys? —repetí para ganar tiempo; seguía sin tener ni idea de qué hablaba. ¿No podía ser un poco más explícito por segunda vez?

—En Clapham Common, puedes hacer uno, cinco o diez kilómetros.

—Me apuntaré a uno, no querría morir sobre el asfalto —bromeé toda seria, y que conste que un kilómetro ya me parecía demasiado.

—Venga, no seas perezosa, yo te ayudaré —se ofreció entusiasmado—. ¿Harías cinco?

Creo que le dije que sí, no estoy muy segura. Tampoco tenía claro eso de la carrera de Wallys, quizá fuese una enfermedad rara, tendría que investigar. Lo que tenía claro es que no iba a preguntárselo a él, no fuera a ser que ya me lo hubiera dicho treinta veces, y yo, con esa mañana de sordera y ensimismamiento, no me enterase ni a la de treinta y uno.

—¡Todo sea por Wally! —acepté, lanzando un gancho al aire.

Leo sonrió y antes de irse me dijo:

—Prepárate y vete al hospital. Diré que hoy tenías turno de tarde, no puedes faltar, ¿de acuerdo?

Asentí como un niño al que han pillado haciendo pellas y le dan la oportunidad de enmendarse.

—Gracias, Leo, en una hora estoy allí.

Cerré la puerta, apoyé la espalda en ella y me tapé la cara con las manos. «Joder, Helena, que estás en el mayor hospital de Londres y te la juegas así.» Esta vez no hizo falta que apareciera Aneleh para cantarme las cuarenta, me basté yo solita.

«Bueno, al menos has hecho algo bueno: apuntarte a hacer deporte», me dije para darme ánimos.

Y empecé a vestirme, ignorante total del lío en el que me acababa de meter.

Capítulo 17

Carlo no era un hombre de deporte al aire libre, literalmente odiaba correr, lo pasaba fatal. Y todo por una lesión que tuvo cuando era joven que le dejó las rótulas hechas polvo. Él, que había estado a las puertas del deporte profesional, a sus veintiocho años se veía limitado a hacer pesas y sudar en las elípticas de los gimnasios. Vamos, que no podía contar con que entrenáramos juntos, y mucho menos que se apuntara conmigo a la carrera de Wallys.

—Cuando era *piccolo* jugaba en la cantera del Milano, luego me fichó la Juventus —me explicó un día mientras estábamos tumbados bajo la sombra de un arce en el Archbishop's Park.

Había ido a buscarme al hospital en plan sorpresa, con una margarita gigante escondida detrás de la espalda. Yo salía de mi turno de noche, eran las nueve de la mañana y, aunque estaba más destrozada que las revistas de la sala de espera, no tenía ni gota de sueño. Me dirigí a la salida pensando en un desayuno continental, de esos que ponen en The Corner Coffee, con su cruasán recién hecho, su beicon frito, su zumo y su, ay, sí, delicioso, cremoso y aromático café rico rico.

Pero ni siquiera pude enfilarse hacia Hercules Road, porque justo al salir del edificio, ahí que me lo encontré: imponente, superatractivo, apoyado en la barandilla de cristal. En cuanto me vio arrancó hacia mí con esa sonrisa suya de chico malo que tanto me ponía.

—*Buongiorno, bella* —me susurró al oído, deslizando su mano por mi cintura.

Ahí mismo nos quedamos, besándonos como leones. Enseguida encontró el

modo de llegar a mi piel, nada difícil, por otra parte, porque iba yo con el uniforme más suelto que un poncho XXL.

—*Facciamo colazione?* —preguntó con su voz ronca y viril mientras miraba el reloj.

Tras varios malentendidos en el tiempo que llevábamos juntos ya había tenido oportunidad de deducir que me preguntaba si desayunábamos. Es que eso del *facciamo colazione* al principio me sonaba como muy guarro. Claro, solía decirlo después del polvo de la mañana, así que pensaba yo que era algo así como «¿Qué, otro quiqui?». Pero resultaba que no, que lo que quería mi semental era reponer fuerzas. Así que esta vez tuve clarísima la respuesta.

—Pensaba ir a The Corner Coffee, está aquí al lado, verás qué rico todo lo que ponen.

—He vendido otro cuadro —me dijo, aunque no parecía contento.

—¡Enhorabuena! Pues lo celebramos ahora mismo con un desayuno *king size* —contesté, comiéndomelo a besos mientras caminábamos.

—Pero no me han pagado —lamentó.

El asunto de siempre: el pobre tenía toda su fortuna bloqueada en Argentina y lo que ganaba al vender sus obras se lo quedaba *il stato italiano* por un problema de impuestos de sucesión que no pagó al fisco cuando heredó los *palazzos* de su familia. Así que ahí estaba el heredero de la fortuna Lombardi Santoro Favarolo, viviendo de las migajas que esta mortal se empeñaba en darle.

—Yo pago, *no preoccuparti!* —le dije agarrándolo de la cintura—. Este verano pienso recuperarlo todo con intereses en tu *palazzo* de Sicilia.

—*Non ti preoccupare* —me corrigió él.

Aunque a mí me sonaba todo bien, *preoccuparti, preoccupare...* Si se trataba de entendernos, nos entendíamos a la perfección, tanto en vertical como en horizontal.

Después del homenaje que nos dimos, todo estaba para chuparse los dedos, ¡y vaya si nos los chupamos!, qué menos que un paseíto por el parque.

—*Non posso, non posso* —repetía Carlo mientras se sacudía las migas de su polo Ralph Laurent—. Tengo que ir a trabajar.

Tanto le insistí, o le puse tal carita de Calimero, que al final se dejó arrastrar hacia Archbishop's Park. Caminamos por Virgil Street hasta Carlisle Lane, dejamos atrás las casitas londinenses, bordeamos la valla del parque hasta llegar a una verja abierta y allá que entramos, agarraditos de la mano.

Allí fue, bajo los enormes arcos del parque, tumbados como dos quinceañeros que buscaban corazones en las nubes, al menos yo lo hacía, donde Carlo me habló de su infancia y de la sombra que toda su vida había sentido sobre él.

—Cuando la Juventus me vio enseguida quiso que jugara con ellos —recordó, mientras mordisqueaba una brizna de hierba.

«Vaya, Helena, ahora que te va a abrir su corazoncito te caes de sueño», me dije.

—Estás tú lista si crees que este te va a abrir su corazoncito —oí a mi derecha—. Solo te va a abrir la cartera.

—No. No. No. Otra vez tú no —salté, levantándome como si me hubieran pinchado el culo con una aguja.

—Si ya me iba —dijo ella mirando su reloj.

—¿Hoy no vienes disfrazada? —pregunté al verla en *leggings* y *top*, sudando como si acabara de ducharse.

—Helena, *cosa succede?* —preguntó Carlo, intrigado al verme ahí hablando sola.

—Yo ya estoy entrenando para la carrera de Wallys, ¿deberías hacer lo mismo! —oí a lo lejos a Aneleh, corriendo como si nunca hubiera llevado medio metro de moño sobre la cabeza.

—¿Te ha molestado alguien? —quiso saber.

Uy, eso me encantó tanto que me olvidé de la loca por un momento. ¿Que si me había molestado alguien? Hummm, ¿se estaba poniendo celoso?

—¡Mosquitos! —solté de pronto dando manotazos a diestro y siniestro—.

Por todas partes. ¿A ti no te han picado? A mí me huelen a kilómetros. Les hablo y todo para espantarlos, por eso dije lo de «¡Otra vez tú no!». Creo que siempre me pica el mismo bicho.

Carlo me miró con una cara que no me gustó nada. Quise decirle: «Yo no soy la que está loca, tu ex sí que está como una regadera, que no me deja en paz». Pero aún no tenía claro si había habido o no temita entre ellos, así que preferí volver a su infancia. Seguro que si me limitaba a escuchar, y nada más que a escuchar, no metería más la pata.

—Hablábamos de la juventud —recordé para reconducir aquello.

—¿La juventud? —se extrañó Carlo—. *Ma che gioventù?* La Juventus, Helena, la Juventus. *La più grande squadra di calcio in Italia!*

Vaya, no solo había metido la gamba hasta el fondo, además acababa de descubrir lo importante que era el fútbol para este hombre. Vaya fiasco, yo que lo veía yendo conmigo a Pilates, iniciándonos juntos en el veganismo y todo ese rollo espiritual, al final iba a ser que no, que el tipo era un apasionado futbolero. Con lo poco que me gustaba a mí eso del balón...

—¡Menos fornicación y más conversación! —oí que gritaba Aneleh mientras regresaba corriendo de dar la vuelta al parque.

—¿Otra vez aquí? Ni que tuvieras alas, qué velocidad —le espeté.

Carlo agarró su chaqueta y comenzó a ondearla en el aire, como si fuera una bandera.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté desconcertada.

—Espantar a esos mosquitos, *bella* —me dijo el pobre.

Estuve a un tris de decirle que ni mosquitos ni mosquitos, que lo que había era una mosca cojonera. Pero opté por callarme, no quería parecer en aquel momento una novia celosa de una exnovia celosa. Eso dejaría mi ego por los suelos, y no habría glamur ni kamasutra que recompusiese mi imagen de demente desatada.

Unas cuantas confusiones después pude enterarme de que Carlo había sido seleccionado por la Juventus, no la juventud, Helena, por favor, pero tuvo una

lesión en la rodilla que lo retiró del fútbol profesional y truncó su prometedora carrera deportiva para siempre.

—Pues mira, como Julio Iglesias —le dije para darle ánimos.

—*Che cossa?*

—Pues que él también tuvo que dejar el fútbol y por eso descubrió lo de cantar —le expliqué—. A ti te ha pasado lo mismo, solo que tú pintas.

Según mis conocimientos de psicología aquello debería haberlo animado, pero fue que no; por alguna razón que no alcancé a comprender, Carlo se vino abajo.

—Ya quisiera yo tener mi fortuna disponible como él —susurró como si se lo estuviera diciendo a sí mismo.

Ay, qué pena me dio. Debía de ser muy duro vivir así, haber crecido y haber sido educado en el lujo, en la riqueza, rodeado de todo tipo de cosas que mi vida de chica normal no alcanzaba ni a imaginar. Cómo lo admiraba, esa capacidad suya de adaptarse a las circunstancias, su forma de resignarse a los varapalos de Argentina y de Italia, con toda su fortuna allí, sobradísimo de un dinero que no podía tocar. Además, apostando por su pasión, eso era admirable lo mirara como lo mirase. Yo, que había descubierto mi gusto, no llegaba a pasión ni aunque lo empujase, por la enfermería, que había roto la tradición de generaciones de médicos entregados a la causa, entendía bien lo que era encontrar tu vocación. Bueno, entenderlo, lo que se dice entenderlo, en realidad, no, pero admirarlo, sí, y mucho.

Carlo se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. En ese momento me habría quedado dormida allí mismo, porque ya serían como las once de la mañana y lo de ir de empalmada al siguiente turno lo veía misión imposible. Eso a los veinte, sí, que salía de noche y me metía en la facu sin pasar por casa. Pero ahora estaba que me caía, yo creo que por eso volví a ver a Aneleh, pura alucinación, producto de no haber dormido durante más de un día.

—Ves lo que quieres ver, Helena; este no es tu hombre por mucho que te empeñes —dijo mientras hacía unas flexiones.

Se había colocado muy cerca de nosotros, tanto que parecía que estábamos los tres juntos. Aquel era el momento perfecto para solucionar aquello de una vez por todas. Me di la vuelta, lista para decirle a Carlo que si conocía a esa chica, que si era su novia, que si bla bla bla. Lástima que se adelantara él, se puso a hablar mientras yo, que seguía en sus brazos, me dejaba besar el cuello con sus labios carnosos.

—Helena, me da mucha vergüenza, *ma* necesito dinero —susurró en mi oído.

Apreté un poco más mis brazos contra él, unos milímetros más y me convertiría en exprimidor, pero es que Carlo era un *sole* como una catedral. Aspiré su aroma como si estuviera esnifándomelo, acurruqué mi cabeza entre sus pectorales; aquello, duro como el mármol, no se podía llamar pecho, y pensé en cuánto tendría que haberle costado dar ese paso. Abrí los ojos para mirar a los suyos, quería transmitirle confianza, que supiera que podía contar conmigo para lo que fuese.

—¿Cuánto necesitas, amor?

Él besó mi frente con ternura y apoyó su barbilla sobre mi cabeza. Me tenía tan atrapada entre sus brazos que apenas pude oír:

—*Duemila euro...*

Capítulo 18

Llegué a casa y me tiré sobre la cama. Ni me quité el uniforme. Me quedaba energía para lo justo: echar las cortinas y arrojarme con el edredón; no tenía el cuerpo ni para ponerme el pijama, mucho menos para pasar por el baño y enredarme en el ritual de limpiarme el cutis, lavarme los dientes, cepillarme el pelo... Así que me hundí en el colchón y me abandoné al sueño.

A lo lejos oía el tráfico de Londres, un runrún de fondo que me adormecía. La ciudad más trepidante del mundo me mecía con sus cláxones, sus motores, su gentío. Roxana trasteaba por la casa, el eco de los cacharros, sus tacones en el baño, el rumor de la cisterna..., los familiares sonidos de mi nuevo hogar se alejaban cada vez más, acallándose para respetar mi sueño y mi descanso.

El profundo aroma del café llegó desde la cocina, mmm, delicioso, intenso, inconfundible.

—¿Una tacita?

Roxana era superamable, la mejor compañera de piso que había tenido hasta ahora, claro que también era la primera. Pero bueno, eso no le restaba valor, era estupendo vivir juntas. A veces sentía como si fuera la hermana que nunca tuve, que esto de ser hija única está muy bien, pero a veces es un aburrimiento total. Y en eso Rox se había ganado mi corazoncito. No sacaba punta a las cosas, como Didi, ni era tan pasota como Tina, sino que era... La verdad es que era la versión femenina de Leo: educada, amable, servicial, con un punto de humor inteligente que me encantaba. Quizá por eso no había salido bien lo suyo, porque eran demasiado iguales.

—Bueno, aquí te la dejo, para que te incorpores antes de darle un sorbo. Tampoco es cosa de tomártelo tumbada, no se vaya a derramar, que ya

sabemos luego quién lava.

Aquello me sonó a reproche, y como una tiene el botón de la indignación muy a mano, me levanté como un resorte para protestar. ¿Qué era eso de que ya sabemos luego quién lava? Como si solo lavara ella, a ver si estaba yo confundida y Roxana no era tan mosquita muerta como parecía...

—Joder, tía, ¿otra vez? Ya está bien, ¿no?

La habitación estaba en penumbra, Londres no es una ciudad muy luminosa precisamente, y la poca luz que entraba apenas me dejaba ver con claridad. Eso sí, hay siluetas que reconocería incluso tocándolas con la yema de los dedos. Siluetas como la de Mickey Mouse, Mary Poppins o... María Antonieta.

Me incorporé en la cama y me quedé mirándola unos segundos mientras los ojos se me acostumbraban a la oscuridad. Pronto pude ver que no era Roxana, esta vez Aneleh estaba en su versión tarta nupcial, con ese vestido gigante, las mangas abullonadas como si fueran globos inflados y ese peinado que parecía un algodón de azúcar.

—¿Sabes? Yo también estuve enamorada una vez, sé cómo te sientes.

Vaya, parecía que la mosca cojonera había cambiado el disco. Ya no era el soniquete de «Carlo no es para ti», sonaba diferente, más tranquila y serena. Porque esta tía, además de aparecer cada vez que me veía con Carlo, se esfumaba a toda castaña, era un visto y no visto, lo más parecido a «hago chas y aparezco a tu lado» pero al revés. Esta hacía chas y se esfumaba a la velocidad del rayo.

Me la quedé mirando, no sabía si decirle «¿Al fin me vas a contar tu historia con Carlo?» o si callarme y dejarla hablar. Opté por lo segundo.

—Se llamaba Aethelstan. Era alto, de piel morena bronceada por el sol que baña el mar del Norte, su pelo era negro y enmarañado como las redes de los pescadores, sus brazos eran fuertes como la madera que trae las olas, sus piernas...

—Ya, ya, que estaba muy bueno, vale, ¿y...? —la interrumpí bruscamente.

Le había dado la vena poética y si no la conducía un poco la veía

recitándome la *Odisea*. Con tanta literatura no iba a enterarme de lo importante, a ver si llegaba al meollo antes de que se me enfriara el café.

—Aethelstan, mi noble piedra... —siguió Aneleh, sin apearse de la poesía.

—Sí, sí, tu noble piedra que te ponía mirando a Cuenca..., ¿y?

La María Antonieta me miró sin comprender ni jota.

—Cuenca, sí..., o sea... —empecé, acudiendo a los gestos para que me entendiera.

No entendió nada, así que desistí. «Lo mejor será que te estés calladita y escuches», me dije. Aunque hablase como Cervantes, era la única forma que tenía de conocerla un poco más allá de su soniquete para alejarme de Carlo.

—Aethelstan era honesto e íntegro, como su hermoso nombre dice...

—Ah —la interrumpí sin querer, acababa de enterarme de que el nombre del chico significaba noble piedra, o sea, que lo de esta poeta no era poesía, sino erudición, vaya con la María Antonieta.

—Sus largos viajes por el mar del Norte lo alejaban de mí durante meses, a veces años. Pero mi amor era tan puro y sincero que a su regreso él siempre me encontraba esperándolo.

—Pues vaya —se me escapó.

—Una vez el mar estaba tan furioso que Aethelstan y sus marineros tuvieron que aplazar durante semanas su partida. Fueron los días más dichosos de mi vida, hasta que me confesó la causa de sus continuos viajes.

Aneleh tomó aire y durante unos segundos permaneció callada. Reprimí el impulso de agarrarle de las manos y decirle «cuenta, cuenta», como hubiera hecho con Didi o con Roxana, pero me contuve.

—Ese día supe que Aethelstan era ilegítimo.

—Bueno, mujer... —susurré dándole ánimos.

Esta vez sí la tomé de la mano, la pobre se había venido abajo contando su historia, y la verdad, a mí no me parecía para tanto. ¿Ilegítimo? ¡Si eso ya no se llevaba, por Dios!

—Verás, Egwina, su madre, no era noble.

—Ya, no era tan honesta e íntegra como tu chico... —dije, recordando lo que había dicho del Ateltán ese poco antes.

—Sí, lo era, pero su esposo anuló el matrimonio cuando fue nombrado rey de Wessex —explicó—. No quería una mujer de baja condición social, así que Aethelstan y sus dos hermanos fueron declarados ilegítimos.

—Ya, ya —balbuceé alucinada.

—Ese día mi amado Aethelstan me explicó que intentaba conquistar el apoyo de los mercios, en cuyo reino fue criado por orden de su padre.

—Ah... Por eso viajaba tanto, claro, no era pescador, era..., era... —repetí sin encontrar la palabra.

Aneleh hundió su mirada entre sus manos para ocultar las lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas. La pobre, con lo mal que me caía antes, y resulta que tenía una historia *superheavy*.

—Era un jeta, Helena —soltó de pronto, endureciendo las facciones y apartándose las lágrimas de un manotazo.

Ay, madre, ¿qué me había perdido? Si es que eso de las dinastías solo lo sigo en los culebrones, si me sacan de ahí pierdo el hilo en la primera infidelidad.

—Helena, el amor me tenía idiotizada, lo amaba tanto que habría comido tierra de su mano pensando que era la refinada harina del pan blanco. Aethelstan no era noble...

—¿Y lo de tu noble piedra...? —pregunté, a ver si volvía al punto en el que me había perdido.

—Olvídate de eso, es un nombre nada más, un significado como otro cualquiera. No tienes más que pensar en tu nombre, Helena, bella como la aurora..., con eso te lo digo todo.

¿Me estaba llamando fea a la cara? Joder, joder, qué fuerte con la María Antonieta, si es que no daba puntada sin hilo. Pues ¿no va y me cambia de tema así, zas, para meterse conmigo? Pero no quise dejarme llevar por lo que me pedía el cuerpo: soltarle cuatro frescas. Quizá aquello no era más que una

cortina de humo para distraerme y no seguir con su historia, justo ahora que se ponía interesante.

—Aethelstan era pobre como una rata, odiaba el mar y huía del trabajo como quien escapa de la peste —dijo de carrerilla.

«Toma pastilla de goma —pensé—, vaya chasco que se tuvo que llevar esta infeliz.»

—Pero si odiaba el mar y era más vago que la chaqueta de un guardia, ¿por qué salía a navegar tanto tiempo? —pregunté, porque no me cuadraba nada.

—Helena, hija, abre los ojos, que no te enteras: Aethelstan no pisó un barco en su vida. Eso sí, iba de puerto en puerto viviendo del cuento.

La piedra noble que ni era piedra ni era noble, el hijo del rey que ni era hijo ni era rey y ahora el marinero que no navegaba pero iba de un puerto a otro. Joder con la poeta, ¿es que no podía hablar sin rodeos?

—Mi amado Aethelstan se desposó conmigo y con tres inocentes más —dijo, alto y claro, al fin.

Ya lo entendí, ¡Aethelstan era polígamo!

—Cuando se hartaba de una, de su comida, de su techo y de su cama, se iba una temporada a visitar a otra.

—Qué putada, Aneleh, cuánto lo siento —le dije con toda la sinceridad del mundo—. Debe de ser horrible descubrir que no eres el único amor del amor de tu vida.

—No quise creer a quien me avisaba —siguió—. Cuando estás enamorada estás idiotizada y no ves más allá de lo que quieres ver.

—Te entiendo, no sé qué haría si a mí me pasara algo así. Qué capullo.

Estuvimos en silencio un tiempo, imagino que cada una pensando en nuestras cosas. Yo no había vivido una traición así de gorda, pero había sufrido lo mío. Con mi manía de creer en el príncipe azul, en los amores que duran para siempre y todo eso, ya me habían roto el corazón más de una vez.

Yo quería creer en el amor, en el de mis padres, en el de mis abuelos, en el «fueron felices y comieron perdices». Sin embargo, aún no lo había

encontrado, ¿o sí? ¿Sería realmente Carlo el amor de mi vida, el príncipe de mi cuento? Estar con él era como pasar un día en el parque de atracciones, con el estómago lleno de mariposas, encandilada con sus maneras, sus proyectos, sus promesas.

Quería que lo nuestro funcionase, quería quedarme con él todo el tiempo, todo el rato, conocerlo de verdad, abrirle mi corazón, confesarle mi miedo a estar sola, a no ser amada.

—Qué duro es cuando descubres que no te quieren, ¿verdad? —dijo, leyéndome la mente.

No le contesté, yo tenía a Carlo, me gustaba todo de él, bueno, menos lo de que fuese futbolero, y a él le gustaba todo de mí.

—Somos capaces de hacer cualquier cosa para que nos amen —siguió, como si hablara sola.

Bajé la cabeza hacia el pecho y vi las nubes blancas de mi pijama. Qué extraño, si me había ido a la cama con el uniforme de enfermera. Aunque..., ¿qué más daba? Miré a Aneleh, llevaba puesto mi picardías, bueno, quizá ella también quería dormir. Pensé en lo curioso que era verla, tan parecidísima a mí como una gota de agua a otra, tuneada como yo cuando pasaba la noche con Carlo. Prefería mil veces el pijama, tan suave, cálido y cómodo como las parejas que pierden la cuenta de los años que llevan juntos. Sin embargo, ahí seguía yo, disfrazándome de *femme fatale* cada vez que el nuevo amor de mi vida se colaba en mi cama.

—¿Por qué? —oí a Aneleh.

—Porque no quiero estar sola —me escuché decir.

—No lo estás, Helena; te aman sin tú verlo, estás cegata perdida.

—Estoy idiotizada

—Pues sí... #idiotizados.

Un aroma intenso e inconfundible entró directo en mis fosas nasales. ¿Aneleh había preparado café? Pero ¡si no se había separado de mí ni un segundo!

—Hummm.. Qué bien huele... —ronroneé.

—Cariño..., chist... chist..., Helena... Despierta...

La voz de Roxana se volvió más clara y nítida.

—Vamos, arriba, dormilona.

Capítulo 19

Pasaron varias semanas después de aquel sueño tan raro. Lo sé porque al final acabé tirando el café sobre el edredón y cuando la mancha ya hizo costra me decidí a llevarlo a la lavandería. Ahí iba yo aquel día, cargada con la ropa sucia, maldiciendo una vez más que en Londres: uno, la gente no tenga lavadora en sus casas, ¡en el siglo XXI, por favor!; y dos, haya poquísimas lavanderías en mi barrio. O la gente era tan limpia que no le hacía falta lavar su ropa a diario o era tan guarra que le daba igual llevar la misma camisa dos semanas seguidas.

—Esto es lo que peor llevo —gruñí a Leo mientras cargaba con las bolsas de la colada—. Una lavadora en cada hogar, ¡debería ser un derecho fundamental!

—Ja, ja, ja. Piensa en todas las lavadoras que no están contaminando el planeta en estos momentos —respondió él, tan ecologista como siempre.

—Sí, y en la cantidad de hongos, piojos y demás parásitos que campan tan felices con tanta mierda suelta.

—Qué poco viajada estás —dijo en tono gracioso para picarme.

Ay, pero preferí hacer unos cuantos pases de torero y no entrarle al trapo. Ya tenía yo bastante con lo mío, como para enfadarme ahora con Leo, encima de que el pobre se había ofrecido a acompañarme.

Una parte de mí estaba feliz, porque con los dos mil euros que le había prestado, Carlo al fin había logrado pagar su web y un espacio en una galería cerca de Carnaby Street. Aún no había podido mostrarme la página, pero ¡madre mía!, lo de Carnaby era una magnífica noticia, porque era una zona de superambiente londinense, con sus callecitas llenas de tiendas de lo más cuqui.

—Lleno de pubs, de gente, de música... —empezó Carlo, tan emocionado como un niño abriendo regalos—. *Ti piacerà molto!*

Cuando llegamos a Ganton Street los ojos me hacían chiribitas. Qué preciosidad de barrio, con bombillas verdes colgando entre los edificios, bares con terrazas ochenteras y gente de lo más *urban look*. ¡Quería vivir allí!

Esa noche fuimos a tomar unas cervezas antes de cenar en Pastaio, añoraba la *vera pasta italiana*. Nada de encanto ni glamur, pero buena pasta fresca, que era a lo que íbamos, y sin dejarme un dineral en la cuenta, que después del préstamo me había quedado tiritando. Teníamos mesa reservada, pero antes quiso mi chico que diéramos un paseo. Estábamos caminando cuando de pronto se detuvo frente a una enorme puerta de cristal.

—*Allora, bella*, esta es Sadie Coles —me dijo señalando la fachada gris.

Me quedé ahí mirando la columna que había junto a la puerta y cotilleé desde la calle: una enorme sala diáfana, blanca, con el techo de cristal. Lo más parecido a una nave industrial solo que un poco arregladita.

—*Caro*, no veo ni a Sadie ni a Nadie. ¿Seguro que hemos quedado aquí, en Pingi Street?

—*Ma Helena, per favore*, esta es Sadie Coles, ¡la galería de arte! —exclamó impaciente—. Y no es Pingi, es Kingly.

A veces mis meteduras de pata le hacían perder la calma chicha que solía llevar encima. ¡Y no me extrañaba! Pero, a ver, era como si yo le hubiera llevado al St. Thomas y me hubiera puesto a soltar jerga hospitalaria. ¿Yo qué culpa tenía de no saber que Sadie Coles era una galería?

—Pues debería poner Sadie Coles Gallery —solté muy digna.

—*E vero. Mi scusi* —se disculpó enseguida entre besos—. Estoy muy emocionado. ¡Vamos a tomar algo para celebrarlo!

Hasta ahí el motivo de mi felicidad, porque lo que ocurrió después sembró en mí una duda que creció hasta la punta del Shard, con sus 310 metros de altura.

Carlo estaba hambriento, así que, como la ocasión no era para menos,

dimos plantón al Pastaio, que no era plan de celebrar aquello con cutrerío, y nos fuimos a un japonés, el Roka Mayfair. Gente guapa, glamur hasta en las servilletas y unos precios de quitarte el hipo. Pero ¡la ocasión lo merecía!

—El sushi aquí está *spettacolare* —susurró en mi oído mientras me mordisqueaba la oreja.

Pedimos, brindamos y disfrutamos como dos tórtolos, cuando se acercó una mujer enfundada en un vestido negro y dorado de Dior; creo que con sus semitransparencias se le veía hasta el intestino delgado. La *donna* caminaba como una *top model*, hablaba como una diva del cine y me miraba como si le tuviera que estar agradecida por verme. ¡Y eso que ese día me había puesto el Valentino de la ricachona! Pero hay algo con lo que o naces o vas lista, ni se compra ni se aprende ni se copia ni se manga. Esta tipa lo tenía, había nacido con ello: una pestaña suya rezumaba más clase que yo en todo mi cuerpo.

—*Caro...* —saludó a Carlo, y por la forma de decirlo supe que no se había comido la ele.

La *donna* tendió su mano en plan L’Oreal, porque yo lo valgo, y Carlo, ni corto ni perezoso, le plantó un beso en los dedos mientras la miraba sin quitarle ojo.

—Constanza —respondió él posando sus labios en el pedrolo que la otra llevaba en el anular.

Ahí me quedé, testigo mudo de una conversación a la que no fui invitada, porque Carlo ni me presentó. Hablaron en italiano y, aunque yo no entendía el idioma, ya pillaba algunas palabrejas, que en este caso me vinieron de perlas. Porque esos dos charlaron tan panchos mientras yo disimulaba no enterarme de nada, entregada al sushi y al sake. Me enteré de que la semana pasada lo había pasado muy bien con él, que quería repetir en cuanto su marido se fuera. Vamos, lo justo para mosquearme con todas las letras.

Minutos después, que me parecieron siglos, Carlo se despidió de la archiduquesa con otro beso en la mano, y la tipa desfiló hacia la salida del

Roka Mayfair con tal estilo que hasta se acercó un camarero a abrirle la puerta.

—Vaya, *caro* —le dije con retintín cuando nos quedamos solos.

—*Non è nessuno* —murmuró hundiendo los ojos en el tartar de salmón con yuzu.

Hasta ese momento eso mismo pensaba yo, que la Constanza esa era *nessuno*, pero vaya, se coge antes a un mentiroso que a un cojo, y este *caro* me estaba ocultando algo. Si alguien no había sido nadie en aquel encuentro había sido yo, porque en lo que esos dos cascaban de lo suyo yo me había ventilado mi *goma fumi no horensō salada*, una suerte de hojas de espinaca y sésamo que estaban de muerte, aunque debían de tener algún efecto secundario, porque me había puesto de una mala hostia...

—Pero si lo pasó divino la semana pasada contigo, *caro*... —le recordé, dejándole claro que me había enterado de todo.

Aquello lo pilló de sorpresa, además, el *caro* sonó como una pedrada. Enseguida empezó una verborrea de explicaciones que me sonaron a cuento chino. La mosca que tenía detrás de la oreja no paraba de zumbar.

Eso ya me había pasado alguna que otra vez, vamos, que estaba yo en pleno *déjà vu*. Por eso aquello me mosqueó tanto, porque era un camino por el que yo ya había ido en más de una ocasión. Para empezar, si la Constanza esa no era nadie, ¿por qué no me la presentó? ¿Por qué no me dijo simplemente: «Es Fulanita, la conozco de esto y ahí donde la ves tan divina tiene más operaciones que la de *Bridget Jones*», por ejemplo? Pues porque *nessuno* era, ni más menos, alguien. Alguien a quien Carlo no quiso presentarme.

—¿Me la estás pegando con esa estirada? —solté.

Madre mía el sake, la que me estaba liando en las neuronas.

Ahí empezó nuestra primera discusión, que Cupido carga sus flechas con veneno a la primera Constanza que se le acerca.

—*Ma* solo quiere comprarme un cuadro... —dijo.

—Ya, por eso espera a que su marido salga de viaje —escupí con el

veneno de una víbora.

—Es una sorpresa para él, *cara* —se defendió. Luego murmuró dándole un sorbo a su vasito de sake—: *Dolce e gelosa*.

Mi cruce de neuronas no tradujo bien aquello, y pensaba yo que me preguntaba por el postre.

—¿Que si quiero un postre helado? —rugí, pensando que se iba por la tangente.

Aquello fue de mal en peor. La divina Constanza me había hecho sentir como Cenicienta, qué digo, más bien como sus hermanastras: fea, hortera e ignorada. Toda mi inseguridad se convirtió en piedras que lanzaba a Carlo con toda la rabia y puntería que podía.

—*Per la millesima volta* —decía una y otra vez, como un disco rayado—, *non è nessuno*.

Aquello era un callejón sin salida; él, que la Constanza no era nadie, yo, que la tía estaba cañón, forrada de pasta y encima él había mutado en alfombra roja a sus pies calzados de Vuitton. Para colmo, me hablaba en italiano y yo entendía postre helado en vez de dulce y celosa, o sea, aquello no había quien lo enderezara.

Antes de hundir la cuchara en el budín de chocolate verde me puse en pie muy digna, estiré el satén de mi Valentino y agarré el *clutch* mientras le decía moviendo los dedos de la mano:

—*Arrivederci, caro!* —Y juro que en el *caro* metí todo el veneno que pude. Ahí se quedó con su *gyuhireniku* a medias, lástima de solomillo.

En la calle, mientras esperaba un taxi, me vi tan ridícula que estuve a punto de cargarme el Valentino. En lugar de eso abrí el *clutch* de carey, saqué el móvil y wasapeé:

En deuda por la colada. ¿Una copa?

Leo respondió al toque:

¿Dónde?

Yo estaba en pleno Carnaby, cualquier sitio allí estaría bien.

Rum & Sugar.

Caminé hasta allí dejando que el aire fresco me despejara la cabeza. Por supuesto, seguía furiosa. Sabía lo que había visto, mi novio me la estaba pegando con otra. La muy fresca se había plantado en mi cara para marcar terreno, como las lobas. Estaba muy cabreada, pero no solo por eso. Sobre todo estaba enfadada conmigo misma. Porque la otra podía ser muy diva, y Carlo muy gilipollas, pero yo tenía que haber sido más lista que esos dos. Tenía que haber hecho algo, joder, haberle dicho a esa estirada: «Soy Helena, la novia de Carlo», mientras le tendía la mano lánguida para que la besara. Lástima no haberme rascado antes el culo con ella.

También estaba enfadada conmigo porque era una ingenua, una idiota al pensar que lo mío con Carlo podía funcionar. Con él no era suficiente que me tuneara de ricachona, ni que lo invitara siempre, ni que le prestara pasta. Con él no era suficiente que fuera comprensiva, que estuviera enamorada hasta las trancas.

—Soy idiota —dije, hablando sola por la calle—. Estoy idiotizada por este..., por este..., por este...

No encontré la palabra, más que nada porque enseguida me vino otro pensamiento, una revelación, me di cuenta de que a Carlo no le iba una mojigata como yo, disfrazada de *femme fatale*, lo que a él le gustaba era una auténtica *donna*, una mujer de vuelta de todo, una Constanza que seguramente cagaba perlas cultivadas.

—Me encanta verte así —oí a pocos metros de mí.

Frente a mis narices estaba la terraza del Rum & Sugar, llena de gente envuelta en la oscuridad azulada del bar de copas. Dos altísimas antorchas iluminaban la fachada con sus llamas, y bajo una de ellas estaba Aneleh, con un mojito en la mano.

—Me extrañaba que no hubieras aparecido antes —le dije, disimulando mi

sorpresa—. Aunque, claro, esta vez no hacía falta que boicotearas nada, la estaba cagando yo solita.

—Exacto —dijo, dando un sorbo por la pajita—. No me necesitabas. Pero he venido a animarte.

—Gracias, no hace falta, Leo viene en unos minutos, seguro que la noche acaba arreglándose —le informé conciliadora.

—Ya...

—Bueno, vale, lo reconozco, me viene bien verte por aquí —admití remolona—. Me da una vergüenza terrible estar sola en un bar, parece que me han dado plantón. Está claro que no quiero estar sola.

—No lo estás, Helena, te aman sin tú verlo, estás cegata perdida —aseguró, y juro que ya había oído antes aquellas palabras, pero ¿dónde?

Por alguna razón esta tipa empezaba a caerme bien. Iba a decírselo en un ataque de sinceridad, porque a la pobre siempre la trataba como si fuera mi enemigo número uno, pero en ese momento me entró un wasap de Leo en el que me decía que estaba en el Rum & Sugar y que no me veía.

—Aneleh, voy a buscar a Leo, que anda dentro —le dije mientras miraba si Carlo me había enviado algún mensaje.

Pero cuando levanté la vista para despedirme de ella, ya se había ido.

—Joder, qué manía tiene esta tía con el «Hago chas y desaparezco» —murmuré mirando a mi alrededor.

Nada, con tan poca luz no vi ni su moño gigante entre la gente, así que me acerqué a la barra, donde me esperaba Leo.

Me recibió con una sonrisa y un abrazo tan cálido que me quedé ahí un ratito mientras le susurraba «Gracias por venir».

—«Si tú me dices ven...» —tarareó a Los Panchos.

Este chico tenía el don de calmarme, era mi Almax en pleno ardor de estómago. No siguió con la cancioncilla y yo permanecí pegada a su cuerpo, notaba su respiración lenta, aunque juraría que su corazón galopaba. Venía tan enfadada, tan herida, que no quería que acabara el bálsamo de aquel abrazo.

Él debió de darse cuenta de que algo me pasaba, tonto no era y ya hacía un ratito que deberíamos estar hablando y no ahí, cuerpo a cuerpo.

—¿Otro problema con las lavadoras de Londres? —murmuró tan bajito que parecía una confesión.

Moví la cabeza de lado a lado, como una niña que no sabe decir lo que le pasa.

—Ten paciencia, Helena, necesitas un tiempo para adaptarte a esta ciudad, a tu nuevo trabajo, a...

Lo interrumpí con un beso en la boca. No pensé, solo me dejé llevar por el impulso. Quería borrar la huella de Carlo en mis labios, sentir otros besos que se llevaran su recuerdo. No era que me dejase guiar por el ritmo bonito y melódico de un primer beso. Quería un encuentro apasionado, impulsivo y enérgico que arrancara el dolor que ahogaba mi corazón. Quería ojo por ojo y diente por diente. Beso por beso, aunque fuera con otro, sobre todo si era con otro. Aunque fuera Leo.

Pero él llevaba el ritmo de una canción lenta y romántica, quería mirarme a los ojos, besarlos, quería darme un cariño que yo convertía en fuego. Intentó calmarme varias veces, decirme con sus manos que fuera más despacio. Yo, sorda y ciega a todo lo que no me hiciera olvidar, lo ignoraba.

Sujetó mis manos con las suyas y las besó. Después se apartó de mí, lo justo para buscar un Uber con su móvil. Luego me miró con sus ojos comprensivos de siempre.

—Roxana hoy no está —murmuré, con la voz empañada por el alcohol.

Cuando llegamos, en cuanto cerré la puerta a mis espaldas, quise arrancarle la camiseta, liberarlo de los pantalones y lanzarme sobre él encima de la alfombra del salón.

Pero Leo quería mimarme, retener cada beso, cada caricia, y convertirlo en algo inmortal que estuviera siempre en su memoria. Yo quería un petardazo y echarme a dormir para olvidar, él quería una larga y pausada ceremonia con fuegos artificiales. Nunca había estado así con un hombre, sin quitarme la ropa

como si me quemara. Esta vez, él quiso desnudarme lentamente, contemplarme como quien mira algo hermoso y no quiere que acabe. Me tendió sobre la cama y me acarició mientras susurraba preciosas palabras que hablaban de mí. Por primera vez hice el amor sintiendo los latidos de mi corazón. Me sentí amada.

Capítulo 20

Está claro que solo una idiota se enamora... de un gilipollas. Después del plantón de la otra noche, Carlo estaba enfadadísimo conmigo. Por supuesto, no contestaba a mis mensajes, aunque esto ya pasaba antes de cabrearse. No era él de responder de inmediato, a veces pasaban horas, incluso algún día, sin tener noticias tuyas.

—Si no te respondo es porque estoy *concentrato* en mi nuevo cuadro —me explicó la primera vez que me mosqueé porque no contestaba a mis wasaps.

Entonces yo estaba más colgada de él que una percha, así que le dije, idiotizada perdida:

—¡Te como a besos, mi *amore!* ¡Tú a tu arte y tira p'alante! —Y luego añadí, en mi italianini—: *Non ti preoccupare per me!*

Hala, y me quedé tan fresca, venga a besarlo mientras le daba licencia para pasar de mí como de la m... Pero esta vez la cosa era distinta. Esta vez ni siquiera veía mis wasaps. Me lo chivaban los dos *checks* en gris, que no mutaban a azul porque a Carlo no le salía de los huevos mirar mis mensajes.

Me quedó claro que era la forma de decirme que necesitaba espacio para olvidar el numerito de celos que le monté en el Roka Mayfair. A mí tampoco se me había pasado del todo; cuanto más pensaba en ello más cuenta me daba de que ahí había gato encerrado. Pero andaba yo con otros asuntos en la cabeza, y eso me ayudó a dejar aquello en reposo. Ya volvería a ello cuando resolviese lo más urgente que tenía sobre la mesa: la noche con Leo y la inminente llegada de Didi, Tina y Edu.

Lo primero me tenía superdesconcertada.

—Fuiste tú quien se lanzó a sus brazos —me recordó Didi al otro lado del

teléfono.

—Sí, habíamos bebido y, a ver, esas cosas pasan.

—Por partes, Helena. Amigos como siempre ya te he dicho que es imposible. Al menos ya sabemos que no es gay.

—Sentí algo, Didi, algo que no había sentido con otros chicos —le confesé, tenía ganas de ser totalmente sincera—. Leo me trató de una manera especial.

—Claro, y eso te ha descolocado —resumió.

Había algo más, aquella noche fue otra cosa lo que ocurrió. También sentí algo nuevo, necesitaba explicarle eso.

—Empiezo a pensar que lo que sentía cuando me acostaba con otros hombres no era amor —le dije.

—Siempre te advertí de que idealizabas el amor —me recordó—, y sigues haciéndolo, ahora con el italiano.

—Con Carlo todo es complicado —me oí decir, verbalizando por primera vez algo que rondaba por mi mente desde hacía un tiempo.

—¿Ya te has cansado del bombero? —preguntó.

—Me tiene harta, estoy por mandarlo a la mierda.

Esta vez no me molestó que llamara bombero a Carlo, ni me inmuté, y me di cuenta de ello.

—Ya, ahora quieres pasar página y a por el siguiente —dijo irónica.

—No es eso, Didi —suspiré—. Leo es tan..., tan... diferente...

—A ver, está idiotizado, Leo muere de amor por ti.

—¿Tú también con eso de #idiotizados? —le espeté a la defensiva.

No me gustaba que dijera que Leo estaba loco por mí. No me interesaba seguir por ahí. En caso de que estuviera enamorado, no sería de mí, él era mucho más que un idiota idiotizado. Era un tipo noble, buena gente, el chico más honesto que había conocido en toda mi vida.

—Mira, lo besé y punto. Estaba cabreada, aún lo estoy, ¿sabes? Por culpa de esa diva de las narices, ¡tuvo que aparecer justo la noche que celebrábamos que Carlo expondrá en la galería Sadie Coles!

—¿Coles? ¿Como las coles de Bruselas?

—Se pronuncia *couls*, pero a lo que vamos...

—Couuuls... —repitió burlándose de mi pronunciación—. Vaya con los ingleses, tan estirados y luego mira qué nombres le ponen al arte.

—Didi, céntrate. Está con otra, y es un pibón con superclase —aclaré, para no desviarnos de lo importante.

—¿Y qué si está con otra? Primero, no lo sabes. Segundo, que les den, tú vales mucho más, Helena. No te lles malos ratos por la primera estirada que saluda a tu novio.

Didi tenía razón. Otra vez mi miedo a estar sola me había jugado una mala pasada haciéndome ver a una buscona donde solo había una chica mona saludando a Carlo, seguramente porque habría visto algún cuadro suyo.

—Sí, soy una exagerada, tienes razón —me rendí—. Pero si hablaban de pintura, ¿por qué hablaron en italiano? ¿Eh? Porque ahí ninguno dijo *dipinto* ni una sola vez. ¿Cómo explicas eso? ¿Eh? ¿Eh?

—Cálmate. ¿Qué coño es eso del «pinto»? Aquí la única que pinta algo eres tú, Helena. Estate tranquila con este tío, chica, disfruta de Londres y de tus amigos, los beses o no...

—No tiene gracia, Didi, la he cagado con Leo.

Desde aquella noche en la que Leo y yo nos acostamos las cosas habían cambiado entre nosotros. Bueno, en realidad habían cambiado en mí, porque él seguía siendo tan amable, encantador y dispuesto como siempre. Pero yo andaba confundida. Tenía miedo de perder al amigo, miedo de perder al novio y miedo también de que con tanto miedo suelto acabara de vuelta a España, sin dar la talla en el St. Thomas. Porque Leo siempre me echaba una mano cuando lo necesitaba: me traducía el inglés de los pacientes, tan incomprensible como un código cifrado; me ayudaba a redactar los informes diarios, o, si me mandaban a un área nueva, me presentaba a los médicos y enfermeros como la *brilliant Spanish nurse in adaptation period*, asegurándose de que estaba bien antes de dejarme sola. Era mi mentor, mi paladín. Pero ¿cómo iba a

pedirle ayuda ahora, después de utilizarlo para vengarme de Carlo y de la Constanza esa?

Por eso nos liamos aquella noche, por despecho, el mío, claro. Estaba tan cabreada con la escenita del Roka Mayfair que lo utilicé, siguiendo al pie de la letra lo de «un clavo saca a otro clavo». Pero, si había sido así, ¿por qué no se lo explicaba a él? El pobre quizá estuviese esperando unas palabras de mi parte, lo típico de «Lo del otro día fue una tontería. No volverá a pasar». Sin embargo, todavía no le había dicho nada. Y lo de que no volvería a pasar, pues no sé, en esos momentos sentía que podía ocurrir cualquier cosa. Mi vida se había descontrolado totalmente desde que había puesto un pie en Londres. ¡Qué digo! Desde que había visto a Carlo en aquel bar de carretera. No, no, antes... Desde Bob, ¿o fue desde el novio anterior? ¿Desde el primero...? Joder, normal que tuviera miedo a estar sola. ¡Mi vida parecía el juego de la oca! ¡De novio a novio y tiro porque me sale del moño! Y hablando de moños, hacía días que no veía a Aneleh, desde el encuentro en el Rum & Sugar. Echaba de menos sus puyitas poniendo los puntos sobre las íes.

—Y me comí el zapato de la jirafa —oí de pronto a Didi.

—¿Qué? —pregunté, sin entender ni papa.

—Joder, Helena, llevo diez minutos hablando sola. Ya es hora de que vuelvas —me reprochó.

Tuve que dar la callada por respuesta porque era verdad. Había estado ensimismada en mis asuntos y no le había hecho ni caso. Me había perdido toda la programación de su visita a Londres.

—Tranqui, pero estate al loro, no nos des plantón en el aeropuerto, que hay que pillar luego un tren para ir a verte. ¡Tía, Ryanair nos deja a tomar viento!

—No exageres, Didi, llegáis a Stansted. Te estoy enviando el enlace, eso está a cincuenta kilómetros de la *city*. Cogéis el Stansted Express...

—Pero ¿no es allí donde llega el avión? ¡Helena, que no te enteras! —soltó.

Didi es muy graciosa, es muy buena amiga, pero estaba pasando algo entre

nosotras desde hacía un tiempo. Era como si yo ya no viese el mundo igual que ella. Desde que llegué a Londres era una Helena diferente a la de antes. Y no había sido Carlo, tan cosmopolita, tan bohemio y tan vivido, había sido el St. Thomas. Mi trabajo allí me había hecho crecer, me había espabilado. Pero Didi seguía siendo Didi, peor aún, Didi no se había dado cuenta de que yo ya no era la Helena de siempre.

—Es un tren, tranquila, os llevará hasta Liverpool Street. Allí os espero yo. ¡Qué ganas de veros! —exclamé al final, y en parte era cierto.

Cuando llegó el día me pareció que era el mejor plan que podía tener ese fin de semana. Carlo me había enviado un mensaje más seco que la mojama.

Sto viaggiando. Ti richiamo.

Aquello me dejó claras dos cosas: seguía cabreado, por eso hablaba en su perfecto italiano y le importaba una eme que yo tuviera que tirar del traductor de Google. La otra era que se había ido sin despedirse.

—Qué huevos —solté, lanzando el móvil encima de la cama.

El cabreo me sirvió para no venirme abajo al ver unos calzoncillos suyos asomando entre las cortinas. Sí, llevaba demasiados días sin hacer zafarrancho de limpieza. También me sirvió para liarme la manta a la cabeza y enviar el siguiente mensaje al grupo «¡Despegamos!»:

¡Esta noche quemamos la city!

En dos horas estaba esperándolos en la estación de metro de Liverpool Street.

—¡Zooorraaa! —gritó Didi en pleno abrazo nada más verme.

Tina y Edu me achucharon como si fuera un peluche gigante. Era maravilloso tenerlos allí.

—Vamos a casa, Roxana me ha dejado el piso libre para que quepamos todos —anuncié mientras hacíamos transbordo en Embankment.

—¿Falta mucho? ¡Me muero por una cerveza! —soltó Edu.

—Dos paradas y llegamos a Lambeth North —resumí para no saturarlos de información.

Nada más llegar a casa se distribuyeron cama y sofá. Fue fácil, Didi y Tina compartieron la cama de Roxana y Edu acaparó el sofá.

—Te dejamos tu cama para ti sola —aclaró Tina con su espíritu organizador—, por si algún día viene Carlo.

Sonreí agradecida, y un poco falsa también, porque no les había dicho que estábamos enfadados. Pasaba de estar todo el finde monopolizando las tertulias con sus interrogatorios; esos tres eran más cotillas que una portera.

Les conté el plan que tenía para que vieran Londres y aprovecháramos a tope su visita.

—Mañana iremos al palacio de Westminster —comencé—, ahí está el Big Ben.

—Oooh, el Gran Ben, ¿será tan «gran»? —se burló Didi picarona.

—Ja, ja, ja, Big... ¡ven! —siguió Edu estirando el juego de palabras.

Sonreí cómplice y comprensiva, esas eran el tipo de bromas que siempre hacíamos en España.

—Luego iremos a la abadía que hay justo detrás del palacio —continué, como si nada.

—¿Qué palacio, el de lady Di? —preguntó Tina.

Por su tono de voz supe que no había doble lectura, no iba con segundas.

—Es la sede del Parlamento británico —corrigió Didi—. Actualiza tu base de datos, tía, que te confundes con el Buckingham Palace.

—¡Ay, sí! —cayó Tina en la cuenta—. En ese vive la reina, es lo que sale en la tele cuando los vemos saludando.

También había pensado en que fuéramos al Tower Bridge y a la torre de Londres, pero Edu truncó mis planes.

—Yo quiero ir a Picadilly Circus. ¡*Shopping tourism*, Helena!

Tina y Didi chocaron sus latas de cerveza contra la de Edu. Yo brindé, tenía un plano enorme desplegado entre las manos y cuando fui a unirme ya estaban

bebiendo. Me di cuenta de que no querían ver el Londres que yo conocía, el que había visitado en mis ratos libres. Su idea del viaje era otra.

—No te agobies, Helena —me tranquilizó Tina al ver mi cara de estresada—. No estamos aquí por el Big Ben, estamos aquí para estar contigo y pasarlo bien.

—Y para conocer a Carlo, *of course* —añadió Didi guiñándome un ojo.

Esa noche fuimos al Maggie Jones's. Ya había estado allí con Carlo, era acogedor, con un estilo rústico e informal, perdidamente romántico. Estaba al final de un callejón sin salida, bajo una preciosa balconada de geranios. Mientras Didi, Tina y Edu miraban la carta expuesta en la ventana, sentí un estremecimiento al recordar los besos de Carlo mientras buceaba bajo mi blusa después de bebernos una botella entera de Château le Gardera.

—Yo me pido el *fillet steak* —dijo Didi mientras nos llevaban a la mesa que teníamos reservada.

No había elegido el Maggie Jones's por masoquismo, sino porque estaba en Kensington, una de las zonas de Londres con clubes modernos, clásicos..., superambientazo. Además, hay bares de copas tranquilos donde no se paga entrada; me lo había descubierto Leo una noche que Roxana, él y yo fuimos al Duke of Clarence.

Qué mierda no estar con Carlo. Tenía que haberlo pensado, que estando mosqueados debería haber elegido un sitio que no me lo recordara. Así que me pasé toda la noche sin entender la juerga de esos tres, que se partían la caja por cualquier cosa. Todo les hacía gracia, mientras que a mí todo me recordaba a Carlo. La última vez que habíamos ido a cenar allí me quité el tanga en el baño y cuando regresé lo puse bajo su servilleta. Se le salieron los ojos de las órbitas mientras deslizaba la mano por debajo de la mesa, la colaba por la abertura de mi Yves Saint Laurent y yo abría los muslos para que comprobara que no, que no llevaba nada, y que sí, que podía hacer todo aquello suyo.

Esa noche no llegamos a la habitación, nos devoramos en el baño como dos animales salvajes.

Capítulo 21

Me gusta cuando no hace falta hablar hasta que se seca la boca para aclarar las cosas, o sea, cuando todo fluye sin necesidad de dar más vueltas que un tiovivo. Así que estoy encantada, porque esto, que las cosas sucedan y arreglen ellas solitas los malentendidos, es justo lo que acababa de pasar ese domingo por la mañana. Por un lado, un wasap de Carlo. Por otro, normalidad total con Leo, como si aquella noche en la que nos enrollamos hubiera ocurrido en nuestra preadolescencia.

Cara Helena. Ya en Londres. Ganas de tenerte.

Bueno, el *ragazzo* no había escrito ni un *Ti amo* al final del mensaje, pero había algo mejor: aquel «Ganas de tenerte» me pareció más subido de tono que un cóctel de Viagra. Si al final iba a tener razón Tina al dejarme sola en mi habitación por si venía mi novio.

—Pues lo siento por el revolcón, tendréis que esperar —dijo Didi interrumpiendo mis lujuriosos pensamientos—, pero yo no me voy sin conocer a tu bombero.

En el tiempo que Carlo había estado fuera había podido reflexionar. Sí, quizá me había pasado cinco pueblos con la archiduquesa esa que había aparecido en medio de nuestra cena en el japonés. Al fin y al cabo, no tenía la culpa de ser una estirada italiana que quería comprar un regalo sorpresa a su marido millonario. Claro que había cosas que tenía que aclararme: a veces me sentía apartada de sus asuntos, como si yo fuera un plan B que solo ponía en marcha si le fallaba su marchante, su exposición, su diseñadora web... Justamente, de eso también quería que me aclarase algunas cosas. Quería ver

su web ya, inmediatamente, sin más excusas ni contratiempos. Pero, bueno, no era cosa de ponerme en plan policía, desconfiando de él.

Quería empezar de nuevo, él regresaba, mis amigos estaban en Londres. Me sentía tan feliz y excitada, en todos los sentidos de la palabra, por el mensaje de Carlo que la libido y la adrenalina hicieron un cóctel de consecuencias imprevisibles.

—Pues esta misma noche, aquí en casa —anuncié.

Lo solté mientras contestaba al wasap con un «Esta noche en mi casa. Fiesta con amigos. Luego toda tuya». Después «Fiesta con Didi, Edu y Tina en casa. Esta noche». Fue cuando intenté reenviar este último mensaje a Roxana cuando me di cuenta de que la había vuelto a liar. ¡Había enviado el mensaje de Carlo a Leo! Y, por supuesto, Carlo recibiría la escueta invitación que iba para Leo y Roxana. Pobre Carlo, vaya recibimiento más soso que acababa de darle. Pero no había tiempo para explicaciones, ya le compensaría con un picardías que tenía sin estrenar.

Pero bueno, había que centrarse, que teníamos muchas horas por delante antes de que nuestros cuerpos se pusieran al día.

—Pero antes veremos Londres. Primero iremos a Trafalgar Square —dije con actitud de guía turística dispuesta a no perder un minuto—. Luego cogeremos el metro en Charing Cross hasta Monument Station.

Los gamberros de mis amigos apenas me escuchaban, estaban venga a ponerme caritas subidas de tono y a dar besitos al aire, burlándose del «ganas de tenerte» y del «toda tuya» que habían cotilleado en mi móvil.

—Después de ver la torre de Londres iremos al palacio de Buckingham —seguí, ignorando a propósito sus gestos.

—Te falta la banderita y a nosotros la estrellita en la frente como los turistas japoneses —se burló Edu, dispuesto a no apearse de la guasa.

—Sí, sí, muy bien —se adelantó Didi—. Vamos al tema, ¿así que esta noche conoceremos a Leocarlot?

—¿Leocadio? —repitió Edu, sin entender bien el nombre que se acababa

de inventar Didi.

Tina también quiso entrar en la broma; en unos segundos medio edificio sabía que Leocadio era lo más parecido a un mix de Leo y Carlo.

El caso es que ya había comenzado la cuenta atrás. En unas horas conocerían a Carlo, y se reencontrarían con Leo, mi compañero de estudios de la facultad, años después de la última quedada.

Todo el día estuve más pendiente del móvil que de mis amigos. Fue mientras caminábamos por el puente de Londres, compartiendo selfis y subiendo fotos del Támesis a Instagram, cuando Didi me enseñó todos los *likes* que Leo había dado en mi cuenta.

—Ya sabes que tengo olfato para los tíos —me dijo mientras mirábamos a lo lejos un barco lleno de turistas.

Estábamos apoyadas en la barandilla azul del puente, y por la forma de hablarme, sabía que Didi estaba preocupada por mí.

—Que haya en tu vida los hombres que quieras —recitó, como si fuera una frase de esas que pululan por internet—, pero, oye, de uno en uno, ¿vale?

Edu se lanzó entre nosotras para hacernos un selfi y rompió la intimidad que había entre Didi y yo. Me habría gustado decirle que hablara en plata, que lo de filosofar no iba con ella, pero no tuve ocasión.

—Eso tienes que descifrármelo —le pedí antes de gritar *cheese* delante del iPhone de Edu.

Me guardé las ganas de conversar tranquilas, era día de enseñarles la ciudad y acabar su visita con una fiesta. ¡Reunirlos a todos iba a ser la bomba! ¡Lo más cerca de «españoles por el mundo» que había hecho en mi vida!

Cuando regresamos a casa, Roxana ya estaba en la cocina metiendo cervezas y Coca-Colas en el frigo.

—¿Sabes algo de Leo? —pregunté, extrañada al no recibir respuesta a mi wasap—. No me ha escrito en todo el día.

—Ha estado entrenando —respondió ella mientras abría unas Lays y las

llevaba a la mesa de la sala de estar.

—¡La carrera de Wallys! —recordé de pronto—. Qué tío, está pasando de entrenar conmigo.

—Pero si has ido de turisteo con nosotros, Helena —intervino Didi—. Déjalo descansar de ti, que estáis todo el día juntos.

—Además, ya has hecho bastante ejercicio por hoy —añadió Tina.

—¡Aún te queda esta noche! —se burló Edu, y las dos le rieron la gracia calentorra.

El timbre metálico se oyó por encima de *Giant* de Calvin Harris y mientras los demás cantaban «*I am, I am, I am, I am, I am, I am a giant*» corrí a abrir. ¡Ojalá fuera Carlo! Pero al otro lado de la puerta estaba Leo, con una bolsa llena de cervezas y una empanada.

—No sabes lo que me ha costado encontrarla —dijo—. He tenido que ir hasta R. Garcia & Sons para comprarla.

—Qué sol eres, ¡pero si está en Notting Hill! —exclamé.

—Soy un sol, soy mono... —recapituló—, y también soy TeleEmpanada.

—Oye, ¿estás entrenando sin mí? —más que una pregunta era un reproche cariñoso. ¡No quería que me dejara de lado en la carrera!

Didi fue la primera en aparecer, dando besos a Leo como si fuera el reencuentro con un hermano.

—Londres os sienta fatal, pues ¿no vais a correr buscando a Wally? —le soltó mientras golpeaba su pecho con el índice—. Estáis de la olla.

—Didi, es una carrera solidaria para fomentar la alfabetización de niños desfavorecidos —le expliqué, antes de que se fuera por peteneras.

—Di lo que quieras, pero vas a correr vestida de Wally, el que lleva hasta el gorro de rayas. ¿Ya tienes tu disfraz? —preguntó masticando un puñado de Lays.

—¿Cómo que hay que disfrazarse? —me alarmé—. Ya tengo bastante con correr, ¡mi sentido del ridículo no pasa de ahí!

Aquello me olía a encerrona de Leo. Lo guardé en el disco duro de mi

memoria, ya hablaríamos de eso en otro momento, porque justo en ese instante... *din don*.

—¡Carlo! —grité como una colegiala.

Fui hacia la puerta, me desabroché un botón de la blusa, me humedecí los labios y abrí, con el corazón a mil por hora.

—*Three pizzas* —dijo un chico con un gorro de Pinocho.

—Sí, sí —contesté mientras firmaba la entrega.

Ups... Se me había olvidado que esa mañana yo misma había hecho el pedido a Pappagone.

Estuvimos esperando a Carlo hasta que las pizzas amenazaron con convertirse en una masa fría incomedible, así que decidimos empezar. Fue extraño, porque sin él parecía que estábamos en España, un día como cualquier otro. Leo había conseguido encandilarlos a todos con un truco de cartas.

—Es un mago —me dijo Tina con un brillo en los ojos, no sé si a causa de las cervezas o si ella también empezaba a idiotizarse.

Era cierto. Leo era especial, un mago, como decía Tina. Tenía el don de anular mi capacidad de destrucción cuando estaba cabreada. Y en esos momentos mi cabreómetro ya estaba rozando la alerta roja.

—¿Dónde coño se habrá metido este tío? —murmuré, toqueteando el móvil por milésima vez.

—Relájate y disfruta —me susurró Tina mientras se servía un copazo de ron.

—Imagínate la presión del pobre —añadió Didi, la muy cotilla había oído claramente el murmullo de Tina—. Lleváis días sin veros y en vez de echar el polvo del siglo le preparas una fiesta con tus amiguitos españoles.

Quizá ellas tuvieran razón, no me dio tiempo de pensar en ello porque en ese momento... *din don*. ¡Salvada por la campana! Y esta vez sí, ay, sí, era él. Creo que mi lengua llegó hasta su campanilla, mis brazos lo envolvieron como si fueran cinta de embalar. Dios mío, solo quería fundirme con él como fuera.

Fue verlo y olvidarlo todo, mis celos tontos en el japonés, no saber nada de él durante días, que se fuese sin despedirse... Una cadena tonta de malentendidos entre idiotizados, porque hay que ver lo idiotas que habíamos sido los dos; él nunca lo reconocería, pero yo sí.

—Mmm... ¿nuevo perfume? —suspiré mientras le lamía el lóbulo de la oreja.

Negó con esos ojos suyos de «te voy a comer entera» y olvidé preguntarle la marca, porque era dulzón y frutal como los de mujer. Entramos en el salón y se lo presenté a mis amigos, babeando de orgullo por tener tamaño semental en mi cama. Didi lo miró con sus rayos X, Tina lo desnudó con los ojos y Edu se relamió de gusto mirándolo de pies a cabeza. Yo, como una perra en celo, marqué territorio poniendo mi mano sobre su trasero. El mensaje estaba claro: «Este culo va a ser mío en cuanto caigáis redondos». Así que me apresuré a reponer cervezas y servir copazos, a ver si con suerte nos íbamos a la cama en unas horas, que se me estaban derritiendo las bragas, como diría Didi.

Pero las cosas nunca salen como yo quiero. Desde luego, no en cuestión de hombres. Nuestro tórrido encuentro duró tres cervezas y un gin-tonic. Antes de acabarse el copazo, Carlo ya estaba entregado al móvil. Empezó con los *bip bip* de los mensajitos y al final acabó yendo al dormitorio para hablar tranquilo.

Didi, Tina y Edu seguían con el vacile, que si tenía tatus, que cuántos seguidos, que si practicaba el nudismo.

—Es más que eso, ¿vale? —corté por la tangente.

Quería que vieran que me había enamorado de algo más que de un tío bueno.

—Es artista, pintor, tenéis que ver su web. Solo le falta un tema del dominio o algo así, y va a exponer en la galería de...

— ... de las coles de Bruselas —se adelantó Didi.

La muy traidora seguía con la broma, y aunque todos se contagiaron de su risa, no se me escapó la miradita entre ella y Tina. En sus ojos leí lo que

pensaban como si fueran un libro abierto. Les daba igual que Carlo fuera pintor, astronauta o fontanero. Lo que tenían claro era que, después de su entrada al más puro estilo de un *boy*, había desaparecido para atender sus asuntos.

Cuando le presenté a Leo noté la tensión entre los dos. Después de lo que pasó entre nosotros debía tener bastante tacto, no quería herir a Leo. Sentía algo por él, sí, no sabía qué era, y de momento no quería pensar en ello. Estaba apostando por Carlo y por darnos otra oportunidad. Me serví un ron con Coca-Cola y me acerqué a Leo.

—¿Un karaoke? —le propuse.

Había estado toda la noche pinchando una música buenísima. Ya era hora de que pusiera algo hortera que pudiéramos cantar y desgañitarnos hasta quedarnos afónicos.

—Quieres echarte unas risas, ¿eh? —aceptó, mientras buscaba en su *playlist*.

De pronto sonó el *Bamboleo bambolea* de los Gipsy Kings y me vine arriba. Disfrutamos como idiotas, pero esta vez no era el amor lo que nos había idiotizado, sino el día. No cantábamos, gritábamos «Porque mi vida yo la prefiero vivir así» y retorcíamos las muñecas en el aire como si fuéramos bailarines de flamenco.

Estar fuera de España, tan lejos de casa y tan cerca entre nosotros, nos unía a Leo y a mí más de lo que pensaba. Había magia entre los dos, nos movíamos al mismo ritmo, con las manos entrelazadas. Leo me hacía girar, dando vueltas alrededor de él, o me enrollaba en su brazo. Sentía su respiración cuando me acercaba a su cuerpo, de alguna manera me estaba dejando llevar, su sonrisa y su forma dulce de mirarme me animaban a seguirlo, en una complicidad divertida.

Carlo apareció de repente, miró a Leo con dureza para alejarlo de mí. Él le mantuvo la mirada, pero acabó dando media vuelta. Comenzó a sonar Alaska. Los demás notaron que ocurría algo y animaron el ambiente para que se

relajara. Con los primeros acordes empezaron a saltar como si estuvieran encima de una cama elástica. Acabé uniéndome a ellos, coreando el «Haces muy mal en elevar mi tensión». Lo dimos todo cuando llegamos a «Ni tú ni nadie nadie puede cambiarme». Bailábamos todos, mientras Carlo nos observaba y mantenía las distancias con Leo. Ninguno de los dos se molestó en disimular la tensión que había entre ellos.

Sonó una nueva canción, un reguetón que alguien había pedido a Leo. En ese momento Carlo se me acercó y me agarró por la cintura, apretó su cuerpo al mío y empezó a moverse al ritmo de *Lo qué pasó pasó entre tú y yo*. Esa música debería estar prohibida, ¡madre mía qué ritmo tenía Carlo en las caderas! Ahí estábamos los dos, comiéndonos con los ojos, anulaba mi voluntad con esa mirada suya que me llevaba a la Luna. De pronto se paró la música. Después Leo pasó por delante de nosotros y se dirigió hacia la salida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tina.

—Se ha ido la música —respondió Didi—. El pincha se ha cansado, ¿eh, Leo?

Pero él no respondió, cogió su cazadora y, sin mirar a nadie, agarró la puerta y se fue.

—¿Qué pasa? —preguntó Edu, mirándome a mí como si yo supiera algo.

Yo me encogí de hombros, me sentía responsable sin saber por qué.

—Se acabó la fiesta —soltó Didi.

En sus ojos vi que me culpaba de que Leo, el amigo que nunca perdía los nervios, se hubiese ido dando un portazo.

Capítulo 22

Llegué a casa más sudada que un pollo en un desfile de invierno; eso de correr era matador. ¡Y encima sola! Esta vez había conseguido mi primer objetivo: acabar el turno del hospital, calzarme las Nike en el vestuario y volver a mi piso *non stop*. Ahí iba yo, trotando hasta en los semáforos en rojo, escuchando *Vivir mi vida* a todo volumen en los inalámbricos. Menos mal que Marc Anthony y su «voy a gozar, vivir vivir...» con sus buenas vibraciones me quitaron el mal rollo que tenía en el trabajo.

Y es que las cosas iban regular con Leo; imaginaba qué le pasaba, aunque me costaba creer que fuera por eso. Reconozco que podía estar confundido y pensar que podía haber algo entre nosotros. Así que después de ducharme, ya de relax en el salón, abordé a Roxana, a ver si ella sabía algo.

—Tú lo conoces mejor que yo —le dije con un zumo detox entre las manos.

Desde la noche en la que se fue con la música a otra parte, literalmente, no había vuelto a ver al mismo Leo. Nos hablábamos, trabajábamos juntos, pero ya no era igual. Ya no fluía la conexión que habíamos tenido hasta ese día, era como si hubiera cortado el puente por el que caminábamos a nuestras anchas.

—¿Estás enfadado conmigo?

Se lo preguntaba de vez en cuando, al principio cada dos por tres.

—¿Qué te pasa?

—Estás raro.

—¿Te encuentras bien?

Nada, como si oyera llover, no respondía. Lo más largo que me dijo en una ocasión fueron cinco palabras:

—No te preocupes por mí.

Aproveché para intentar que se abriera un poquito y me confiara lo que le pasaba.

—Pensaba que éramos amigos —le dije poniendo mi mano sobre su hombro.

—Lo somos —respondió, y se marchó, empujando el carrito de las jeringuillas.

—En media hora empiezo las extracciones... —le avisé mientras se alejaba.

Nada, mutis por el pasillo. Estábamos los dos solos, serían las seis y media de la mañana. Lo recuerdo porque a las siete empezaba el horario de extracciones de sangre.

—Necesito las jeringuillas, Leo —susurré mientras corría detrás de él.

Entonces dejó el carro en mitad del pasillo, abrió la puerta que daba a rayos X y desapareció.

Cuando llegaba a casa al terminar en el hospital le contaba a Roxana cómo lo veía. Hacía ya unos días que Didi, Tina y Edu habían regresado a España, con Carlo no podía contar para cosas como esa y, en fin, solo me quedaba ella. Además, era la persona ideal para descubrir qué pasaba por la cabeza de Leo.

—Tuvo suerte de conocerte cuando llegó a Londres —reconocí—. Le ayudaste mogollón, esta ciudad puede ser *too much* si estás solo.

—Fue todo gracias al *hashtag* de idiotizados, qué gracioso, ¿verdad?

—Sí, mano abierta hacia arriba, busco a alguien especial; mano hacia abajo, solo amistad...

—Dos manos juntas si estás en pareja —terminó Roxana—. ¡Qué grande!

—Leo todavía sube a Instagram fotos con la mano abierta mirando al cielo, ¿sabes?

—Claro que lo sé, por eso rompimos —confesó de pronto.

Aquello no me lo esperaba. O sea, cada vez tenía más claro que Roxana y Leo habían sido novios en alguna época, bueno, si no novios, al menos había habido algo entre ellos.

—Es un tipo muy especial, no sé si te has dado cuenta —comenzó.

—Sí, me he dado cuenta —respondí antes de repetir—: Es bastante especial, sí.

—A veces no sabemos lo especial que es alguien hasta que lo perdemos —dijo, luego se detuvo para tomar aire y continuó—: Aunque nunca lo hayamos tenido de verdad.

«Entonces ¿hubo algo entre ellos o no?», me pregunté. Desde que los había visto juntos la primera vez me reconcomía esa duda, y ahora que iba a encontrar la respuesta, aquello parecía más bien una adivinanza.

—Ya te digo —fue todo lo que pude aportar.

A veces cuando no tengo ni idea de lo que dice quien me habla, o si simplemente no sé qué decir pero he de decir algo, suelto un «ya te digo». Es muy útil, vale para todo, en cualquier conversación, y el otro piensa que le das la razón, o que le sigues el hilo, da igual. El «ya te digo» es la muletilla perfecta.

—Contacté con Leo por Instagram, me gustó su foto —siguió Roxana—, y que un chico diga abiertamente que busca a alguien especial me pareció tan tierno...

—Sí lo es —añadí—, muy propio de él. Carlo no subiría una foto así ni borracho.

Roxana me miró como diciendo «Y ¿qué pinta aquí ese?», como si Carlo y Leo estuvieran a años luz, como si le molestase que metiese a los dos en la misma conversación.

—Quiero decir que Carlo no necesita buscar novia, se quita a las chicas de encima como moscas —aclaré.

Anda que lo estaba arreglando. Roxana estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas. Estiró la espalda con una respiración profunda, sacó pecho y pasó la palma de las manos por los muslos, como si estuviera limpiándose un sudor que acabara de brotar.

—¿Y...? —resopló, como si eso ya lo hubiera escuchado mil veces.

Sentí que a Roxana le pasaba como a Leo, era nombrar a Carlo y se erizaban como gatos escaldados.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunté, intentando cambiar de tema; mejor dicho, intentando volver al tema de su relación con Leo.

Enseguida se relajó y al fin pude saber que apenas salieron un par de meses.

—Un día entré en su cuenta de Instagram y vi unas fotos que se me clavaron en el corazón.

—Joder, qué palo cuando los pillas con otra, ¿verdad? A mí me pasó algo parecido —confesé, para que se sintiera cómoda.

—En las fotos que vi no había nadie, Helena, ninguna chica, ningún chico, ni una mascota. Eran fotos de su mano hacia arriba, en el puente de Londres, en el Big Ben, en la puerta principal del St. Thomas.

—Uf, qué susto me habías dado —suspiré aliviada—. La verdad es que no me cuadraba nada que Leo te la estuviera pegando, no parece ese tipo de chico.

—Pero si estaba conmigo, si llevábamos semanas juntos, ¿por qué seguía subiendo fotos con #idiotizados buscando a alguien especial? —me pregunté, aunque no buscaba una respuesta.

Roxana me miró a los ojos, parecía que estaba leyendo en mis pupilas lo que iba a decir después.

—Quizá yo no era la persona especial que buscaba —se contestó a sí misma—. Quizá nunca lo fui.

No parecía dolida con Leo, no se sentía engañada por haber salido con un chico que nunca la había mirado como a mí me miraba Carlo.

—Siempre hubo otra, ¿sabes? Alguien que estaba en su corazón desde hacía mucho tiempo. Alguien en cuyo corazón él no se atrevía a entrar.

Vaya, ya estábamos otra vez con las adivinanzas. Oro parece, plata no es...

—Qué putada, Roxana, y ¿ya sabes quién es? —irrupí, con ganas de acabar con esa misteriosa tipa que no se coscaba de que tenía a alguien como

Leo bebiéndole los vientos.

—Lo supe hace poco, cuando vi los esfuerzos que hacía para que te concedieran las prácticas en el St. Thomas.

—¿Cómo? —salté de repente.

—¿No te parece mucha casualidad? Con la de currículums que enviaste por toda Inglaterra, y con la de solicitudes que recibe el St. Thomas, precisamente te conceden las prácticas en el hospital en el que, mira tú por dónde, trabaja Leo.

No podía ser verdad. En absoluto. Aquello era mentira, un error, Roxana había atado cabos de mala manera.

—Me eligieron por mi currículum... —balbuceé, y soné más insegura que un coche sin airbag.

—Vamos, Helena, piensa un poco —me apremió, como si de pronto fuera urgente que cayera en la cuenta de que ¡ah, sí, había sido imbécil al pensar que había conseguido un trabajo por mí misma!

Pero estaba petrificada, el cuerpo, quiero decir, porque lo que era mi mente iba a toda leche. Era como en las pelis de intriga, cuando al final se descubre al culpable y en la pantalla aparecen flashes mostrando todas las pistas de lo superevidente que era desde el principio.

—Leo no sabía que yo quería hacer prácticas fuera de España —murmuré en un último intento de desarmar la versión de Roxana.

—Estaba en tu Facebook, Helena, y en tu Instagram —me recordó—. Subiste una foto en la que estabais Didi y tú cruzando los dedos.

Roxana cogió su móvil y entró en mi cuenta de Instagram, deslizó el dedo por la pantalla hasta que dio con lo que buscaba. En cuanto lo encontró, giró el teléfono para mostrármelo.

¡Prepárate, Inglaterra! Si tú me dices ven...

—Lo pusiste en tus redes, todo el que quisiera saber de ti lo sabría —

resumió—. El resto es historia.

—Por eso lo cantó en el Rum & Sugar... —recordé boquiabierta.

—No solo trabajas en el St. Thomas, Helena —me explicó con calma, sabiendo que estaba diciéndome algo que no quería oír—. Leo es tu supervisor.

—Trabajamos codo con codo —reconocí.

—¿Y no sospechaste nada? Helena, es tan evidente...

Estaba demasiado confusa, sentía que mi vida era un castillo de naipes que se desmoronaba. No me di cuenta, no imaginé nada.

—Estaba tan segura de que entre Leo y tú había habido algo...

—En realidad nunca lo hubo, por mi parte sí, pero no por la suya. Aunque haya dos tenistas, si solo uno juega, no hay partido.

—Y yo preguntándole si era gay... —resoplé avergonzada.

—Pero le diste esperanzas, y eso lo ha destrozado.

La noche que nos enrollamos, sí. Pero ¡no fue nada! Habíamos bebido, yo estaba enfadada con Carlo, furiosa. Leo me calmó, como siempre, y... «Joder, Helena, que mal te has portado con él», me dije ahora que sabía lo capulla que había sido.

Quizá debería haber sentido lástima por Leo, pero todavía estaba en *shock* porque me hubiera enchufado en el hospital. Yo quería conseguir algo por mí misma, quería hacer borrón y cuenta nueva con mi etapa en España, empezar de cero. Quería sentirme orgullosa de mí misma, saber que todo: casa, trabajo, amor, lo tenía gracias a mí y solo a mí, a lo que había aprendido. Pero la vida sigue igual, está claro que una no cambia ni aunque dé la vuelta al mundo. Aunque esta vez no era culpa mía. No pedí a Leo que me colocara en el St. Thomas, no le pedí que me buscara un lugar donde vivir en Londres, no le pedí nada de eso porque quería conseguirlo por mis propios medios. Mierda. Pero él ha ido a lo suyo, solo quería tenerme cerca, solo había pensado en él, y me lo había puesto todo en bandeja. Si no conseguía nada yo sola era porque nunca estaba sola, joder, y lo que había hecho Leo era retorcido. ¡Había

cambiado de país por su culpa! ¡Estaba a miles de kilómetros de mis amigos, de mi gente, de todo, solo porque él quiso!

Roxana se levantó a abrir las cortinas y entró la fría luz del atardecer de Londres. Fue a la cocina, sacó una tarrina de Häagen-Dazs del congelador, un kilo de delicioso helado de nueces de macadamia.

—Mi favorito... —dije relamiéndome.

Apenas hundí la cucharita, Roxana soltó lo que se llevaba guardando desde hacía tiempo. No habló con mala intención, era evidente que intentaba evitar cabrearme o herirme, aunque todo lo que dijo me cabreó y me hirió.

—¿Sabes por qué se fue de la fiesta de tus amigos? No soporta ver en lo que te conviertes cuando estás con tu novio. Te manipula, se aprovecha de ti, te coge cuando quiere algo y te deja cuando le conviene.

—Eso lo dice porque está celoso —me defendí.

—Leo ha descubierto quién es Carlo en realidad. Prepárate, porque no tiene desperdicio. Es un estafador, siempre hace lo mismo para sacar el dinero a las mujeres. Ni siquiera es italiano, Helena. ¡Se ha criado en Albacete!

La porción de helado cayó de la cucharita a la manta que tenía sobre las piernas. A ninguna de las dos nos importó que se manchara. A ella porque al fin había escupido lo que la atragantaba, a mí porque me acababan de dar una hostia con la mano abierta, y no me dolía la cara precisamente.

—Ya está, ya te lo he dicho, ya lo sabes... —suspiró.

Roxana me enseñó fotos de Carlo con varias mujeres, siempre ricas, a veces guapas, a veces jóvenes, a veces todo lo contrario. Fotos con poses románticas, en lugares preciosos rodeados de lujo.

—Por eso Leo está tan enfadado, ¿entiendes? Le rompe el corazón que prefieras a un estafador antes que a él.

Esta vez fue ella la que hundió la cuchara en el Häagen-Dazs, se llevó el helado directamente a la boca y lo saboreó. Qué huevos, soltar algo así y quedarse tan pancha, compartiendo un helado con la chica a la que acababa de romper el corazón.

Necesitaba tomar el aire. Me calcé las Nike y salí a la calle. Estaba cabreada, enfadada con Carlo, con Leo, con Roxana...

—¿Sales a correr? —preguntó Aneleh, apareciendo detrás de la farola donde estaba apoyada haciendo estiramientos.

Me pareció buena idea. Ese día había entrenado por la mañana, pero me vendría bien canalizar la rabia que me atenazaba en algo que me hiciera sentir bien. Y correr lo conseguía.

Aneleh comenzó a trotar a mi lado, mantenía mi ritmo perfectamente, estaba en forma. En mejor forma que yo, y con mucho, porque no paró de hablar en todo el trayecto.

—No tienes que demostrar nada a los demás —me dijo mientras nos adelantaba un corredor con reflectantes en los tobillos—. A nadie le importa qué te trajo aquí.

—A mí me importa, quiero estar aquí por mí misma —farfullé.

—Bueno, eso depende de ti —respondió impertérrita—. Da igual cómo hayas llegado a trabajar en el St. Thomas, si no das el cien por cien no te quedarás mucho tiempo. Y eso no depende de nadie más que de ti.

Esta vez Aneleh tenía razón. Quizá me superaba estar en el St. Thomas, quizá no me sentía capaz de hacerlo bien y prefería esconder mi miedo tras el enfado con Leo.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —me preguntó, y aceleró para perderse cuatro calles más adelante.

El resto del trayecto fui sola, poco tiempo, veinte minutos más y regresé a casa. Llevaba una pregunta en la cabeza que se repetía como la machacona música de las ferias. ¿A qué le tenía tanto miedo? Encontré la respuesta cuando paré en seco, sudando. Apoyé las manos en las rodillas y me quedé con la mirada fija en el suelo, como si allí estuviera escrita la verdad absoluta. Y debió de ser así, porque me escuché decir:

—A cagarla, Helena, tienes miedo a cagarla.

Capítulo 23

Mi rutina de entrenamiento estaba salvando a la humanidad de que mi mala leche explotara contra todo bicho viviente. Llegaba al hospital como la seda; después de correr por Archbishop's Park, me duchaba, me ponía el uniforme de enfermera y a funcionar. Me había metido en una burbuja en la que nada me afectaba, ni lo que me había descubierto Roxana, ni la frialdad de Leo, ni el nuevo mutis de Carlo. Luego volvía a casa enfundada de nuevo en mis *leggings*, concentrada en los tiempos, la respiración, la pisada... Cada vez estaba más enganchada.

Desde que Leo no entrenaba conmigo había empezado a seguir a varios *runners*. ¡Me habían descubierto un mundo nuevo!

Era extraño: estaba contenta y triste a la vez. Lo de correr me estaba viniendo de perlas, llenaba mi tiempo libre ahora que Carlo había vuelto a desaparecer, me calmaba y, lo más importante: podía librarme de los kilos que se me habían puesto encima. Porque hay que ver lo que Londres estaba haciendo con mi cuerpo. Que si *fish and chips*, que si *barbecue burger*, que si un té con *biscuits* por aquí, un *brownie* por allá. Menos mal que ya apenas me ponía los modelitos de Armani y compañía. ¡Habría reventado más de una costura!

—Mira, una ventaja de no saber nada de él —reconoció Roxana—. Ahora ya no tienes que disfrazarte.

Tiempo atrás me habría reído o le habría soltado una fresca, pero las cosas también habían cambiado entre nosotras. La sinceridad con la que me habló el día que ahogamos nuestras penas en el Häagen-Dazs nos había unido a otro nivel. Lo fácil habría sido cabrearme, pagarla con el mensajero y haber

negado las verdades que me soltó. No tuvo que ser fácil para ella. Quizá más gente me lo había advertido antes, Didi, Aneleh, incluso puede que Leo, a su modo, quisiera abrirme los ojos. Pero cuando una está idiotizada solo ve, oye y saborea con los sentidos atufados de amor.

Salí de la ducha sujetándome el turbante, enrollada en mi toalla de Versace, una de las pocas cosas que me resistía a abandonar, por mucho que Carlo estuviera a kilómetros de mí.

—Ponte mona, que nos vamos a Harrods —ordenó Roxana, enredada con unos pendientes XXL que no lograba ponerse.

Desde que se había autoproclamado mi *coach* andaba muy pendiente de mí. Me proponía planes inesperados:

—¡Dos invitaciones para el Mandara Spa! Mañana por la tarde, sin falta. No lleves tanga, no te hará falta.

O llegaba a casa cargada de bolsas con apio, espinacas frescas y toda la verdura de hoja verde del Whole Foods Market.

—¿Hacemos un *detox*? —proponía.

Roxana se había volcado en mí, quería ayudarme a superar mis adicciones. Que era una, en realidad: los hombres. Que era uno, en realidad: Carlo.

—Olvídate de pasar de Carlo —me decía—. Ese planteamiento ya es malo desde el principio. ¿Quieres saber por qué?

Yo asentía intrigada, ¿cómo podía oponerse a que pasara de él?

—¿Qué es mejor, que pases de alguien o que vivas tu vida?

Estaba claro que lo mejor era vivir mi vida, aunque girase alrededor de Carlo. ¡Mierda, había vuelto a decir su nombre!

—Si solo piensas en pasar de Carlo sigues pensando en él. Tienes que pensar en cualquier cosa que no lo incluya. ¿Me sigues?

Sí, la seguía, aunque solo en la teoría, porque en la realidad me pasaba el día pensando en él y comprobando el móvil cada tres minutos.

Caminamos hasta el metro, recorrimos la ciudad serpenteando en el *subway* y salimos en Knightsbridge. Caminamos varias manzanas por Brompton Road

hasta que llegamos a la imponente esquina del Harrods, con su inconfundible estilo victoriano. Cientos de bombillas iluminaban cada cornisa, cada arco y cada columna de su inmensa fachada.

—¿Qué, impresionada? —preguntó Roxana mientras yo babeaba delante del edificio.

Seguro que no existía una *celebrity* en el mundo que no hubiera ido a Harrods. ¡Era casi tan glamuroso como la ceremonia de los Oscars! Roxana me guio hasta plaza central, bajo la gigantesca cúpula dorada con vidrieras de colores. Era lo más parecido al interior de un lujosísimo palacio; todas las plantas daban a esa bóveda, llena de lujo, lujo y más lujo: Chanel, Tiffany & Co., Ermenegildo Zegna, Bvlgari, Cartier, Michael Kors, Versace...

—¿Un poco de turismo extremo? —se animó Roxana.

Me llevó hasta la sala egipcia, donde todo era dorado: columnas, techo, suelo... con una gigantesca estatua en el centro con cara de Nefertiti.

Nos hicimos un selfi y, sin dejarnos impresionar por todo aquel poderío, soltamos nuestro *cheese!* como dos paletas que nunca habían visto algo así.

Roxana se colocó por encima un maxivestido turquesa de Alexander McQueen.

—Fiuuu —silbó al ver la etiqueta—. Tres mil ciento noventa y cuatro con cuarenta y cinco.

—Lástima, no llevo suelto —bromeé.

—Bah, seguro que admiten tarjetas... ¿Preguntamos? —siguió Roxana.

La escuchaba mientras ojeaba los maniqués *minimal* y me coloqué detrás de uno que llevaba un minivestido de rombos negros y plateados. Puse mi cabeza encima del maniquí, como si yo fuera la modelo.

Roxana observó el conjunto y miró la etiqueta.

—Dos mil ochocientos uno con veintinueve... Hummm... Lástima, los rombos no me favorecen.

No tardaron mucho en acercarse dos dependientes de Harrods. Altos, de piel morena, pelo negro, facciones egipcias, guapísimos. No nos dijeron nada,

pero su sola presencia nos cortaba el rollo, así que nos fuimos de la sala egipcia desapareciendo entre las clientas ricachonas cargadas de bolsas.

—Adiós, Nefertiti —lloriqueé en plan coña.

Por supuesto, no pensábamos comprar nada, en realidad fuimos a Harrods porque, según Roxana, era imperdonable que aún no hubiera ido.

—Te invito a un café en Godiva —ofreció.

Me gustaba el lujo, la clase, el estilo que se respiraba en Harrods. No iba tan chic como cuando quedaba con Carlo, poco a poco había logrado un mix entre los accesorios de supermarca y mi *outfit* de tiradilla. Roxana se había dado cuenta, normal, vivíamos juntas, había sido testigo de mi transformación día a día.

—¿Cuál te gustaba más? —me preguntó mientras abría la carta de Teas & Cofees.

Se refería a los vestidos de McQueen y Balmain.

—¿Maxi o mini? —resumió.

Yo misma iba preguntándome eso mientras husmeábamos entre las lujosísimas plantas.

—Depende del plan, ¿no? Me gustan los dos, lástima que sean *prêt à porter*, yo solo visto a medida —me burlé, siguiendo la broma de la sala egipcia.

Roxana miró su capuchino y espolvoreó azúcar sobre él.

—Pues yo creo que debes decidirte por uno —opinó, y tuve la sensación de que no hablaba de los vestidos.

—¿Hablas de Carlo y Leo? —pregunté sin rodeos.

Pero no se refería a ellos. Ni a los vestidos, ni a los diseñadores. Roxana me retaba a que me decidiera por un estilo.

—¿*Femme fatale* o *casual girl*? —aclaró.

Empezaba a entender ese rodeo, quería que habláramos de por qué seguía con la ropa de la ricachona con la que me conoció Carlo en el hotel. Seguramente quería saber por qué no me ponía mi propia ropa, la que compré

en Candem Town con Leo al poco de empezar a vivir con ella. Pero no quise responder a lo que en realidad me estaba preguntando, y seguí haciéndome la tonta.

—Ah, pues lo tengo clarísimo: *casual girl*; me encanta ese *look* de mezclarlo todo, ¿a ti no?

Cuando das con alguien como Roxana estás jodida, porque no puedes engañarla. Cuando yo iba, ella ya había vuelto hacía tiempo, y como debió de coscarse de que me escaqueaba de responder de verdad, cortó por la tangente.

—Has dicho que según el plan vas con un maxi o con un mini...

—Eso es —afirmé.

—Y que lo tienes clarísimo: prefieres el estilo informal.

—¡Correcto! —exclamé, levantando mi taza de té verde con aromas del Nilo.

—Pues no entiendo por qué te disfrazas cuando quedas con Carlo —dijo, y esta vez sí supe adónde quería llegar.

Quise decirle, pero no me atreví, que yo no era tan fuerte como ella. No me gustaba estar sola, necesitaba a un hombre a mi lado, me daba confianza, seguridad... Ay, yo que sé, me sentía mejor, más feliz, con un novio en mi vida. Al final respondí algo evidente que seguro que ella ya sabía.

—Le gustan las mujeres sofisticadas —contesté—, y es divertido.

Mi respuesta no la convenció. Lo noté en cómo torció el gesto y en cómo se limpió la palma de las manos en el pantalón, igual que el otro día cuando me habló de Carlo y de Leo.

Iba a preguntarle si era un tic, pero ella se me adelantó con otra pregunta.

—¿Para qué?

—Pues porque me gusta agradarle, ¿qué hay de malo en eso? ¡Todos queremos gustar!

—Ya, ya, pero te pregunto para qué —aclaró—, para qué te disfrazas de lo que no eres cuando estás con él.

—Ah...

A ver, Helena, piensa... Hum...

—¿Para que me quiera? —respondí preguntando.

Hostia, acababa de descubrir que era una yonqui del amor, capaz de mendigar atenciones para sentirme querida. Qué fuerte, qué chungo..., ¡qué triste!

—A ver, tampoco es eso —reulé enseguida, pero ya era tarde, lo había dicho; su pregunta trampa me había sacado la verdad.

Roxana se quedó en silencio, creo que esperaba que siguiera hablando, pero como no dije ni una palabra más, al cabo de un minuto o dos levantó el brazo sutilmente y chascó los dedos mirando a una camarera.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó mientras guardaba su cartera en el bolso después de pagar.

Caminamos por Brompton Road hacia el Victoria and Albert Museum; todas las bombillas de los edificios estaban encendidas, los escaparates iluminaban a los transeúntes y las luces del tráfico parpadeaban como guirnaldas de Navidad. Era un Londres nuevo, diferente al que había visto hasta ese momento. ¿O era yo? «Ay, Helena, que ya no eres una adolescente, ¡deja de hablar contigo misma!»

—Me alucina lo bien que te va en Londres; tú sola y eso —dije para acallar el cotorreo que había en mi cabeza.

—¡Pues claro! —se rio, como si vivir sola en Londres fuera lo más normal del mundo. Sacó un fular del bolso y se lo enroscó alrededor del cuello. Empezaba a refrescar—. Vivir sola en Londres es lo más normal del mundo —dijo.

—Anda, justo lo que había pensado —respondí—. Pero yo no podría, no me gusta estar sola. ¡Necesito gente a mi alrededor!

—Yo tengo gente a mi alrededor —repitió—, no estoy sola.

Entendí bien lo que quería decir, que estaba sola, en plan sin pareja, pero que no se sentía sola.

—A ti te ocurre al revés —susurró a mi lado una voz familiar.

Roxana se había quedado atrás mirando un escaparate de Swarovski.

—Vaya, tú por aquí, qué coincidencia —le espeté con ironía.

Empezaba a acostumbrarme a encontrarme con Aneleh en los lugares más inesperados.

—¿Qué es lo que me ocurre al revés? —le pregunté, directa al grano, no fuera a ser que le diera por desaparecer de repente.

Me miró con sus ojos castaños como los míos, sonrió como habría hecho una hermana mayor y me dijo, como si fuera a revelarme la fórmula de la Coca-Cola:

—Tú no estás sola, Helena, pero te sientes sola.

Un chico en *skate* chocó conmigo y me tiró al suelo. Me quedé espatarrada en mitad de una de las calles más caras de Londres. Por supuesto, Aneleh ya no estaba; la muy bruja había aprovechado el incidente para pirarse. Qué manía tenía la cabrita.

Capítulo 24

Vaya, me iba acostumbrando a eso de estar a mi bola. Iba y venía a mi antojo. En el hospital, Leo había cambiado de área, lo supe el día que entré en su despacho y me recibió la señorita Rottenmeier, digo, lady Culpepper. Es que el parecido era tremendo.

Culpepper hablaba un perfecto inglés del que entendía algo más de la mitad. Apenas gesticulaba y su cuerpo era rígido como una viga de hierro. Era tan estirada que seguro que no se había tirado un pedo en su vida.

Bueno, a lo importante, el caso es que logré enterarme de que Leo había sido trasladado al área donde atendían urgencias de pacientes con ictus.

Los días se me hacían eternos; estaba segura de que la antipática de la Rottenmeier había manipulado los relojes para que fueran más despacio. Pero no podía ir a la otra ala del hospital, buscar a Leo y hablar con él. Tampoco podía llamarlo, ni wasapearlo. No quería tener ningún contacto con él, mi orgullo me lo impedía.

—Aprovecha la oportunidad que te ha dado —me decía Aneleh—. Tu trabajo aquí marca un antes y un después en tu vida. No vayas a estropearlo ahora por una tontería.

No sabía decir por qué, pero mi forma de ver a Aneleh había cambiado. Ya no me burlaba de ella, pobre, y ella había dejado de darme el coñazo con lo de que Carlo no era el hombre de mi vida. Digamos que nos entendíamos. Así que ahora estábamos tan a gusto dándonos palique las dos solas mientras organizaba la sala de curas.

—Estoy cabreada con él —le confesé, aunque era evidente—, y también con Carlo. Me tienen harta. Leo por organizarme la vida, y el otro porque me

la desbarata.

—Eso te pasa porque no llevas las riendas —respondió mientras llenaba un cajón de vendas elásticas.

¡Ay! ¡Qué razón tenía!

—¿Te enfadaste con Didi porque envió todos esos currículums tuyos? —argumentó.

—Eh, ¿cómo sabes tú eso? —pregunté extrañada.

En realidad, me daba igual, lo que hizo Didi no era comparable con lo que hizo Leo, así que me centré en lo importante.

—He vivido engañada todo este tiempo —murmuré con resignación—. Me siento tan idiota... Yo que pensaba que la vida me sonreía, y resulta que era todo mentira.

Aneleh aprovechó para meter su cuña publicitaria, como yo lo llamaba, o sea, para sacar su tema de siempre.

—Carlo sí que te tenía engañada —dijo, y se sentó sobre una camilla—. Ya te estás dando cuenta tú solita.

La Rottenmeier abrió la puerta de par en par, traía a un paciente en una silla de ruedas.

Aneleh debió de salir mientras yo movía el portagoters para que Culpepper pudiera maniobrar con la silla.

—Hasta luego —me despedí de Aneleh.

Aunque ya no estaba, esperaba que me oyese. A ver si así se enteraba de que lo de esfumarse sin decir ni adiós se tenía que terminar.

La Rottenmeier me miró sin comprender. ¿Qué mosca le habría picado? Movié la cabeza de derecha a izquierda en un claro signo de desaprobación, puso el informe del paciente contra mi pecho y se marchó.

—Veamos qué hay aquí —susurré mientras ojeaba los papeles—. Isaías Manson, *hello!*

Era la primera vez que atendía sin red a un paciente. Es decir, hasta ahora Leo merodeaba cerca o lo llamaba al busca. Solo con eso me daba confianza,

me tranquilizaba muchísimo saber que si dudaba en el protocolo de atención, él podía echarme una mano. Pero, coño, ahora no iba a hacerlo, así que limpié la herida, la pinté con Betadine y la tapé. Luego le puse un gotero para administrarle antibiótico y salí para avisar al celador de que ya podía llevarlo a rayos.

—*Have a nice day, mister Manson* —le dije antes de irme, más chula que un ocho.

Me habría dado dos besos. «¡Bien hecho, Helena!», me dije. Incluso resolví el papeleo sin titubear.

—Confianza en ti misma —me dijo Aneleh, apoyada en la pared del pasillo.

¿Había estado ahí esperando a que terminara con el paciente? Qué atenta, y yo que pensaba que se había dado el piro, como siempre.

Al acabar el turno volví a mi rutina de todos los días. A veces corría por el parque antes de llegar a casa, era más distancia y más tiempo, pero me había propuesto completar los diez kilómetros. Cuando Leo me propuso apuntarme a la carrera de Wallys le había dicho que uno era más que suficiente.

—Correré diez —me dije con la respiración entrecortada mientras entrenaba—. Y bajaré mi tiempo.

Llegué a casa empapada de sudor y con las piernas cansadas. Aun así, probé a subir por las escaleras.

—Segundo... Un piso más y ya —jadeé.

Me topé con Carlo en el rellano del tercero. Llevaba un ramo de flores en la mano y una botella de Chardonnay. Me pilló tan por sorpresa que me quedé fuera de juego. Su forma de aparecer no encajaba en ninguno de los reencuentros que había imaginado.

—*Sei tutta sudata* —ronroneó mientras me besaba, acariciándome el cuello.

—Vengo de correr —contesté, dejando que sus manos se deslizaran por mi espalda.

Esta vez no hizo falta que Aneleh apareciera de repente para romper el hechizo que me idiotizaba. Sus palabras resonaron en el fondo de mi cabeza como un eco lejano y activaron un resorte en mis brazos. Automáticamente se separaron de él, crearon distancia entre su cuerpo y el mío. Gracias a eso pude respirar mejor.

—*Tutto benne?* —preguntó buscando mi mirada.

Abrí la puerta de casa, ignoré las flores, el vino y su *Tutto bene?* en bucle detrás de mí por el pasillo.

«Bueno, Helena —me dije—, no es como habías imaginado, pero estás lista para cantarle las cuarenta.»

Necesitaba sentir que controlaba la situación, quería decirle «mi casa, mis tiempos, mis reglas». Pensé en qué habría sucedido de no haber aparecido Carlo en la puerta; decidí que esta vez no iba a descuajeringarme mis planes, aunque no fueran tan locos como los suyos. Así que seguí a rajatabla lo que habría hecho si hubiera tenido el control, como decía Aneleh: me fui a la ducha.

—Ahora vengo, espérame aquí —le indiqué, señalando el sofá para que se sentara.

Carlo obedeció un poco desconcertado, dejó el ramo sobre la mesita y se sirvió una copa de Chardonnay.

—Tú mandas —respondió sin quitarme ojo mientras se recogía el pelo.

Fui al baño, dejé que el vapor empañara los cristales y me metí bajo el chorro del agua caliente. Necesitaba unos segundos para ordenar las ideas, estar así, relajada en modo spa, me daba el espacio y la intimidad que necesitaba.

—Cálmate —gorgojeé con la boca abierta llenándose de agua.

Empecé a enjabonarme el pelo, masajeando la cabeza para relajarme, cuando sentí otras manos enredándose en el cabello. Carlo se había metido en la ducha conmigo. Me quedé quieta, inmóvil, intentando controlar mi respiración, que se aceleraba al ritmo de mis latidos desbocados. Acercó sus

labios a los míos y nos besamos; sabía a manzana, a limón, tenía el aroma del Chardonnay. Le seguí el juego. Sabía quién era, ya no había trampas, iba a echarlo de mi vida, pero cuando estaba frente a él no era capaz de resistirme, aun sabiendo que me había mentido.

No sé si fue casualidad o qué, pero al apoyarme contra la pared moví el grifo de la ducha y un chorro de agua helada cayó sobre nosotros.

—*Vaffanculo!* —gritó Carlo.

«Y ahora vístete», escuché en mi interior.

Si no hubiera sido porque era imposible, habría jurado que era la voz de Aneleh. Daba igual, salvada por la campana, había caído otra vez en la trampa de Carlo, el muy ligón sabía bien cómo idiotizarme. Pero esta vez no estaba yo para polvos, por mucho que me gustara verlo en pelotas bajo un chorro de agua.

—*Ma ¿qué haces? Torna qui* —protestó Carlo, que ya había regulado la temperatura del agua.

Yo ya estaba embutida en mi toalla de Versace, salí del baño y allí lo dejé, con la palabra en la boca. Claro que la cosa no iba a resolverse así de rápido. ¿Meses de sexo desenfrenado entre nosotros y de repente me había vuelto una mojigata? Carlo seguía los pasos de otras veces, y si ahora era evidente que yo no quería jugar, él estaba convencido de que acabaría, como siempre, rendida a sus encantos.

—*Cara, bella...* —dijo nada más entrar en la habitación.

Me pilló en bolas, claro, que estaba yo intentando vestirme. Así que agarré otra vez la toalla y, aunque estaba empapada, me envolví en ella. ¡Coño, quería vestirme!

—¡Coño! ¡¿Me dejas vestirme?! —le grité, tal cual lo había pensado décimas de segundo antes.

Fue como un sopapo en toda su jeta, lo noté en su expresión de sorpresa. Dio un brinco como si le hubiera entrado hipo, se giró sobre sí mismo y me dejó viendo su culo mientras salía y cerraba la puerta.

«Muy bien, ahí, con garra», me dije a mí misma con el ímpetu de un entrenador arengando al equipo antes de salir a jugar.

—*Scusa*, quizá tenías otros planes, *vero*? —me dijo.

—Pues sí, quería llegar a casa, darme una ducha, hacerme un batido, leer un rato y tirarme en el sofá a ver series —contesté, sin importarme que aquel no fuera el plan más excitante del mundo.

—Ah, pensaba que habías quedado con *qualcuno* —bufó, y noté que lo decía aliviado.

Ignoré su desprecio en la forma de decir aquello, como si no tener plan con alguien equivaliese a quedarte colgada y aburrirte como una ostra. «Ve a lo que te interesa, Helena —me dije—, aprovecha, que la ocasión la pintan calva.»

—¿Qué ha sido esta vez, Argentina, Italia, la diseñadora de tu interminable web, la estirada italiana esa...? —disparé sin apuntar.

—Ah, ya *capito*, la celosa de nuevo... —se burló.

Hizo ademán de levantarse del sofá, como si llamándome celosa se hubiera zanjado todo.

—Lo sé todo, Carlo —comencé—. Sé que no soy la única, sé que eres un fraude, que me utilizas... He visto las fotos, todas tus ricachonas. ¡Pero si ni siquiera eres italiano!

—*Ti amo, Helena, ma no siempre eres faccile* —continuó él.

¿Cómooo? ¿Este pedazo de..., de..., de capullo me estaba diciendo que me ponía los cuernos por mi culpa? Estaba flipando.

—*Non* hay otra más que tú —siguió, esta vez poniéndose una mano sobre el pecho—. Viajo por negocios, tú no lo entiendes porque no es tu mundo, *ma il mondo dell'arte è così*.

O sea, que además de ser difícil era tonta de remate. Pero en algo tenía razón: no lo entendía. Había puesto todo mi empeño en que lo nuestro saliera bien, le había dado todo mi amor, había confiado a ciegas, me había entregado a él como si no tuviera miedo a que me hiciera daño.

—Tienes razón, no entiendo por qué —le confesé, rendida a la evidencia de que aquello se había terminado.

—Claro, pero yo estaré contigo, *non ti preoccupare*, estaré *sempre* —siguió—. *Allora*, con la exposición en la Sadie Coles, solo necesito pagar las invitaciones, la publicidad, el cóctel... y podré devolvértelo todo.

Me imaginé la cara de Aneleh si hubiera estado allí mismo e intenté ponerla. Mitad cara de «¿Te crees que soy idiota?», mitad cara de «Eres idiota». Pero lo cierto es que me vino genial que Carlo hubiera ido a saco, que se lo hubiera currado tan poco. En otro tiempo habríamos salido por la *city*, me habría conquistado con sus maneras de *latin lover* y habría envuelto en besos la pregunta envenenada. Ahora debía de estar desesperado, porque se había saltado todos los preámbulos y había quedado al descubierto.

—Esta vez no, Carlo —me negué seria.

Luego fui a la puerta y la abrí, con un claro gesto con el que le indicaba que se marchara.

—*Non capisco* —titubeó desconcertado.

—*Capiscas* perfectamente —le largué—. Fui a la galería Sadie Coles. ¡No te conocen de nada! ¡Nunca han hablado contigo! Ya te has aprovechado bastante de mí. Solo eres un vividor, Carlo.

Hizo un último de ademán de acercármese. Rápida, levanté la mano en señal de *stop*.

—Te vas y no vuelves —le ordené, con una seguridad que no me había oído nunca—. Esto ha terminado.

Carlo se ajustó la cazadora, carraspeó y caminó recto como una vela hacia la puerta. Se detuvo en el umbral para mirarme a los ojos, quizá intentando leer algún resquicio de duda o de arrepentimiento en mí. Pero no lo encontró. Solo vio la mirada que un día yo vi en Aneleh, la de una mujer que tenía las cosas claras.

—*Ciao*, Carlo —le dije antes de cerrar la puerta.

Capítulo 25

Cuando Bob desapareció de mi vida fue como un «hala, ahí te quedas», un borrón y cuenta nueva. Aún recuerdo la cara que se le quedó cuando supo que me iba a trabajar a Londres. Pero terminar con Carlo ha sido diferente, ha sido como dar un paso más en una dirección que hacía tiempo había empezado a tomar. Quizá desde que me subí al avión en Barajas, quizá antes, desde que me aceptaron en el St. Thomas. O antes incluso, cuando empecé Enfermería en vez de continuar la tradición familiar, generaciones de médicos interrumpidas por la primera Abad que abandonaba la medicina.

Bueno, da igual, todo aquello ya es historia; ahora empieza una nueva etapa en un nuevo Londres, con una nueva yo. Y me gusta que sea hoy, precisamente el día de la carrera de Wallys, cuando comienza.

—¿Seguro que tengo que ponerme esto? —pregunté a Roxana mirándome en el espejo.

Ahí estaba yo, enfundada en el disfraz más hortera que me había puesto en toda mi vida. En el último momento decidí que sí, que iría de Wally de pies a cabeza, no solo con el gorrito de rayas rojas y blancas. Está claro que me decidí tarde, porque no encontré un solo disfraz en todo Londres, lo juro. A la desesperada, compré unas mallas blancas y una camiseta blanca, cinta de regalo de color rojo y, hala, a crear.

—Me he pasado horas puntada va, puntada viene, y como no te lo pongas, vas a ir en bolas —me amenazó Roxana, que me había ayudado con el atuendo.

No se sabía bien si era un regalo andante, un pirulí o una momia rojiblanca. Estaba hecha un adefesio.

—Y las gafas, Roxana..., ¡por favor! —rogué detrás de las gafas Elton John

más estafalarias que encontré.

—Es todo lo que había, haberte decidido antes —zanjó intransigente.

Lo bueno de ir tan ridícula por la calle es que nadie te conoce, y los que te conocen dudan de que seas tú porque te creen incapaz de ir con semejantes pintas. Aun así, no sé por qué me preocupaba, si estaba en la ciudad más *kitch* del mundo. Nadie me miraba.

Cuando llegamos a Victoria Park me encontré con lo más divertido y estafalario que había visto en mi vida. El gran parque estaba a rebosar de cientos de Wallys que formaban una gigantesca marea blanca y roja. Era imposible distinguir a unos de otros. ¡Íbamos todos iguales!

—Leo me dijo que nos encontraríamos en la boca del metro —gritó Roxana para que pudiese oírla entre tanta gente.

Fuimos hacia allí y no tardé en dar con él. Se había puesto un gorro verde para que lo reconociéramos.

—¡Leo! ¡Leo! —se desgañitó Roxana dando saltos entre la gente.

Hacía varias semanas que no nos veíamos, desde que se había trasladado con los de los ictus y había aparecido la Rottenmeier. Desde que había descubierto que había sido él quien había conseguido que yo acabara en el St. Thomas. Lo cierto era que ya no estaba enfadada con él; al contrario, había puesto en práctica una de las lecciones que me había enseñado la vida: pelillos a la mar. Así que sí, reconozco que tenía ganas de verlo, abrazarlo y volver a ser los de antes. Ojalá le pasara lo mismo.

—Pareces un duende con ese gorro —lo saludó Roxana.

—Y tú pareces Wally —bromeó él.

Se abrazaron y siguieron bromeando. Mientras los observaba me preguntaba si algún día él y yo podríamos estar así. Esos dos habían vivido algo y lo habían superado para mantener su amistad.

—Al final te decidiste a venir —me sonrió—. Me alegro.

—No podía faltar, me esperan los diez kilómetros más rápidos de mi vida —contesté feliz.

La marea de Wallys nos arrastró hasta el interior de Victoria Park y buscamos dónde situarnos; pronto darían el pistoletazo de salida.

—Me porté mal contigo, lo siento —le dije mirándole a los ojos.

—Tengo mal perder —respondió—, no te preocupes.

Iba a contarle que no había perdido nada, que ya no estaba con Carlo, pero me contuve. Primero, porque no era el momento, estábamos a punto de empezar, y segundo, porque no quería decirlo. Algo así lo habría dicho la vieja Helena, la que intentaba agradar para ser querida y no estar sola. Pero eso ya no me importaba, había logrado superar mi miedo a la soltería. En resumen, que Leo supiera o no que ya no tenía novio me daba exactamente igual.

Sonó un pistoletazo y los Wallys que estaban en la línea de salida comenzaron a correr.

—¡Vamos! ¡Vamos! —grité ansiosa por empezar a trotar.

—¡Sí que le tienes ganas! —se burló Leo dando saltitos sin moverse del sitio.

Las líneas de Wallys que había delante de nosotros comenzaron a avanzar. Llegó nuestro turno y arrancamos a correr.

No quise ir al lado de Leo, yo llevaba mi ritmo y él, el suyo. No quise adaptarme y tiré por mi izquierda, adelantando a tres Wallys que iban mitad corriendo mitad vacilándose entre ellos.

Había algo en el ambiente, algo excitante, un buen rollo que unía a todos los corredores. Unos corrían con su perro vestido de *Woof*, alguno empujaba un carrito de bebés Wally. Niños, mayores, Wallys barbudos, calvos, con trenzas, atléticos o fondones. Todos corrían para la National Literacy Trust. Por supuesto, estaba Aneleh, la hubiera reconocido entre millones de Wallys idénticos. Me sonrió entre la multitud, levantó el pulgar y me guiñó un ojo. La saludé con la mano, mientras pensaba lo extraña que era nuestra amistad.

Leo se puso a mi lado. Había tanta gente que no podía llevar el ritmo habitual de mi entrenamiento. Sonreí al darme cuenta de que me había

preparado demasiado bien, allí había personas que corrían, otras que caminaban deprisa y también quien solo pretendía ser un Wally más, esos caminaban con calma.

—Te lo has tomado en serio —dijo Leo a mi lado—. Te veo en forma.

Vimos la línea de meta a lo lejos, quedaba poco.

—¿Un *sprint*? —propuso Leo adelantando el cuerpo para acelerar.

—Naaa —negué perezosa, y él volvió a frenar el ritmo.

Entonces pegué una arrancada hasta la meta, dejando a Leo atrás.

—¡Tramposaaa! —lo oí gritar mientras intentaba alcanzarme.

Roxana nos estaba esperando y en cuanto nos vio gritó: «¡Leo! ¡Helena!» para hacernos una foto. Subimos los brazos con la V de victoria. Por supuesto, no habíamos ganado nada, bueno, un *brunch* no nos lo quitaba nadie.

Mientras estirábamos para descargar las piernas le pregunté si subiría alguna foto de la carrera a su Instagram.

Leo me miró con esos ojitos dulces y tímidos tan suyos y me propuso algo que no me esperaba.

—Podríamos subir una de nuestras manos enlazadas —sugirió.

Tardé unos segundos en interpretar sus palabras. ¿Me estaba pidiendo salir? Tenía claro lo de #idiotizados y las tres variables de las fotos. La de las manos entrelazadas significaba que había encontrado a alguien especial.

—¿Con el *hashtag* idiotizados, quieres decir? —pregunté para despejar cualquier metedura de pata.

—Eres mi persona —me confesó sin tapujos ni metáforas ininteligibles—. Eres mi persona especial.

—¿Qué? ¿Cómo te quedas? —me preguntó Aneleh, que se había puesto a estirar a nuestro lado.

—No me lo esperaba —le contesté, aunque Leo creyó que se lo decía a él.

—Bueno, siempre has sabido que estaba colado por ti —dijo, como si realmente pensase que yo estaba al loro.

—Y yo te lo he dicho tropecientas veces, no lo podrás negar —añadió

Aneleh.

—Sí, pero de una forma tan rara que no te entendía, si es que hablas en clave —le reproché a ella.

—¿Me dices a mí? —intervino Leo.

—No, a ella —contesté.

Pero Aneleh ya no estaba. ¿Otra vez se había vuelto a esfumar? Joder, nunca me acostumbraría a eso. Pero esta vez sí se despidió, se puso delante de mí y me besó la frente.

—Ya no me necesitas —me aseguró—. Ya sabes cuidar de ti.

Eché a andar, vestida de Wally, mezclándose entre la gente sin quitarme ojo de encima. Leo me miraba esperando una respuesta que yo no tenía prisa por dar. Quise mantener esos segundos para mí y para Aneleh, despedirme de ella, de la voz de mi conciencia, agradeciéndole que me hubiera ayudado a crecer.

—¿Helena?

Ahora entendía quién era Aneleh, quién era Helena. Las dos caras de la misma persona, mi alter ego, mi otro yo, mi Pepito Grillo advirtiéndome, avisándome, cuidándome, protegiéndome. Aneleh era yo, la parte de mí que confiaba en mí misma. Era mi yo fuerte, mi yo independiente, mi yo sin miedo a la soledad.

—¿Has visto la circular de Médicos Sin Fronteras? —le pregunté sin quitar ojo a Aneleh, cada vez más pequeña entre la multitud.

—¿La de México dices? —respondió Leo sin saber bien a qué venía aquello.

—Sí, la de México —murmuré.

Mantuve el silencio durante un minuto en el que una idea tomó forma en mi cabeza. Algo que quizá siempre estuvo oculto y que gracias a Londres y a Aneleh por fin se había quedado al descubierto.

—Quiero ir a Coatzacoalcos —dije, alto y claro como si fuera una declaración.

Leo me miró sin entender. Seguro que se estaba preguntando qué mosca me

había picado para querer ir al sur de México como voluntaria.

—Sé que estaría bien contigo —continué—. Siento algo por ti que no había sentido antes.

Leo sonrió, noté la ilusión y la esperanza en sus ojos. Él podía ser mi hombre, sí, el que había estado buscando desde que era niña y soñaba con cuentos de hadas. Había visto su interior y me había quedado prendada de él, de la persona en la que él me convertía. Leo conseguía sacar lo mejor de mí, lograba que quisiera amarme por encima de todas las cosas, de toda la gente, de todos los Bobs y los Carlos. Sí, quizá él fuera quien yo buscaba, solo que ahora sentía una necesidad mayor, unas ganas tremendas de intentar algo realmente valioso.

—Quiero probarme a mí misma, Leo —le confesé, con toda la sinceridad de mi alma—. Quiero regalarme eso. Demostrarme que puedo estar sola, sentirme completa, segura y fuerte sin un hombre a mi lado.

—¿Aunque ese hombre sea el hombre de tu vida, tu amor verdadero? —me interrumpió, seguro de que era él.

Su pregunta entró en mi corazón, recorrió sus raíces como si fueran gotas de agua regando una tierra sedienta. «Mi amor verdadero», me repetí. Desde que era niña lo había estado buscando, ansiaba tanto que me amaran los demás que no me amaba a mí misma. Estos meses había descubierto que no podía buscar un amor que no sentía por mí, que yo misma era lo más preciado que tenía. Al fin no necesitaba palabras ni pruebas de amor para sentirme querida.

—Yo soy mi amor verdadero, Leo —verbalicé, poniendo voz a las palabras mudas que cantaban en mi interior—. Eso es lo que he descubierto. Nadie me querrá como yo. Es mi momento, Leo.

—Lo de Coatzacoalcos serán unos meses, estaré aquí a tu regreso —aseguró.

Uy, aquello se estaba poniendo demasiado serio. ¡Ni que fuéramos a despedirnos ya mismo!

—¡Eh, que aún no me he ido! —exclamé—. Es una idea, ¡se me acaba de

ocurrir!

—Helena, que te conozco —bromeó—. Cuando se te mete algo en la cabeza...

Echamos a andar entre los Wallys que quedaban, dispersándonos por Victoria Park, salpicando de blanco y rojo el paisaje verde al este de la *city*.

—Oye, antes de que te vayas, ¿puedo volver a besarte? —me preguntó medio en broma medio en serio.

—Leooo... —grité, alargando su nombre mientras echaba a correr por el césped.

Victoria Park, sí, Londres, mi ciudad por el momento, mi hogar en esta etapa. Una Helena nueva caminaba por sus calles, rumbo a casa, a su nueva vida. Sola, sin miedo a volar. Uno, dos, tres... Tomé aire, abrí los brazos y juro que despegué.

Agradecimientos

Siempre he pensado que los agradecimientos solo los leen dos grupos de personas. Están aquellos a los que les gusta leer algo sin ninguna trascendencia mientras están sentados en el baño, por ejemplo, o los que saben que pueden estar incluidos en esa parte. Así que, si eres del segundo grupo y estás leyendo esto ¡bingo! Este libro te lo dedico a ti. Sí, a ti. Que has llegado hasta el final (o eso espero).

Gracias por dedicar a esta novela esos momentos tan tuyos y hacerlos tan nuestros. Espero que Helena te haya hecho sentir. Porque no hay nada más bonito en esta vida que despertar algún tipo de sentimiento en una persona.

A mi supereditora Anna, por confiar en mí. Y, por supuesto, a Myriam, por soñar juntas. ¡Hemos hecho un buen equipo las tres!

Gracias a mi FAMILIA. Y sí, familia en mayúsculas. Porque es lo que yo tengo.

Gracias, Fran, por tu paciencia y tu amor incondicional en todo lo que hago. Por «idiotizarme» en su mejor versión. *Te anubo*.

Gracias, hijos, Elaia y William. Por hacer que me levante cada mañana con una sonrisa.

Y, por último, a mi yo del pasado. Esa niña soñadora, esa adolescente cabezota, esa mujer que pese a todas las puertas que se le cerraron a lo largo de su vida, nunca tiró la toalla... ¡Mira dónde hemos llegado juntas!

Solo una idiota se enamora

Nohewi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Nohemi García, 2019

© de las imágenes de cubierta: Shutterstock, 2019

© Editorial Planeta, S. A, 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

CROSSBOOKS, 2019

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-21025-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

≡ Nohemi ≡
—♡—

SOLO UNA
IDIOTA
SE ENAMORA

✈ Firmado: una idiota

